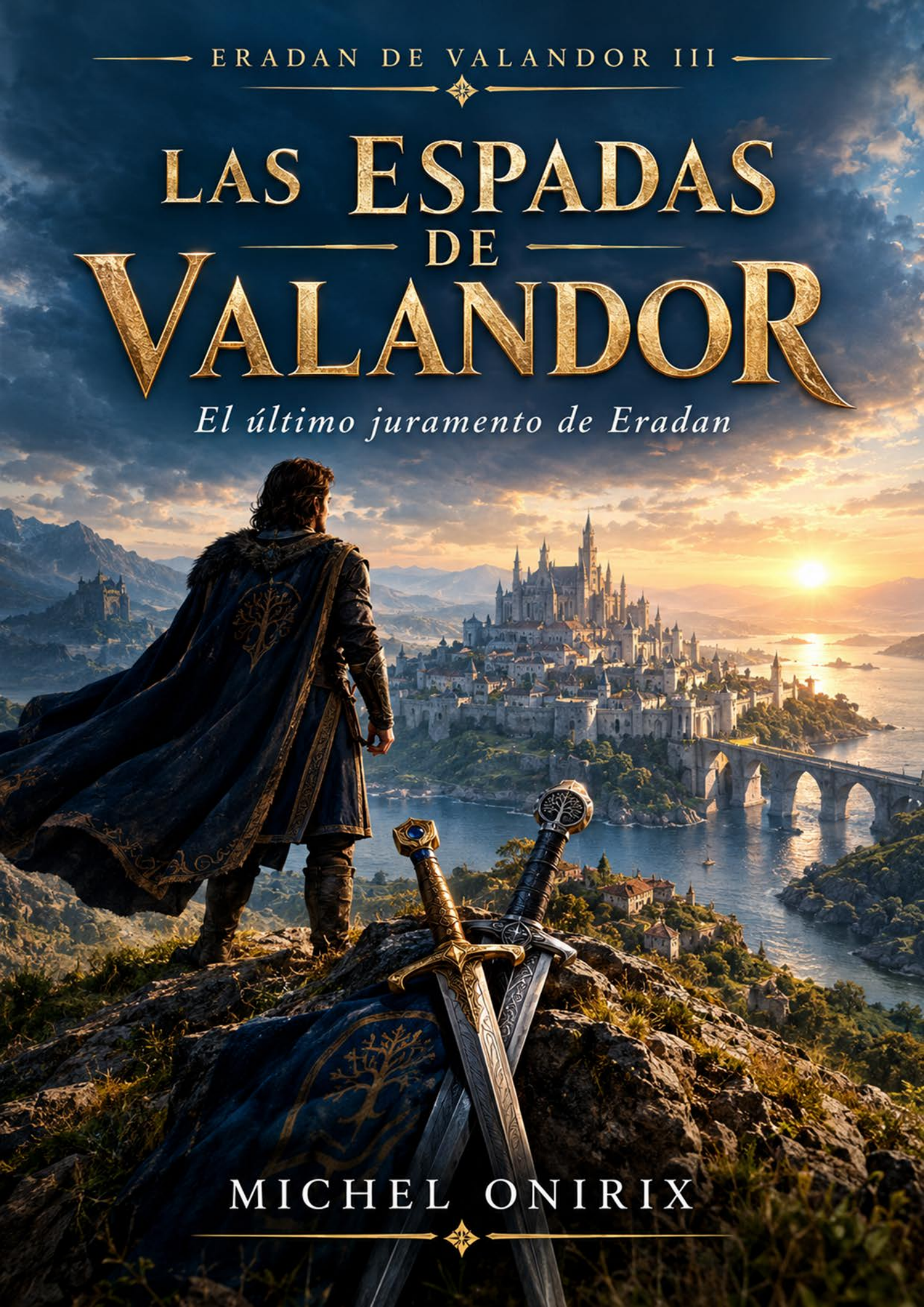
ERADAN DE VALANDOR III

LAS ESPADAS DE VALANDOR

El último juramento de Eradan



MICHEL ONIRIX

ERADAN DE VALANDOR III

LAS ESPADAS DE VALANDOR

Novela

MICHEL ONIRIX

Onirix Editorial

ÍNDICE

Prólogo Antes de las espadas

PARTE I · EL HOMBRE QUE SE ALEJÓ

I El hijo del rey
II La corona
III Las afueras
IV Eryon

PARTE II · LA SOMBRA

V Los rumores
VI El orgullo del rey
VII El cerco
VIII Las murallas
IX La trampa
X La puerta sur

PARTE III · KILMARAH

XI El puente
XII Los tres inviernos
XIII El mensajero del temporal

PARTE IV · LA SOMBRA DEL PUENTE

XIV Los doce
XV El molino
XVI Los túneles
XVII La puerta que no se abre para los reyes
XVIII La campana
XIX El traidor

PARTE V · LA PUERTA DEL ALBOR

XX Branoc
XXI La Puerta del Albor
XXII Los que llegan sin armas
XXIII El último combate
XXIV El libro del Invierno

PARTE VI · LO QUE QUEDA

XXV El juicio
XXVI La corona
XXVII El maestro
Epílogo El último juramento

Anexo Personajes

PRÓLOGO

Antes de las espadas

BAJO LAS PIEDRAS de Valandor había una oscuridad que no se parecía a la de la noche.

La noche, aun en su hora más cerrada, conserva algo: un resplandor de estrellas, la sospecha de una luna detrás de las nubes, el ladrido de un perro muy lejos. La oscuridad de aquel túnel no conservaba nada. Era la oscuridad de las cosas que han sido olvidadas a propósito.

Eradan avanzaba con una mano apoyada en la pared y la otra sobre la empuñadura de su espada, sin desenvainarla. Contaba los pasos, como le habían enseñado hacía casi treinta años, cuando todavía era un muchacho convencido de que una espada servía para ganar. Llevaba contados trescientos doce cuando sus dedos tocaron algo distinto de la piedra húmeda.

Tres cortes. Un espacio. Un corte. Un espacio. Tres cortes.

Se detuvo. Detrás de él, la respiración de los otros se detuvo también.

—¿Qué es? —susurró Eryon.

Eradan no respondió enseguida. Pasó el pulgar por las marcas. Los bordes eran limpios, casi afilados. Recientes. Cada línea había sido trazada por una mano firme, de alguien que no tenía prisa y que sabía, con absoluta certeza, que otro llegaría hasta allí.

Aquella señal no pertenecía a la resistencia. Mael se lo había jurado la noche anterior, en el molino, y Eradan le había creído. Tampoco pertenecía a los soldados de Branoc, que no habrían dejado tras de sí un mensaje sino una emboscada. Pertenecía a algo mucho más antiguo que ambos: a una hermandad que, según todos los registros de Valandor, se había extinguido antes de que él naciera.

Los Custodios.

En el bolsillo interior de su capa, pegada al pecho, Eradan llevaba una pequeña llave de hierro. Un rey moribundo se la había puesto en la mano hacía seis años, junto con una sola frase que él no había repetido jamás a nadie. Durante todo ese tiempo había creído que la llave no abría nada; que era el último capricho de un hombre agotado, una forma de sentirse todavía dueño de algún secreto.

Ahora la sentía arder contra el pecho.

—Quien dejó esto —dijo al fin, en voz muy baja— sabía que vendríamos.

—¿Cómo? —preguntó Eryon.

—No lo sé.

Era la respuesta más sincera que podía dar, y la más inquietante. Porque delante de ellos la galería se hundía en una negrura que parecía respirar, y Eradan tuvo la certeza, absurda y precisa a la vez, de que algo o alguien los esperaba allí desde mucho antes de que decidieran ponerse en marcha.

* * *

PARA COMPRENDER POR qué un hombre que ya había cumplido los cuarenta descendía bajo una ciudad ocupada, con una docena de espadas y una llave sin cerradura, hay que volver a una época en que Valandor no sabía todavía que podía caer.

Eradan había aprendido muy pronto que la espada era la parte menos importante de un guerrero.

Había llegado a Valandor siendo apenas un muchacho, con una bolsa al hombro y el paisaje de su infancia todavía pegado a los ojos. Su padre, un hombre de pocas palabras y manos grandes, le había puesto en la palma una pequeña talla de madera con forma de semilla.

—Acuérdate de esto —le había dicho—. La fuerza de un árbol empieza en sus raíces.

Su madre no había hablado de fuerza. Le había pedido algo más difícil: que algún día regresara convertido en un hombre capaz de sentirse orgulloso de las decisiones que hubiera tomado cuando nadie lo miraba.

Eradan no sabía entonces que aquellas dos frases iban a acompañarlo durante toda la vida.

Valandor no lo recibió como a un guerrero. Primero le enseñó a construir, después a servir, a trabajar la tierra, a escuchar, a observar, a callar. Solo cuando comprendió que la fuerza sin conciencia puede convertirse en destrucción empezó a entender el verdadero sentido de una espada. Los maestros de la ciudad no buscaban formar hombres capaces de vencer. Buscaban formar hombres capaces de decidir cuándo no debían hacerlo.

Las antiguas enseñanzas hablaban de siete sendas: el cuerpo, la mente, la conciencia, el servicio, la naturaleza, el silencio y las estrellas. No eran caminos distintos. Eran siete maneras de aproximarse a una misma verdad: que un hombre puede dominar el acero y seguir siendo esclavo de su miedo; que puede conquistar un reino sin saber gobernarse a sí mismo; que puede ser obedecido por miles sin llegar a comprender el peso de una sola vida.

Aldren, su primer maestro, le enseñó que un hombre no se mide por lo que sabe, sino por lo que hace con ello. Nael, una mujer de voz baja que apenas hablaba en el consejo, le demostró que la sabiduría no necesita elevar el tono. Y la ciudad entera terminó enseñándole lo que ninguna espada podía enseñar: que la defensa de un pueblo comienza mucho antes de que aparezca el enemigo.

Eradan se hizo escudero, después guerrero, más tarde caballero. Pero los títulos nunca le importaron. Con cada batalla comprendió que la guerra tiene un precio que los vencedores rara vez cuentan; con cada decisión, que la justicia no consiste en castigar al adversario, sino en impedir que el poder convierta al vencedor en aquello mismo que juró

combatir. Y con los años descubrió algo todavía más incómodo: que incluso los hombres bien intencionados se equivocan, y que ninguna autoridad merece ese nombre si no está dispuesta a ser cuestionada.

Por eso aprendió a desconfiar de las respuestas demasiado limpias.

Cuando se acercó a los cuarenta años, muchos lo consideraban el hombre más experimentado de Valandor. Había combatido, enseñado, obedecido y mandado. Había conocido el miedo y había aprendido a actuar a pesar de él. Pero todavía ignoraba que la prueba más dura de su vida no iba a librarse en un campo de batalla. Sería mucho más silenciosa. Empezaría dentro de las murallas, y tendría el rostro de un hombre al que conocía desde niño.

Ardanthor había crecido oyendo hablar de Eradan. De pequeño lo espiaba desde lo alto del muro del patio; de adolescente lo seguía por los corredores como quien sigue una brújula. Para el joven príncipe, Eradan era algo más que un guerrero: era una medida. Quizá incluso aquello que algún día esperaba llegar a ser. Pero los hombres cambian cuando reciben aquello que durante años contemplaron desde lejos, y ninguna transformación es más honda que la de quien descubre que ya no quiere ser comparado con su propio ideal.

El viejo rey murió. La corona pasó a su hijo. Y durante un tiempo pareció que nada había cambiado: las murallas seguían en pie, las espadas descansaban en sus vainas, los aprendices repetían en los patios los movimientos de siempre.

Pero había comenzado a abrirse una grieta. No en la piedra. Entre dos hombres.

Los reinos rara vez caen el día en que sus murallas son derribadas. Empiezan a caer mucho antes: cuando quienes mandan dejan de escuchar, cuando el orgullo ocupa el lugar de la prudencia, cuando quienes podrían advertir el peligro prefieren callar. Y alguien, desde muy lejos, lo había comprendido mejor que nadie.

Aquella tarde, sin saberlo, Eradan caminaba hacia el palacio sin prisa. Había aprendido que las decisiones más importantes no anuncian su llegada. Simplemente esperan.

Mucho antes de las espadas. Mucho antes de la caída. Mucho antes del último juramento.

PARTE I

EL HOMBRE QUE SE ALEJÓ

CAPÍTULO I

El hijo del rey

EL MUCHACHO LLEVABA demasiado tiempo observándolo.

Eradan lo había notado desde el primer movimiento. No era difícil: en el patio de entrenamiento había treinta y dos aprendices, seis maestros, cuatro escuderos y una docena de soldados que iban y venían con armas, cubos de agua o mensajes, y sin embargo la mirada del príncipe regresaba siempre al mismo punto. A él.

Eradan levantó la espada de madera y esperó. Frente a sí, un aprendiz se lanzó demasiado rápido. El golpe fue fácil de detener. Eradan giró la muñeca, desvió el arma y tocó con la punta el hombro del joven.

—Otra vez.

—Sí, señor —jadeó el muchacho.

Volvieron a empezar. Eradan no miró hacia el muro. No hacía falta. Sabía que Ardanthor seguía allí, con los codos apoyados en la piedra y la barbilla entre las manos, absorbiendo cada gesto como si fuera una lengua extranjera que estuviera decidido a aprender.

Tenía doce años y todavía no llevaba más corona que su apellido. Era el hijo del rey, y los hijos de los reyes disfrutan de un privilegio extraño: pueden contemplar el mundo desde una distancia que ningún otro niño conoce. Pueden observar a los hombres que algún día obedecerán sus órdenes, escuchar conversaciones que no están destinadas a ellos, imaginar el poder antes de conocer su precio.

Cuando terminó la sesión, Eradan entregó la espada de madera, despidió a los aprendices con una sola palabra —«Descansad»— y recogió dos hojas de entrenamiento para devolverlas a la armería. Al pasar junto al muro se detuvo sin levantar la vista.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día?

Hubo un silencio de gorrión sorprendido.

—No —dijo por fin la voz de arriba.

—Entonces baja.

—Mi padre dice que no debo molestar durante los entrenamientos.

—Tu padre tiene razón.

—Entonces me iré.

Eradan esperó. El príncipe dio dos pasos hacia la escalera, se detuvo, y preguntó sin volverse:

—¿Puedo volver mañana?

—Si vienes a aprender.

El niño regresó al patio con una mezcla de cautela y de ansia.

—¿Qué puedo aprender?

—Todavía no lo sé. —Eradan dejó las espadas sobre un banco—. Aún no sé qué quieres aprender.

—Quiero aprender a luchar.

—Eso es fácil.

—¿Fácil? —El muchacho frunció el ceño.

—Cualquiera puede aprender a golpear. —Eradan tomó una espada de madera y se la tendió; Ardanthor la recibió con las dos manos, sorprendido de lo que pesaba—. Lo difícil es otra cosa.

—¿Qué?

—Aprender por qué debes hacerlo.

El príncipe bajó la hoja. No era la respuesta que había ido a buscar.

—¿Y tú sabes por qué luchas?

—A veces. —Eradan sonrió apenas—. Las otras veces intento averiguarlo antes de levantar la espada.

Le señaló el extremo opuesto del patio.

—Camina hasta allí. Sin la espada. Y vuelve.

Ardanthor obedeció. Atravesó el patio, tocó la pared, regresó.

—¿Eso era todo?

—Por hoy.

—Pero no he aprendido nada.

—Eso es lo que creen todos al empezar.

* * *

VOLVIÓ AL DÍA siguiente, y al otro, y a partir de entonces apareció con la regularidad de las estaciones. Primero observaba, después preguntaba, más tarde empezó a ayudar. Una mañana llegó antes que los propios aprendices y Eradan lo encontró sentado junto a una pila de leña, con las manos en las rodillas, esperando.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte. Para aprender.

Eradan miró los troncos.

—Entonces empieza por eso. Llévalos al almacén.

—Soy el príncipe.

—Precisamente.

El niño se puso de pie, cargó un tronco, luego otro. El tercero se le escurrió de los brazos y rodó por el suelo. Eradan no se movió para ayudarlo. Ardanthor lo recogió, apretó los dientes y siguió. Cuando terminó, las manos le ardían, tenía astillas en las palmas y el sudor le pegaba el pelo a la frente.

—¿Esto también es entrenamiento?

—Todo es entrenamiento.

—¿Incluso cargar leña?

—Sobre todo cargar leña. —Eradan se sentó a su lado—. Un hombre que no sabe servir difícilmente sabrá mandar.

Ardanthor no contestó. Aquella frase se le quedó dentro durante mucho más tiempo del que Eradan podía imaginar.

Los años pasaron, y con ellos cambió el vínculo. El niño se hizo adolescente y, poco a poco, aprendió a montar, a leer mapas, a distinguir una columna en marcha de otra en retirada, a escuchar los informes de los exploradores sin interrumpir. Aprendió a preguntar. Y Eradan respondía siempre, incluso cuando la respuesta era «no lo sé». Aquella era quizá la lección que más desconcertaba al príncipe: había imaginado que los grandes hombres lo sabían todo.

* * *

EL VADO DE Sarn fue la primera vez que Ardanthor vio lo que había detrás de las palabras.

Tenía dieciséis años. Una patrulla había salido hacia la frontera oriental para investigar el saqueo de una granja, y el rey, en uno de esos arrebatos de confianza que luego lamentaba, había permitido que su hijo acompañara a Eradan «para que viera el mundo». Eran siete jinetes. Cabalgaron dos días bajo una lluvia fina y tenaz, y al tercero, al llegar al vado, Eradan detuvo el caballo.

El agua bajaba turbia. En la otra orilla, los sauces formaban una pared oscura. No se movía nada. Ni un pájaro.

—Aquí no canta nada —murmuró uno de los soldados.

—Lo sé —dijo Eradan.

Levantó la mano. Los jinetes se detuvieron. Ardanthor, que todavía no había aprendido a desconfiar del silencio, abrió la boca para preguntar, y Eradan le puso dos dedos sobre el brazo.

—Mira —dijo, casi sin voz—. No digas nada. Solo mira.

El príncipe miró. Las huellas de cascos bajaban hasta el agua y no volvían a subir. Una rama rota a la altura de un hombre a caballo. En la orilla opuesta, entre los sauces, un destello breve, apenas una chispa, de metal que se movía.

La primera flecha pasó tan cerca de su cara que sintió el zumbido. La segunda clavó a un soldado en el hombro. Los sauces vomitaron hombres.

Después de aquello, Ardanthor solo recordaría la batalla como una sucesión de fragmentos: el caballo que se encabritó y lo tiró al barro; el grito de alguien que llamaba a su madre; el olor a sangre y a hierro mojado; un hombre enorme que salió del agua con un hacha y lo miró, un solo instante, con la serena indiferencia de quien se dispone a cortar leña. Recordaría que se quedó inmóvil. Que ni siquiera pensó en la espada.

Y recordaría a Eradan.

No lo vio luchar como los cantores cuentan las batallas. No hubo florituras. Eradan se interpuso, desvió el hacha con un movimiento seco del antebrazo que hizo crujir el escudo, giró, y la punta de su espada encontró un hueco en el cuero a la altura de la clavícula. El hombre cayó de rodillas con una expresión de asombro. Eradan no lo remató. Lo empujó de un golpe hacia el agua, recogió del suelo al príncipe sujetándolo por el cinturón, como a un fardo, y gritó:

—¡Atrás! ¡A los árboles de la izquierda!

No eran órdenes que dictara un héroe. Eran las órdenes de alguien que había mirado antes el terreno, que había contado a los atacantes mientras los demás aún se asustaban, que sabía exactamente cuántos pasos separaban la vida de la muerte. En menos de un cuarto de hora todo había terminado. Seis cuerpos flotaban río abajo. Los demás habían huido. De los siete jinetes de la patrulla, tres estaban heridos y uno no volvería a ver Valandor.

Ardanthor estaba sentado contra un tronco, temblando, con la espada todavía envainada. Eradan se arrodilló frente a él y le limpió con el pulgar una mancha de sangre ajena en la mejilla.

—¿Estás herido?

—No. —La voz le tembló—. Me quedé quieto. No hice nada.

—Hiciste lo que hace casi todo el mundo la primera vez.

—Tú no.

—Yo hice lo mismo. —Eradan lo miró—. Más joven que tú. Y el hombre que estaba conmigo murió por mi culpa.

El príncipe levantó los ojos.

—¿Y qué hiciste?

—Aprendí a que no me volviera a pasar. —Eradan se sentó junto a él en el barro—. Pero no te equivoques, Ardanthor. Esto que has visto no es lo que importa. Cualquiera aprende a clavar una espada. Lo importante es lo que hice antes del primer golpe.

—Mirar.

—Mirar. Y preguntarme por qué no cantaba ningún pájaro.

Aquella noche, mientras los soldados cuidaban a los heridos, Ardanthor no durmió. Miraba a Eradan, sentado un poco apartado del fuego, afilando con paciencia una hoja que no necesitaba afilarse, y comprendió una cosa que no habría sabido decir con palabras: que quería ser como aquel hombre. No luchar como él. Ser como él.

Todavía no sabía que eso mismo, con los años, llegaría a ser su mayor tormento.

* * *

CON EL TIEMPO, el viejo rey Arathor empezó a llamar a Eradan a las reuniones del consejo. Cuando llegaban noticias inquietantes de los territorios del norte, escuchaba su opinión. Cuando había que elegir entre enviar soldados o negociar, Eradan era uno de los hombres a quienes se consultaba. No buscaba influencia: la aceptaba cuando podía ser

útil. Y cuando discrepaba del rey, lo decía. Nunca en público, por orgullo. Nunca en privado, por miedo.

Arathor apreciaba aquella cualidad. Ardanthor también. Quizá demasiado. Porque el muchacho había empezado a imaginar un futuro en el que Eradan estaría siempre a su lado, no como un subordinado ni siquiera como un maestro, sino como una especie de brújula. No sabía todavía que ningún hombre puede ser eternamente la brújula de otro. Llega un momento en que quien aprendió debe decidir hacia dónde caminar; y otro, más amargo, en que quien enseñó debe aceptar que ya no puede caminar delante.

Una tarde, desde lo alto de la torre del homenaje, mientras miraban los campos que rodeaban la ciudad, Ardanthor preguntó:

—¿Crees que algún día seré un buen rey?

—No puedo saberlo.

—Siempre dices eso.

—Porque es verdad.

—Entonces dime qué debería hacer.

Eradan apoyó las manos en la piedra tibia del parapeto.

—Escuchar.

—¿A quién?

—A quien esté dispuesto a decirte la verdad.

—¿Y si no me gusta?

—Sobre todo si no te gusta.

El joven miró el horizonte. Una bandada de estorninos cruzó el cielo, se abrió, se cerró de nuevo.

—Ser rey no te hará menos humano —dijo Eradan—. Eso es lo único que quiero que recuerdes.

—Entonces, ¿qué me hará diferente?

—Que tus errores tendrán consecuencias para otros.

Aquella vez, Ardanthor no sonrió.

* * *

El día en que el rey enfermó, Valandor cambió de ritmo.

Los corredores se llenaron de pasos. Los mensajeros empezaron a hablar en voz baja. Los miembros del consejo entraban y salían de los aposentos privados con la expresión de quien lleva una piedra en la lengua. Durante dos semanas, Eradan se mantuvo cerca, sin que nadie se lo pidiera, y la tercera noche, cuando el médico dijo que el rey ya no pasaría de la madrugada, fue el rey mismo quien pidió verlo a solas.

La habitación olía a cera, a hierbas amargas y a algo más viejo, más hondo. Arathor yacía en la cama inmensa que había compartido con tres generaciones de miedo y fatiga. Estaba más delgado de lo que Eradan recordaba; tenía la piel como papel, y los ojos, en cambio, conservaban toda su claridad.

—Cierra la puerta.

Eradan obedeció.

—Acércate. No tengo voz para gritar y no pienso decir esto dos veces.

Se sentó junto a la cama. Los dedos del rey buscaron entre las sábanas, y de debajo de la almohada sacó un objeto pequeño que depositó, con esfuerzo, en la palma de Eradan. Era una llave de hierro, no más larga que un dedo, oscurecida por los años. El anillo estaba desgastado de tantas manos. Tenía grabado en el paletón un signo diminuto, que Eradan no reconoció.

—¿Qué abre?

—Una puerta. —Arathor tragó saliva—. Está debajo de la ciudad. Mi padre me habló de ella. Yo nunca la encontré. No sé si existe todavía.

—Majestad…

—Escucha. —La mano del rey se cerró sobre la suya con una fuerza inesperada—. No es para Ardanthor. Lo quiero más que a mi propia sangre, y por eso no se la doy. Un rey que tiene una puerta secreta termina buscando motivos para abrirla. Tú no. Tú buscarás motivos para no hacerlo.

—¿Qué hay detrás?

Arathor sonrió con una tristeza que parecía venir de muy lejos.

—Lo que recuerda la ciudad cuando los reyes se olvidan de ella. —Tosió; su pecho sonó como una hoja arrastrada—. Hay una puerta debajo de Valandor que no se abre para los reyes. Se abre para quien sepa por qué debe entrar. Si algún día llega el momento…, lo sabrás.

—¿Y si no lo sé?

—Entonces no entres.

Cerró los ojos. Eradan creyó que había terminado. Pero un instante después, entre dos respiraciones, el rey añadió, casi sin sonido:

—Y vigila a mi hijo. No de sus enemigos. De su orgullo. Es lo único que se parece demasiado a mí.

No volvió a hablar.

Murió antes del amanecer, sin discursos ni palabras solemnes. Solo hubo silencio, y el chasquido leve de una vela que se consumía. Eradan se quedó un rato sentado, con la llave cerrada en el puño, escuchando el silencio de un palacio que ya no tenía rey.

Cuando Ardanthor entró en la sala donde reposaba su padre, tenía veintitantos años y ya no era el muchacho que había cargado leña en un patio. Pero Eradan, al verlo cruzar el umbral, lo reconoció tal como era entonces: el niño que preguntaba, el joven que había dicho un día «quiero ser como tú».

El futuro rey se detuvo frente al cuerpo, sin levantar la mirada.

—Se ha ido.

—Sí.

—Ahora me toca a mí.

—Sí.

Respiró hondo.

—¿Estarás conmigo?

Eradan tardó un momento en contestar. Por primera vez comprendió que aquella pregunta no era la de un discípulo, sino la de un rey que todavía no había aprendido a sentirse rey. Y comprendió también que acababa de recibir un secreto que no podría compartir con él.

—Mientras mi consejo sea útil —dijo.

Ardanthor levantó la cabeza.

—Siempre lo ha sido.

Eradan sostuvo su mirada.

—Eso tendrás que decidirlo tú.

El joven no entendió el significado de aquellas palabras. Todavía no. Faltaba la corona, y con ella llegaría una pregunta para la que ninguno de los dos estaba preparado: cómo puede un hombre convertirse en sí mismo cuando ha pasado la vida admirando a otro.

CAPÍTULO II

La corona

LA CORONA PESABA menos de lo que Ardanthor había imaginado.

Era de oro viejo, sin piedras excesivas ni adornos innecesarios. Había pertenecido a varios reyes antes que a él, y conservaba pequeñas marcas que nadie se había molestado en borrar: un golpe en el borde izquierdo, un rasguño profundo sobre la frente. Cuando el sumo custodio de las ceremonias la posó sobre su cabeza, Ardanthor pensó que aquello era todo; que el peso del reino estaba allí, en ese círculo de metal que le oprimía las sienes.

Se equivocaba. El verdadero peso no estaba sobre su cabeza. Estaba en las miradas.

Lo miraban los miembros del consejo, los capitanes, los sacerdotes, los embajadores de cuatro reinos que habían cruzado montañas para asistir a la ceremonia y para calcular, con cortesía impecable, qué clase de hombre acababa de heredar Valandor. Lo miraban los veteranos que habían servido a su padre y que, bajo el respeto, buscaban en su rostro el rastro del rey muerto. Lo miraban los niños subidos a los hombros de sus padres en la plaza, a través de las ventanas abiertas, con la curiosidad de quien asiste a una fiesta.

Y entre todos ellos estaba Eradan.

Ardanthor lo buscó casi sin darse cuenta. Lo encontró al fondo de la sala, junto a una columna: de pie, sereno, sin una sonrisa, sin un gesto de aprobación. Solo observándolo. El nuevo rey sintió algo parecido al alivio. Eradan estaba allí. Todo estaría bien.

Durante el banquete, mientras los músicos tocaban y los criados circulaban con bandejas de carne y vino especiado, Ardanthor reparó en una silla vacía en la mesa de los embajadores. Preguntó por ella a su canciller.

—El enviado del norte —respondió el hombre—. Anunció su llegada, pero no ha aparecido. Habrá sido el mal tiempo en los pasos.

El rey asintió y no volvió a pensar en ello. Era una silla vacía. Las sillas vacías son algo que ocurre en todos los banquetes. Solo mucho después, cuando ya no quedara nadie con quien compartir aquella memoria, Ardanthor entendería que había sido la primera señal.

* * *

DURANTE LAS PRIMERAS semanas, Ardanthor hizo exactamente lo que todos esperaban de él. Escuchó, preguntó, estudió los informes de las fronteras, recibió embajadores,

visitó los cuarteles, recorrió los mercados a pie con una escolta discreta. Cada noche presidía el consejo. Y Eradan estaba presente en casi todas las reuniones.

No hablaba demasiado: nunca lo había hecho. Pero cuando hablaba, los demás se callaban para escucharlo.

Aquello empezó a incomodar al rey. No porque Eradan pretendiera imponerse; precisamente porque no lo hacía. Su autoridad parecía existir sin necesidad de reclamarla. Un capitán podía discutir con el rey. Un consejero podía contradecirlo. Pero cuando Eradan tomaba la palabra, incluso los que no estaban de acuerdo guardaban silencio, y era un silencio distinto del que se concede al poder: era el silencio de quien sabe que está a punto de oír algo cierto.

Ardanthor empezó a preguntarse por qué.

Una tarde, después de una sesión especialmente larga, pidió a todos que se retiraran. A todos menos a Eradan. Esperó a que se cerrara la última puerta y se acercó a la ventana.

—Quiero preguntarte algo.

—Pregunta.

—¿Crees que estoy preparado?

—¿Para qué?

—Para gobernar.

—Nadie está del todo preparado para gobernar.

—Eso no es una respuesta.

—Es la más honesta que tengo.

Ardanthor soltó una risa cansada.

—Siempre haces lo mismo. Respondes con otra pregunta.

—Porque a veces una respuesta demasiado rápida impide pensar.

El rey se volvió.

—Ya no soy tu alumno.

La frase quedó suspendida en el aire de la sala. Eradan no cambió de expresión.

—No.

—Entonces háblame como a un rey.

—Te estoy hablando como a un rey.

—No lo parece.

—¿Qué esperas que haga?

—Que aceptes que ahora las decisiones son mías.

Eradan permaneció en silencio unos segundos.

—Siempre lo han sido.

Ardanthor esperaba otra cosa. Una discusión, una réplica, incluso una advertencia. Lo que recibió fue aquella frase tranquila, y su ausencia de reproche resultó más incómoda que cualquier pelea.

* * *

A PARTIR DE entonces, el rey empezó a tomar decisiones sin consultar a Eradan. Algunas fueron buenas, otras simplemente razonables. No hubo catástrofes. Pero Ardanthor tenía la sensación de que cada decisión debía demostrar algo, y al principio no sabía qué. Poco a poco lo fue comprendiendo: tenía que demostrar que podía gobernar sin Eradan.

El primero en notar el cambio fue el anciano Oren, consejero desde tiempos de Arathor.

—Majestad —le dijo una mañana, con la prudencia de quien camina por un puente de cuerdas—, quizá convendría escuchar al capitán Eradan antes de responder al embajador de Nareth.

Ardanthor levantó la vista del documento.

—Ya he escuchado su opinión.

—No estaba presente.

—No era necesario.

Oren inclinó la cabeza. Al llegar a la puerta se detuvo.

—Vuestro padre confiaba mucho en él.

—Yo también.

—Entonces todo está bien.

Cuando el anciano se hubo marchado, el rey permaneció un rato inmóvil. No sabía por qué aquella última frase, dicha con tanta suavidad, le había dolido como un insulto.

La reina sí lo sabía.

Ysenne lo encontró aquella noche en la biblioteca, con un informe abierto entre las manos que llevaba varios minutos sin leer. Se sentó frente a él y esperó.

—Estás enfadado.

—No.

—Entonces preocupado.

—Tampoco.

—¿Es Eradan?

Ardanthor cerró el informe de golpe.

—Todos creen que debo escucharlo.

—Porque suele tener buenas razones.

—No quiero que gobierne por mí.

Ysenne arqueó una ceja.

—¿Te lo ha pedido?

—No.

—¿Entonces?

El rey no contestó. Ella comprendió.

—Ah.

—¿Qué significa ese «ah»?

—Que quizá el problema no sea Eradan.

Él se levantó, caminó hacia una estantería y deslizó un dedo por los lomos de los libros sin verlos.

—Es fácil decirlo cuando no tienes que sentarte en el trono.

—Precisamente porque no estoy sentada en él puedo mirarlo desde fuera.

—Cuando era niño, todos decían que debía aprender de él.

—Y aprendiste.

—Demasiado.

Ysenne esperó.

—Cuando entro en una sala, veo cómo lo miran —dijo al fin Ardanthor, en voz más baja—. Es respeto. Y no me molesta. Lo que me molesta es que cuando entro en una sala con él, primero miran a Eradan.

La reina calló un momento.

—Quizá porque esperan que seas tú quien decida.

—No lo parece.

—Entonces tendrás que acostumbrarte.

—¿A qué?

—A que ser rey no significa ser el hombre más admirado de la sala. —Ella se acercó y le puso una mano en el brazo—. Significa ser el hombre capaz de escuchar incluso cuando todos preferirían obedecerlo.

Ardanthor no contestó. Pero esa noche tardó mucho en dormirse.

* * *

LA DISTANCIA CRECIÓ con una lentitud casi cortés. No hubo una orden, ni una discusión, ni una ofensa. Solo pequeños gestos: una reunión a la que Eradan ya no fue convocado, una decisión militar tomada sin consultar a los capitanes veteranos, una audiencia en la que el rey pidió a otro consejero que hablara antes. Una tarde, Eradan hizo una observación sobre la guarnición de los pasos del norte, y Ardanthor respondió:

—Lo tendré en cuenta.

Antes, aquella frase habría significado que lo discutirían. Ahora significaba que la conversación había terminado. Eradan lo entendió. Y no protestó, y esa fue otra forma de dolor, porque Ardanthor esperaba resistencia. Esperaba que su antiguo maestro defendiera su lugar y le dijera: *me necesitas*.

No lo hizo.

Un día el rey lo alcanzó en el patio de armas.

—Hace tiempo que no vienes al consejo.

—No me han convocado.

—Podrías haber venido.

—El consejo del rey no es un lugar al que uno acude sin ser invitado.

Ardanthor sintió que aquellas palabras contenían una acusación.

—¿Estás ofendido?

—No.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—Nada.

—Siempre dices «nada» cuando ocurre algo.

—Porque no todo lo que ocurre necesita convertirse en un conflicto.

El rey apretó la mandíbula.

—Necesito gobernar a mi manera.

—Lo sé.

—Entonces deberías confiar en mí.

—Confío en ti. —Eradan dio un paso hacia él—. Pero confiar en alguien no significa estar de acuerdo con todo lo que hace.

Ardanthor apartó la mirada. Durante unos segundos se oyó, a lo lejos, el chocar de las espadas de madera de los aprendices.

—Quiero cometer mis propios errores.

Eradan guardó silencio. Y esta vez sí comprendió del todo. Sintió algo parecido a la tristeza, y no era por sí mismo: era por el niño que se había sentado, hacía muchos años, junto a una pila de leña.

—Entonces tendrás que cometerlos —dijo.

Ardanthor esperaba una amenaza, una advertencia, una lección. No recibió ninguna.

—¿Eso es todo?

—No. —Eradan respiró hondo—. También tendrás que aprender a reconocerlos.

Y se marchó.

* * *

AQUELLA NOCHE ERADAN no consiguió dormir. No porque temiera perder un lugar: nunca había buscado un lugar en la corte. Lo que le dolía era otra cosa. Le había enseñado a Ardanthor que un hombre debe aprender a caminar por sí mismo, y ahora el muchacho lo estaba haciendo. Quizá lo más difícil de enseñar fuera aceptar que una enseñanza ha cumplido su propósito.

Sacó de debajo del jergón la llave de hierro, que no había dejado de llevar consigo desde la muerte de Arathor, y la hizo girar entre los dedos. «Vigila a mi hijo. No de sus enemigos. De su orgullo». Había pasado semanas dándole vueltas a esa frase, sin poder decidir si el rey moribundo había sido un profeta o un hombre asustado. Ahora, a la luz de una vela, empezaba a sospechar que había sido las dos cosas.

Si se quedaba, cada palabra suya sería un duelo. Si se iba, quizá el rey tendría por fin espacio para respirar. Y, si algún día se necesitaba de verdad su consejo, bastaría con llamarlo.

Al amanecer tomó una decisión. No abandonaría Valandor. Pero se apartaría del palacio.

Pidió audiencia. Ardanthor lo recibió en una sala pequeña, sin consejeros.

—¿Qué ocurre?

—Quiero dejar mis funciones en el consejo.

El rey quedó inmóvil.

—¿Por qué?

—Porque ya no soy necesario allí.

—Eso no es cierto.

—Entonces demuéstralo convocándome cuando necesites mi consejo.

Ardanthor sintió un vacío inesperado en el pecho.

—¿Adónde irás?

—A las afueras.

—¿A vivir? ¿Solo?

Eradan sonrió ligeramente.

—He estado solo muchas veces.

El rey quiso decir algo y no encontró las palabras. Al final preguntó, con una voz que apenas reconocía como propia:

—¿Estás decepcionado de mí?

Eradan lo observó durante largo rato.

—No.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

Eradan se acercó a la ventana. Desde allí se veían las torres de Valandor, doradas por el sol de la mañana.

—Porque si sigo a tu lado cada vez que tomas una decisión, nunca sabrás si eres capaz de tomarla sin mí.

Las palabras atravesaron a Ardanthor más hondo que cualquier reproche.

—Yo no quería apartarte.

—Lo sé.

Fue quizá la frase más dolorosa de todas. Porque ambos comprendieron que el problema nunca había sido querer apartarse. Había sido necesitar hacerlo.

Eradan inclinó la cabeza.

—Majestad.

—Eradan —respondió el rey, tras unos segundos.

El antiguo maestro salió. Ardanthor permaneció solo en la sala pequeña, con la luz de la ventana cayéndole sobre los hombros. Por primera vez desde que había recibido la corona comprendió que acababa de perder algo que todavía no sabía si quería conservar. No había perdido a un consejero. Había perdido la posibilidad de seguir siendo el muchacho que siempre encontraba una respuesta cuando miraba hacia Eradan.

Ahora tendría que aprender a ser rey. Solo.

CAPÍTULO III

Las afueras

ERADAN ABANDONÓ EL palacio al amanecer. No hubo ceremonia, y nadie salió a despedirlo. No llevaba escolta ni estandarte, solo una bolsa pequeña, su espada y algunas pertenencias reunidas durante los años que había pasado dentro de aquellas murallas.

Antes de cruzar la puerta se detuvo y miró hacia atrás. Había entrado allí siendo joven. Había recorrido aquellos corredores como escudero, como soldado, como consejero; había visto morir a hombres, nacer decisiones, había escuchado promesas que luego fueron olvidadas y otras que, contra todo pronóstico, se cumplieron. Ahora todo aquello pertenecía a otra etapa.

El guardia de la puerta inclinó la cabeza.

—¿Volveréis?

—A Valandor, sí.

El soldado sonrió con tristeza.

—No preguntaba eso.

Eradan comprendió.

—Entonces no lo sé.

Y siguió caminando.

La casa que eligió estaba en las afueras, donde la ciudad se deshilachaba en huertos y caminos de tierra. No era grande: una sola habitación, un patio con un pozo de piedra, un tejado hundido en una esquina y un terreno abandonado que había pertenecido a una familia de labradores. Había árboles. Eso bastó.

Durante las primeras semanas, nadie entendió qué hacía allí. Algunos pensaban que se trataba de una retirada temporal. Otros creían que el rey acabaría por llamarlo. Los más maliciosos decían que esperaba a que Ardanthor reconociera su error. Pero Eradan no esperaba nada. Había aprendido que esperar a que otro hombre cambie para recobrar la propia paz es otra manera de seguir encadenado a él.

Trabajó la tierra, reparó el tejado, cortó leña, levantó de nuevo una cerca vencida. Por las tardes caminaba hasta el río y miraba el agua, sin buscar respuestas. Después de tantos años había comprendido que algunas preguntas valen más que sus respuestas.

* * *

EL POZO FUE lo primero que le dio que pensar.

Estaba cegado casi hasta el brocal, lleno de piedras y raíces, y le llevó tres días vaciarlo. Al cuarto, con el agua oscura ya brotando del fondo, notó en una de las piedras interiores, a la altura del hombro, un signo labrado. Era diminuto y estaba medio devorado por el musgo: un círculo abierto por un lado, como una boca que empieza una palabra.

Eradan se quedó quieto con el cubo en la mano.

Lo reconocía. Lo había visto cada noche durante años, en el paletón de una llave de hierro.

Se secó las manos en la camisa, sacó la llave de su escondrijo y la comparó con el relieve. Eran idénticos. Probó a girarla en las juntas de la piedra, en las grietas, en el hueco del brocal. No ocurrió nada. Pasó la tarde examinando las paredes del pozo hasta que se hizo de noche y no quedó nada más que hacer que mirar su propio reflejo tembloroso en el agua.

No habló de ello con nadie. Pero a partir de aquel día empezó a caminar por las afueras con otros ojos. Fue entonces cuando descubrió más signos, en el dintel de una vieja ermita, en la base de un molino abandonado, en un hito de piedra a la orilla del camino del este. Pequeños, casi invisibles, pacientes. Alguien había cubierto aquella tierra de señales, hacía mucho tiempo, y alguien había dejado de molestarse en que fueran comprendidas.

Eradan guardó la llave y no dijo nada. Pero ya no pudo dejar de preguntarse hacia dónde apuntaban.

* * *

EL PRIMER JOVEN apareció una mañana. Tendría unos quince años y llevaba una espada de madera sujeta al cinturón con una cuerda.

—¿Sois Eradan?

—Eso dicen —contestó él sin dejar de partir leña.

El muchacho miró la espada que colgaba de un clavo junto a la puerta.

—Quiero aprender.

—Hay maestros en Valandor.

—Quiero aprender de vos.

—¿Por qué?

El muchacho dudó.

—Porque dicen que sois el mejor.

—Entonces te han engañado. —Eradan clavó el hacha en el tocón—. No soy maestro. Soy un hombre que todavía está aprendiendo.

El joven pareció hundirse un poco.

—Volveré mañana.

—No hace falta.

—Volveré.

Se marchó. Eradan lo vio perderse en el camino y no volvió a pensar en él hasta la mañana siguiente, cuando lo encontró de nuevo en el patio. Y no venía solo. Traía a otros cuatro.

—¿Qué significa esto?

—Ayer dijisteis que no —respondió el primero—. Pensamos que quizá hoy diríais que sí.

—No.

Los jóvenes se miraron. El más corpulento dio un paso adelante.

—Podemos trabajar. Lo que sea.

—¿Por qué?

—Porque queremos aprender.

Eradan dejó el hacha. Los cinco aguardaron como si esperaran una sentencia.

—Entonces escuchad bien. No os enseñaré a luchar.

Hubo decepción.

—Todavía —añadió.

Todos levantaron la vista.

—Primero aprenderéis a limpiar.

Durante las semanas siguientes, los jóvenes limpiaron el terreno. Retiraron piedras, cortaron zarzas, levantaron la cerca, sacaron del fondo del pozo el último limo, plantaron hileras de coles. Cada mañana esperaban que Eradan sacara por fin las espadas. Él no las sacó. Un día, uno de ellos perdió la paciencia y arrojó la azada al suelo.

—Nos estáis haciendo perder el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque vinimos a aprender a luchar.

—No. Vinisteis a aprender. Es distinto.

—Entonces decidnos qué estamos aprendiendo.

Eradan lo miró con calma.

—Paciencia.

El muchacho abrió la boca. No encontró nada que decir.

—Y todavía os falta bastante —sonrió Eradan.

Poco a poco el grupo creció. No todos se quedaron: algunos se cansaron; otros descubrieron que preferían las escuelas militares de la ciudad. Pero algunos regresaban siempre. Entre ellos había una muchacha llamada Lysa, que observaba antes de actuar; Taren, corpulento y resistente, que confiaba demasiado en su fuerza; Bran, rápido y apasionado, que tenía la costumbre de moverse antes de pensar; Narek, silencioso, que parecía oír hasta lo que nadie decía. Y el primero de todos, que se llamaba Eryon.

Eradan todavía no sabía que aquel muchacho terminaría ocupando un lugar diferente. Por ahora era uno más. O eso creía.

* * *

UNA TARDE, AL terminar el trabajo, Eradan se sentó bajo un árbol y los jóvenes se agruparon alrededor.

—¿Por qué nos hacéis trabajar tanto? —preguntó Taren.

—Porque un hombre que no sabe trabajar difícilmente comprenderá el esfuerzo de quienes trabajan para él.

—¿Y cuándo aprenderemos a luchar? —quiso saber Lysa.

—Cuando sepáis por qué.

Bran soltó una risa corta.

—Eso ya lo hemos oído.

—Entonces todavía no lo habéis entendido.

Narek levantó la cabeza.

—¿Por qué una espada necesita una razón?

Eradan tardó unos segundos en responder.

—Porque no distingue entre justicia e injusticia. Obedece a la mano que la empuña.

—Entonces la culpa es del hombre —dijo Taren.

—La responsabilidad también.

—¿Y si el hombre cree que está haciendo lo correcto?

—Todos los hombres peligrosos lo creen en algún momento.

Nadie volvió a reír. Eradan miró hacia los árboles.

—Por eso Valandor no forma solo guerreros. Forma personas capaces de preguntarse si lo que están a punto de hacer merece ser hecho.

—¿Y cómo se sabe? —insistió Lysa.

—No siempre se sabe.

—Entonces estamos perdidos.

—No —dijo Eradan—. Porque todavía podemos pensar.

* * *

LAS NOTICIAS DEL palacio llegaban hasta allí sin que nadie las llamara. Nunca directamente: un comerciante, un campesino, un soldado de permiso, un viajero que se detenía a beber agua. El rey había cambiado a un comandante. El consejo discutía una alianza. Había inquietud en las fronteras. Un reino vecino había enviado una delegación. Nada parecía grave, pero Eradan escuchaba, sin intervenir.

Una noche, mientras encendía el fuego, uno de los jóvenes preguntó:

—¿No os preocupa?

—¿Qué?

—El reino.

Eradan se sentó.

—Siempre me preocupa.

—Entonces deberíais volver.

—No.

—¿Por qué?

—Porque preocuparme por algo no significa que deba controlarlo. —Miró las llamas —. Hay una diferencia entre responsabilidad y necesidad de poder.

Un mes después llegó un mensajero del rey. Desmontó frente a la casa con el polvo del camino pegado a la capa.

—Su majestad solicita vuestra presencia.

Eradan siguió cortando leña.

—¿Para cuándo?

—Ahora.

Eradan dejó el hacha, se limpió las manos.

—Dile que iré mañana.

El mensajero lo miró estupefacto.

—Su majestad ha dicho ahora.

—Lo he entendido. —Eradan lo observó con calma—. Si el rey necesita que vaya inmediatamente, volveré a caballo contigo en este instante. Si no, mañana será suficiente.

El hombre no supo qué responder. Inclinó la cabeza y regresó a la ciudad. Los jóvenes habían presenciado toda la escena.

—Podríais haber ido —dijo Bran.

—Sí.

—¿Por qué no lo hicisteis?

Eradan miró el camino por donde se alejaba el jinete.

—Porque incluso un rey debe aprender que pedir algo no significa que el mundo tenga que detenerse.

—Eso no le gustará nada —sonrió Lysa.

—Entonces quizá necesitaba oírlo.

Al día siguiente acudió al palacio. Ardanthor lo esperaba en una sala pequeña. Había cambiado. Ya no era el joven que había recibido la corona: la llevaba con mayor naturalidad, aunque algo en sus ojos había envejecido.

—¿Por qué no viniste cuando te llamé?

—Porque no dijiste que fuera urgente.

—Soy el rey.

—Lo sé.

—Podrías haber venido.

—Podría.

Ardanthor respiró hondo.

—¿Estás intentando enseñarme una lección?

—No.

—¿Entonces qué haces?

—Vivo.

El rey lo miró con incredulidad.

—¿Eres feliz?

Eradan tardó en responder.

—Estoy tranquilo.

—No es lo mismo.

—No.

—¿Te arrepientes de haberte ido?

Eradan observó a aquel hombre al que había conocido cuando era un niño sentado en lo alto de un muro.

—No.

—Yo sí.

La respuesta lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué?

Ardanthor se acercó a la ventana.

—Porque desde que te marchaste, todos comparan mis decisiones con lo que tú habrías hecho. Los veteranos, los consejeros, los soldados. Dicen que habrías elegido otra estrategia.

Eradan lo entendió. La sombra había comenzado a crecer.

—Ardanthor…

—No quiero hablar de eso.

—Entonces no hablaremos.

El rey lo miró.

—A veces te odio por hacer eso.

—Eso significa que algo de lo que te enseñé ha funcionado.

Ardanthor casi sonrió. Casi.

—Vete.

Eradan inclinó la cabeza.

—Majestad.

Cuando salió, ambos sabían que la distancia que los separaba todavía podía recorrerse. Pero cada vez sería más difícil.

* * *

AQUELLA NOCHE, ERADAN regresó a su casa y encontró a los jóvenes esperándolo. Eryon estaba sentado bajo el árbol con un libro abierto sobre las rodillas.

—¿Qué lees? —preguntó Eradan.

—Sobre las antiguas guerras.

—¿Y qué has aprendido?

Eryon cerró el libro.

—Que todos los que empiezan una guerra creen que pueden controlarla.

—¿Y?

—Que casi siempre se equivocan.

Eradan asintió.

—Buena respuesta.

El muchacho se levantó.

—¿Volverás mañana?

Era la misma pregunta que le habían hecho semanas atrás, con idénticas palabras. Pero esta vez había algo distinto: no era curiosidad. Era necesidad.

—Sí.

Eryon sonrió. Mientras caminaba hacia la casa, Eradan comprendió por primera vez desde que había abandonado el palacio que quizá no se había alejado de Valandor. Quizá había encontrado otra manera de servirlo.

Todavía no sabía cuánto necesitaría Valandor de aquellos jóvenes. Ni cuánto necesitaría él de uno de ellos.

CAPÍTULO IV

Eryon

ERYON HABÍA APRENDIDO a no preguntar por su padre.

No porque hubiera olvidado su rostro, sino porque casi no lo recordaba. Durante los primeros años de su vida había intentado reconstruirlo con fragmentos: una voz que quizá le pertenecía, una mano posada sobre su cabeza, una vieja hebilla de cuero, una historia que su madre contó una sola vez y que después se negó a repetir. Su padre había sido soldado. Eso era todo lo que sabía con certeza. Un día había partido, de mañana, sin volver. Y con el tiempo la ausencia había dejado de ser una pregunta para convertirse en una habitación vacía dentro de él, de la que se aprende a pasar de largo.

Su madre murió cuando Eryon tenía diez años. Desde entonces vivió donde pudo: en los establos, en los campos, en los talleres de los curtidores. Aprendió a reparar herramientas antes que a empuñar una espada. No tenía apellido importante ni tierras ni lugar alguno en la corte. Lo único que poseía era una curiosidad que a veces parecía más grande que él. Preguntaba demasiado, pensaba demasiado, y veía cosas que otros no veían.

Eso había bastado para llevarlo hasta Eradan.

Al principio creyó que quería aprender a luchar. Después comprendió que no era exactamente eso. Quería entender por qué algunos hombres eran capaces de permanecer firmes cuando todo a su alrededor se derrumbaba. Eradan parecía saberlo. O al menos parecía haber aprendido a vivir con las preguntas.

Y Eryon, entre todos los jóvenes del patio, era el menos destacable. Taren era más fuerte, Bran más rápido, Lysa poseía una inteligencia táctica que sorprendía incluso a los veteranos, y Narek, una sensibilidad poco común para percibir el ánimo ajeno. Eryon era delgado, no especialmente alto, y todavía le temblaba el pulso después de largas sesiones con la espada de madera. Pero observaba. Siempre observaba. Mientras los demás querían saber cómo vencer, él quería saber por qué alguien había decidido luchar. Mientras Taren preguntaba cómo bloquear un golpe, Eryon preguntaba qué había llevado al adversario a lanzarlo.

—Preguntas demasiado —le dijo Bran una mañana.

—¿Y eso es malo?

—Sí.

—¿Por qué?

Bran abrió la boca y no encontró la respuesta. Taren soltó una carcajada.

—Te ha ganado.

—¡No me ha ganado!

—No estaba compitiendo —intervino Eradan desde unos metros—. Ese es el problema. Creéis que aprender consiste en ganar discusiones.

Señaló el patio.

—Aquí nadie tiene que ganar. Aprenderéis a no necesitar tener razón.

* * *

UN DÍA LLEVÓ cinco espadas de madera y los jóvenes las miraron con entusiasmo.

—Hoy lucharemos —dijo Eradan.

Bran sonrió.

—Por fin.

—Con una condición. Nadie atacará.

La sonrisa de Bran se apagó.

—¿Cómo vamos a luchar sin atacar? —preguntó Taren.

—Exactamente.

Los dividió en parejas. Cada uno debía mantener su espada en posición defensiva. Los primeros minutos fueron absurdos: Bran provocaba a su adversario con gestos, Taren avanzaba más de la cuenta, Lysa esperaba, Narek retrocedía. Eryon permanecía inmóvil.

—¡Ataca! —le gritó Bran.

Eryon no respondió.

—¡Te estoy diciendo que ataques!

Eradan observaba.

—¿Por qué no atacas?

—Porque no sé qué quiere hacer él —respondió Eryon sin apartar los ojos de su rival.

Eradan sonrió.

—Bien.

Después de casi una hora, los jóvenes estaban agotados y nadie había dado un solo golpe.

—¿Qué habéis aprendido? —preguntó Eradan.

—Que esto es aburrido —masculló Taren.

—Que no tiene sentido —añadió Bran.

—Que esperar puede ser más difícil que atacar —dijo Lysa.

Eradan asintió y miró a Eryon.

—¿Y tú?

El muchacho dudó.

—Que a veces uno quiere atacar solo porque no soporta esperar.

—Eso es importante —dijo Eradan.

* * *

AQUELLA TARDE, MIENTRAS los demás se marchaban, Eryon se quedó. Eradan guardaba las espadas.

—¿Necesitas algo?

—Quiero aprender a usarla. —Eryon señaló una espada—. De verdad.

—¿Qué significa «de verdad»?

El muchacho bajó la mirada.

—Quiero ser fuerte.

—¿Por qué?

Tardó en contestar.

—Porque no quiero volver a tener miedo.

—¿A qué le tienes miedo?

—A muchas cosas.

—Eso no es una respuesta.

—Lo sé.

Eradan se sentó en un banco.

—Entonces empieza por una.

Eryon permaneció de pie. Al fin dijo, tan bajo que apenas se oyó:

—A quedarme solo.

Eradan no hizo ninguna pregunta más.

Con el tiempo, Eryon comenzó a pasar más horas con él. No porque Eradan lo favoreciera; de hecho, era más exigente con él que con ningún otro. Le hacía repetir los ejercicios, le pedía que explicara cada decisión, le corregía la postura y le quitaba la espada cuando se dejaba llevar por la ira. Una tarde Eryon protestó:

—A los demás no les exigís tanto.

—A los demás no les haces tú las mismas preguntas.

—Entonces, ¿soy diferente?

—Todos sois diferentes.

—No has respondido.

Eradan se acercó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque todavía no sé en qué puedes convertirte.

—¿Eso es bueno?

—No necesariamente.

Los dos rieron.

Una noche, mientras cenaban, Eryon hizo la pregunta que llevaba semanas guardando.

—¿Tú tuviste padre?

Eradan dejó el cuenco sobre la mesa.

—Sí.

—¿Era soldado?

—No.

—¿Era como tú?

—Espero que no. Cometí muchos errores.

—Entonces se parecía a ti —sonrió Eryon.

Eradan lo miró y no supo qué responder. Algo se movió dentro de él: no era compasión, era reconocimiento. Había conocido hombres que habían perdido padres, y hombres que habían perdido hijos, pero comprendía ahora que una ausencia podía pesar tanto como una muerte.

—Quizá lo importante no sea recordar lo que un hombre habría dicho —dijo por fin —. Sino decidir qué harías tú si pudieras preguntárselo.

Eryon pensó.

—No sé.

—Ya lo sabrás.

No hubo promesas ni abrazos. Ni siquiera una palabra que definiera lo que estaba ocurriendo. Pero a partir de aquella noche, cuando Eryon tenía miedo, buscaba a Eradan. Y Eradan empezó a darse cuenta.

* * *

EL DÍA QUE Eradan puso en manos de Eryon una espada de acero, no le explicó cómo usarla. Se la entregó. Nada más.

Eryon la recibió con las dos manos. El peso era distinto al de la madera: no mucho mayor, pero sí otro. La madera había sido un ejercicio. El acero era una responsabilidad.

—¿Es tuya?

—Lo fue.

—¿La has usado en batalla?

—Sí.

—¿A cuántos hombres has matado?

Eradan guardó silencio.

—Quiero saber qué significa llevarla —se defendió Eryon.

Eradan tomó la espada y la dejó sobre una mesa.

—Eso no se aprende contando muertos.

—Entonces, ¿cómo?

—Recordándolos.

Eryon no volvió a preguntar.

Durante los primeros días no hubo combate. Eradan le enseñó a limpiar la hoja, a revisar la empuñadura, a caminar con ella, a desenvainarla sin mirar, a guardarla sin golpear la vaina. Parecían tareas insignificantes y el muchacho se impacientó.

—¿Cuándo aprenderé a luchar?

—Cuando aprendas a cuidar aquello que llevas.

—Pero sé cuidarla.

—Entonces demuéstralo. Mañana me la traerás limpia.

Al día siguiente, Eradan encontró una mancha minúscula en el acero. No dijo nada. Eryon la vio.

—¿Me equivoqué?

—Sí.

—¿Estás enfadado?

—No. Vuelve a limpiarla.

Eryon lo hizo. Y al otro día. Y al siguiente. Hasta que comprendió que cuidar una espada no consistía en limpiarla cuando alguien lo ordenaba, sino en no permitir que llegara a necesitarlo.

Las primeras lecciones no se daban en el patio. Se daban caminando. Eradan llevaba al muchacho por los senderos que rodeaban Valandor: los campos, los canales, los bosques, los antiguos caminos de piedra, las aldeas que dependían de la ciudad. Una tarde llegaron a una de ellas y encontraron a un anciano que forcejeaba con una rueda de carreta.

—Ayúdalo.

Eryon miró la espada.

—¿Con esto?

—Con las manos.

Trabajaron casi una hora. Cuando terminaron, el viejo les ofreció pan y queso. De regreso, Eryon preguntó:

—¿Esto también forma parte de aprender a ser guerrero?

—No.

—¿Entonces por qué lo hacemos?

—Porque si un día tienes que luchar para defender esta aldea, será importante que recuerdes por qué.

* * *

LAS SIETE SENDAS aparecieron poco a poco. Nunca como una doctrina que hubiera que aprender de memoria: Eradan las enseñaba como quien abre puertas. La primera era el cuerpo: «Un guerrero debe conocer sus límites». La segunda, la mente: «La fuerza sin pensamiento es solo violencia». La tercera, la conciencia: «Antes de preguntarte qué puedes hacer, pregúntate si debes hacerlo». La cuarta, el servicio: «Nadie protege a un pueblo desde arriba». La quinta, la naturaleza: «Quien no comprende la tierra que defiende acabará destruyéndola». La sexta, el silencio: «Hay respuestas que solo aparecen cuando dejas de hablar».

Y la séptima eran las estrellas.

Una noche, Eryon alzó la vista.

—¿Qué tienen que ver las estrellas con una espada?

Eradan contempló el cielo.

—Nos recuerdan que somos pequeños.

—¿Eso es bueno?

—Es necesario. Un hombre que cree ser demasiado importante puede acabar creyendo que todo le pertenece.

—Entonces las estrellas enseñan humildad.

—Entre otras cosas.

—¿Qué más?

Eradan sonrió.

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

Aquella tarde del verano, cuando por primera vez Eradan lo hizo batirse con él, Eryon sintió que el corazón le golpeaba el pecho como un puño.

—Primera regla —dijo Eradan, levantando la espada—. No intentes impresionarme.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Atacó. Eradan bloqueó. Volvió a atacar; Eradan esquivó. A la tercera, Eradan desvió la hoja y tocó con la punta su pecho.

—Muerto.

Eryon respiró hondo.

—Otra vez.

Duró más. Y luego más aún, hasta que consiguió obligar a su maestro a retroceder un paso. Sonrió. Eradan lo golpeó suavemente en el hombro.

—Muerto.

—¡Pero te hice retroceder!

—¿Crees que una batalla termina cuando haces retroceder a un hombre?

—No —murmuró Eryon.

—Bien. Otra vez.

Al terminar, el muchacho se dejó caer al suelo, agotado.

—Nunca voy a vencerte.

—No deberías intentarlo.

—¿Entonces qué hago?

—Aprender.

—¿Y cuándo dejaré de aprender de ti?

—Cuando empieces a aprender de tus propios errores.

Eryon dudó antes de preguntar:

—¿Y si algún día soy mejor que tú?

Eradan sonrió.

—Ese día habré hecho bien mi trabajo. Un maestro que necesita que su alumno sea inferior no está enseñando.

La frase quedó grabada en el muchacho. Años más tarde, cuando tuviera que decidir sin él, la recordaría.

Aquella noche, en su cuarto, Eryon se sentó en la cama con las pocas cosas que consideraba suyas: dos mudas, una mesa, el viejo cinturón de cuero de su padre. Pensó en Eradan. Pensó en su padre. Y comprendió algo que hasta entonces no había sabido nombrar: no quería convertirse en Eradan. Quería ser digno de haber aprendido de él. La diferencia era enorme. Y quizá algún día tendría que explicársela al propio Eradan.

* * *

EL VERANO AVANZÓ. Valandor parecía tranquila. Demasiado tranquila. Los comerciantes seguían entrando por las puertas, los mercados estaban llenos, los niños corrían por las calles. Pero empezaron a llegar noticias.

Primero fueron pequeños rumores: un convoy detenido en una frontera, un grupo de exploradores que no había vuelto, un reino vecino que había dejado de enviar representantes a una reunión. Después, señales más claras: un pacto antiguo cuestionado, otro reino que redujo sus patrullas, un tercero que movilizaba tropas cerca de sus límites. Nada era suficiente para provocar una guerra. Todavía.

Una noche, regresando tarde de un viaje, Eradan se detuvo en lo alto de una colina. Desde allí se veía Valandor: las torres recortadas contra el cielo, las luces pequeñas como estrellas caídas.

—¿Qué miras? —preguntó Eryon.

—Lo mismo que tú.

—Yo miro Valandor.

—Yo también.

—¿Te preocupa algo?

—Que algún día tengamos que decidir cuánto estamos dispuestos a sacrificar para protegerla.

—¿No protegeríamos todo?

—Eso dicen los hombres antes de una guerra.

—¿Y después?

—Después descubren que proteger un lugar también significa proteger a las personas que viven en él.

Eryon contempló las luces.

—¿Y si no se puede proteger todo?

La pregunta era sencilla. La respuesta, no.

—Entonces tendrás que decidir qué es lo que no puedes permitir que se pierda.

—¿Y tú ya lo sabes?

—Todavía no.

* * *

FUE ERYON QUIEN encontró al hombre.

Salía de la casa antes del amanecer para sacar agua del pozo, cuando vio una forma oscura tendida en el camino, a medio centenar de pasos. Pensó que era un fardo caído de algún carro. Al acercarse comprendió su error.

Era un soldado. Llevaba el uniforme de los exploradores de Valandor, desgarrado y cubierto de barro seco; tenía las manos quemadas y envueltas en trapos, los labios agrietados, la mirada de alguien que lleva muchos días sin dormir y ha visto algo que no se puede devolver. Respiraba con un silbido.

—¡Eradan! —gritó Eryon.

Eradan llegó corriendo. Se arrodilló junto al hombre, le incorporó la cabeza, le dio agua. El explorador bebió con avidez y después, agarrándose a la camisa de Eradan con una fuerza que no parecía suya, murmuró:

—No… no vienen por el norte.

—¿Quiénes?

—Los que… —se interrumpió, tosió—. No llevan estandartes. No gritan. No se cansan. —Sus ojos se clavaron en los de Eradan, enormes, vacíos de todo menos de miedo —. Lo que tienen es paciencia.

—¿Cuántos eran? ¿Dónde estaban los otros de tu patrulla?

El explorador abrió la mano derecha. Dentro había un pedazo de tela negra, doblado con extraña pulcritud. Eradan lo tomó. En un borde, cosido con hilo rojo, había un signo diminuto: una espiral cerrada sobre sí misma.

—Todos —susurró el hombre—. Se los llevaron a todos. Y los devolvieron… uno por uno… para que… para que… —Se le quebró la voz—. Para que nosotros supiéramos que podían.

No dijo nada más. Su mano soltó la camisa de Eradan, y su cabeza cayó hacia un lado.

Eryon permaneció de pie, con el cubo de agua olvidado, mirando el cuerpo.

—¿Está…?

—Sí.

El muchacho tragó saliva.

—¿Qué quiso decir? ¿Que los devolvieron?

Eradan no contestó. Observaba el pedazo de tela entre sus dedos y la espiral roja. No la conocía. Y eso era lo que más lo inquietaba, porque en todos sus años de guerrero había aprendido a reconocer los símbolos de los reinos vecinos, de las bandas de bandoleros, de los mercenarios del este. Aquello no pertenecía a ninguno.

Cuando el sol empezó a asomar sobre los tejados lejanos, un jinete apareció en el camino, galopando. Eradan no necesitó verle el uniforme para saber de quién era el mensajero.

—Capitán. —El hombre desmontó de un salto; tenía el rostro blanco—. El rey solicita vuestra presencia. Han llegado noticias del norte.

Eradan miró hacia Valandor. Después, al muchacho.

—Prepárate.

Eryon se enderezó.

—¿Vamos al palacio?

—Sí.

—¿Es la guerra?

Eradan guardó el pedazo de tela en el bolsillo interior de su capa, junto a la llave de hierro. Caminó hacia la casa. Se detuvo en el umbral.

—Todavía no.

Y por primera vez desde que había comenzado a enseñarle, Eryon vio algo distinto en los ojos de su maestro. No miedo, exactamente. Era algo más profundo: la certeza de que algunas tormentas comienzan mucho antes de que aparezcan las nubes.

PARTE II

LA SOMBRA

CAPÍTULO V

Los rumores

LAS NOTICIAS QUE llegaron después de la muerte del explorador no hablaban de guerra. Hablaban de caminos.

Un comerciante de lana lo contó en la plaza del mercado, entre dos regateos: habían cerrado uno de los pasos del norte durante tres días. Nadie había explicado por qué. Los soldados de la frontera decían que era una medida preventiva, y después lo habían abierto de nuevo, sin disculpas. No parecía importante. Pero Eradan, que escuchaba sin intervenir, retuvo la fecha.

Tres días más tarde llegó otra. Un convoy procedente de Nareth había cambiado su ruta sin avisar. Después otra: un grupo de exploradores no había regresado. Y otra: uno de los antiguos pactos de defensa había sido puesto en duda por un reino que, durante generaciones, había jurado respetarlo. Cada noticia, por separado, podía explicarse. Juntas, empezaban a dibujar una figura. Y Eradan conocía demasiado bien las figuras que aparecen antes de una guerra.

La sexta noche, el rey lo mandó llamar.

* * *

EN LA SALA del consejo, bajo la luz amarillenta de las lámparas, Ardanthor escuchaba los informes con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Cuántos hombres han movilizado?

—No lo sabemos con certeza, majestad.

—¿Y los exploradores?

—Tres patrullas no han regresado.

—¿Desde cuándo?

—Cinco días.

El rey miró al comandante.

—¿Y por qué no me lo comunicasteis antes?

El hombre bajó la cabeza.

—Esperábamos confirmación.

—No necesito confirmación para saber que treinta hombres han desaparecido.

Nadie respondió. Eradan estaba al fondo de la sala. No había sido convocado como consejero, sino porque Ardanthor, en un gesto que le había costado más de lo que

aparentaba, le había pedido que escuchara. Cuando el rey buscó su mirada, Eradan se acercó al mapa extendido sobre la mesa.

—Que todavía no sabemos lo suficiente.

—Eso ya lo han dicho.

—Entonces tienen razón.

El comandante, un hombre ancho y de ceño permanente, apretó los labios. Se llamaba Caelen y llevaba veinte años en las fronteras. Era un soldado excelente y un mal paciente.

Eradan sacó del bolsillo de su capa el pedazo de tela negra que había encontrado en la mano del explorador moribundo, y lo dejó sobre el mapa. La espiral roja destacaba como una herida.

—Esto —dijo— lo trajo uno de los vuestros. Murió antes de amanecer en el camino de mi casa. Dijo que los otros habían sido devueltos. Uno por uno.

—¿Devueltos? —repitió el canciller.

—Eso dijo.

Fue Caelen quien tomó el trozo de tela y lo observó largo rato, con el ceño más hundido que nunca.

—Esta espiral —murmuró— la he visto.

—¿Dónde?

—En un libro de cuentas. De una caravana que atravesó el paso de Orm hace cuatro años. Un mercader de armas del este. —Dejó la tela—. Lo llamaban Branoc. O el Oscuro, según quién hablara. Dicen que no conquistaba ciudades. Las agotaba.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ardanthor.

Caelen se encogió de hombros.

—Que no ataca hasta que sus enemigos han perdido las ganas de defenderse.

Un silencio incómodo se extendió por la mesa. El rey ordenó reforzar las patrullas y aumentar la vigilancia. Nada más. Cuando la reunión terminó y los consejeros empezaron a salir, uno de los capitanes veteranos se acercó a otro, creyendo que nadie lo escuchaba.

—Con Eradan al mando, esto ya estaría resuelto.

—Eradan habría cerrado los pasos hace una semana —respondió el otro.

Ardanthor, que todavía estaba al lado de la puerta, se detuvo. No volvió la cabeza. Siguió caminando. Pero había escuchado.

* * *

FUE EN LA octava mañana cuando comprendieron lo que significaba «devueltos».

El centinela del portón del norte dio la alarma al amanecer. En el camino, a poco más de cien pasos de las murallas, había un hombre sentado en el suelo con la espalda apoyada en una piedra. Era uno de los exploradores desaparecidos. Estaba vivo. Tenía los ojos abiertos, las manos vendadas con esmero, el uniforme limpio. Alguien lo había lavado. Alguien le había dado de comer. Y alguien le había dicho, sin duda, exactamente lo que debía hacer: sentarse allí, esperar, y no pronunciar una sola palabra.

No la pronunció. Ni ese día ni ningún otro. Lo llevaron al hospital, lo interrogó un capitán, lo interrogó un médico, lo interrogó el propio rey. El explorador los miraba, temblaba un poco, y volvía los ojos a la pared.

Al amanecer siguiente apareció otro, frente a la puerta de la Ribera. Al tercero, a las puertas del este. Cada uno sentado, cada uno limpio, cada uno mudo. Ninguno tenía una herida visible. Ninguno quería ser tocado.

—No les ha hecho daño —dijo el médico, a la sexta noche, sin ocultar su perplejidad —. Al menos no un daño que yo sepa curar.

Eradan se quedó mirando al hombre dormido en la cama, con las manos vendadas encima del pecho como las de un muerto.

—Les ha hecho algo peor. Les ha enseñado lo que es el miedo cuando alguien lo administra con paciencia.

—¿Para qué los devuelve?

—Para que la ciudad los vea. —Eradan se levantó—. No quiere que sepamos cuántos son. Quiere que sepamos que no importa.

Sobre Valandor se extendió una inquietud sorda. En los mercados, la gente hablaba menos. En las tabernas se apagó la música. En las casas, las madres empezaron a contar los pasos de los niños que salían a jugar a la calle. Nada se había roto. Nadie había atacado. Y, sin embargo, algo en el aire de la ciudad había cambiado, como cambia el aire de un bosque cuando se acerca la tormenta.

* * *

LOS JÓVENES, MIENTRAS tanto, continuaban entrenando en las afueras, pero Eradan había empezado a exigirles más. Las caminatas eran más largas, los ejercicios de observación más duros, las prácticas de defensa más realistas. Una mañana llevó al grupo a un bosque.

—Hoy no lucharéis —dijo.

Bran protestó.

—Siempre dices eso.

—Y todavía no habéis aprendido por qué. —Eradan señaló el terreno—. Quiero que lleguéis hasta aquel peñasco sin que yo os vea.

—¿Y si nos veis?

—Volvéis al principio.

Taren avanzó demasiado rápido y fue descubierto en cuarenta pasos. Lysa halló una ruta segura entre las zarzas. Narek detectó un sendero de ciervos y lo siguió. Eryon se quedó atrás, inmóvil, durante un tiempo que a los otros les pareció una eternidad. Cuando por fin llegaron al peñasco, solo uno no había sido visto.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Lysa.

—No hice nada.

—Eso es imposible —se rió Bran.

—Esperé —dijo Eryon. Se volvió hacia Eradan—. Mirabas los caminos más evidentes. Así que tomé el que nadie elegiría.

Eradan asintió.

—Bien.

—¿Eso es estrategia? —preguntó Taren.

—No. Es observación. La estrategia empieza cuando comprendes lo que has observado.

Aquella tarde apareció un hombre de una aldea del norte, con los zapatos rotos y el rostro del que lleva días caminando. Había visto tropas más allá de la frontera.

—¿Cuántas? —preguntó Eradan.

—No lo sé.

—¿Estandartes?

—Ninguno.

—¿Armas?

—Lanzas. Caballos. Carros.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el sur.

El campesino lo miró con una angustia muda.

—¿Debemos marcharnos?

—Todavía no.

—¿Qué hacemos entonces?

—Esperar.

El hombre pareció decepcionado.

—¿Esperar?

—No significa quedarse quieto —dijo Eradan.

Esa misma noche entró en el palacio por una puerta lateral. Ardanthor estaba solo, de pie junto a una ventana.

—Tenemos tropas en el norte.

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un campesino.

—Yo recibo informes de mis capitanes —dijo el rey, con irritación.

—Y yo de quienes viven en los caminos.

Ardanthor calló.

—¿Qué propones?

Eradan señaló el mapa.

—Enviar más exploradores.

—Ya he enviado.

—Más. Los suficientes para saber qué ocurre.

—Eso no es una estrategia.

—Todavía no.

—Siempre dices que todavía no sabemos bastante.

—Porque todavía no sabemos bastante.

El rey golpeó la mesa con la palma abierta.

—Necesito tomar una decisión.

—Entonces decide primero qué problema estás intentando resolver.

—Proteger Valandor.

—Eso no es un problema. Es un propósito.

—¿Y el problema?

—Saber de qué hay que protegerla.

Cuando Eradan salió, encontró a Caelen esperándolo en el patio, con la capa pegada al cuerpo por la humedad.

—El rey está preocupado.

—Debe estarlo.

—También está enfadado. Y los hombres hablan.

—Siempre hablan.

—Dicen que si tú estuvieras al mando…

Eradan levantó una mano.

—No termines la frase.

—Pero…

—No. —Miró las torres—. Un rey no puede gobernar bajo la sombra de otro hombre.

—Quizá la sombra sea demasiado grande —gruñó Caelen.

—Entonces el problema no es la sombra —respondió Eradan—. Es la luz.

Esa noche, antes de dormir, sacó otra vez la llave de hierro. La puso junto al pedazo de tela con la espiral roja. Dos objetos que no tenían nada en común, pensó, salvo un secreto que ninguno de los dos quería revelar. Y la certeza, cada vez más incómoda, de que alguien más sabía lo que decían.

CAPÍTULO VI

El orgullo del rey

ARDANTHOR HABÍA APRENDIDO desde niño que una corona pesaba. Lo había visto en su padre: no en el metal, sino en los gestos. En las noches en que el viejo rey permanecía despierto mientras todo el palacio dormía; en las decisiones aparentemente sencillas que terminaban afectando a cientos de familias; en las conversaciones que nunca llegaban a las plazas y en los nombres de los muertos que un rey debía recordar aunque nadie más los recordara. Había comprendido muy pronto que gobernar no consistía en sentarse en un trono. Consistía en cargar con las consecuencias.

Lo que todavía no había comprendido era que escuchar a otros no disminuía esa carga. A veces era precisamente lo que permitía soportarla.

Desde su coronación había procurado construir un gobierno propio. Había cambiado costumbres, sustituido funcionarios, reorganizado las guardias, elegido consejeros. Había tomado decisiones que su padre jamás habría tomado, algunas acertadas, otras no. Pero todas tenían algo en común: eran suyas. Y eso era importante para él. Demasiado importante.

Eradan lo había entendido antes que nadie. Por eso no había protestado cuando el rey empezó a apartarlo. Había aceptado la distancia, porque un hombre debe encontrar su propia voz. Pero sabía también que una cosa es encontrar la voz propia y otra negarse a oír las ajenas.

* * *

YSENNE LO ENCONTRÓ aquella mañana en la terraza del palacio, desde donde se dominaba buena parte de la ciudad: las torres interiores, los tejados, los patios, las murallas, y más allá, los campos extendidos bajo una luz pálida.

—Has dormido poco.

—Hay problemas en el norte.

—Siempre los hay.

—Estos son distintos. Alguien está moviendo tropas sin mostrar una bandera.

La reina se apoyó en la piedra.

—¿Y qué dice Eradan?

Ardanthor volvió lentamente la cabeza.

—¿Por qué siempre preguntas por él?

Ella no se ofendió. Había en su rostro algo parecido a la tristeza.

—Porque tú siempre terminas hablando de él.

—No hablo de Eradan.

—Lo sé. Pero está en todas tus decisiones aunque no esté en la sala.

Ardanthor apretó las manos contra el parapeto.

—No quiero gobernar como él.

—Nadie te lo ha pedido.

—Todos lo hacen. Los soldados, los consejeros, la gente.

—Lo admiran. Respetan su nombre.

—¿Y qué se supone que debo hacer con eso?

—Nada. Deja que Eradan sea Eradan. Y tú sé Ardanthor.

El rey soltó una risa breve y seca.

—Parece sencillo.

—No lo es. —Ysenne lo miró—. Deja de preguntarte cómo ser diferente de él. Empieza a preguntarte quién eres tú.

* * *

ESA TARDE HUBO consejo, y Eradan estaba presente. El rey lo había convocado, aunque no hubiera sabido explicar por qué. Sobre la mesa estaban desplegados los mapas de la frontera norte. Caelen señaló una de las rutas.

—Si esas columnas siguen descendiendo, alcanzarán el valle en menos de diez días.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Ardanthor.

—Quizá tres mil.

—¿Quizá?

—No hemos podido confirmarlo.

Eradan permanecía en silencio. Ardanthor lo miró.

—¿Y tú?

—Que tres mil hombres no se desplazan sin una razón.

—La razón puede ser atacarnos —gruñó Caelen.

—Sí.

—Entonces debemos atacar primero.

—No.

—¿Por qué?

—Porque todavía no sabemos qué buscan.

Caelen golpeó la mesa con el puño.

—¡Han roto el pacto!

—Lo sabemos.

—¡Han movilizado tropas!

—También.

—¿Qué más necesitas?

—Saber si quieren nuestra guerra —dijo Eradan.

La sala quedó en silencio. Ardanthor observaba a los dos hombres. Caelen representaba lo que muchos soldados pensaban. Eradan representaba algo distinto: no miedo, sino paciencia. Pero el rey empezó a confundir aquella paciencia con indecisión.

—Movilizaremos nuestras fuerzas —dijo.

Eradan no reaccionó. Caelen asintió.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Eradan.

—Con el objetivo de estar preparados.

—Es razonable. Pero prepararse no significa avanzar.

Ardanthor retiró la mano de la mesa.

—Lo sé.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No necesito que estés de acuerdo conmigo. Necesito que me obedezcan.

Eradan bajó los ojos.

—Sí, majestad.

La respuesta fue tan serena que el rey se sintió todavía más incómodo.

* * *

CUANDO TODOS SE marcharon, Ardanthor se quedó solo. Miró el mapa. Después miró la silla que Eradan había ocupado, y recordó al muchacho que había sido; las tardes en que observaba al guerrero entrenar desde lo alto de un muro; una de las primeras frases que aquel hombre le había enseñado: *un rey debe escuchar especialmente a quienes le dicen lo que no quiere oír*. Y la odió. No porque fuera falsa. Sino porque era cierta.

Pasaron cinco días. Las tropas del norte no avanzaron. Los exploradores regresaron al fin con el informe, y lo que dijeron no se parecía a nada que el consejo hubiese imaginado. No eran tres mil hombres: eran menos de mil. Y no se dirigían a Valandor. Se desplazaban hacia las montañas.

Ardanthor leyó el informe dos veces, con una sensación fría en el estómago, y llamó a Eradan.

—Tenías razón.

—No.

—¿No?

—Solo teníamos una hipótesis.

—Y era correcta.

—Esta vez.

—¿Por qué haces eso? —exclamó el rey—. Nunca aceptas una victoria.

—Porque una suposición acertada no convierte una decisión en buena. —Eradan lo miró—. Intento que no confundas tener razón con comprender.

—¿Y tú comprendes todo?

—No.

—Pero actúas como si lo hicieras.

Por primera vez, Eradan no respondió de inmediato. La acusación había tocado un lugar más profundo.

—Quizá tengas razón —dijo al fin.

Ardanthor pareció sorprendido.

—¿Eso es todo?

—¿Qué esperabas?

—No lo sé.

Eradan caminó hacia la puerta.

—Un hombre que nunca acepta que puede equivocarse no es fuerte, Ardanthor. —Se detuvo—. Es peligroso.

Esa noche, el rey no consiguió dormir. La conversación se le había quedado clavada. No era solo Eradan; era él mismo. ¿Qué quería demostrar? ¿Que podía gobernar? Ya era rey. ¿Que podía tomar decisiones difíciles? Ya las había tomado. ¿Que era capaz de proteger Valandor? Eso todavía estaba por verse. Entonces comprendió algo que no quiso aceptar: su lucha no era una lucha por el poder. Era una lucha contra la imagen que él mismo había construido. Durante años había querido parecerse a aquel hombre, y ahora, para sentirse verdaderamente rey, necesitaba demostrar que no lo necesitaba. Era una contradicción. Y las contradicciones no desaparecen porque uno deje de nombrarlas.

* * *

AL DÍA SIGUIENTE fue al campo de entrenamiento. Los soldados se apartaron al verlo.

—Majestad —dijo Caelen.

—Quiero entrenar.

—¿Con quién?

—Contigo.

El rey era un buen combatiente, no excepcional, pero disciplinado. Caelen atacó. Ardanthor bloqueó. El combate se aceleró, y entonces el rey cometió un error. Caelen pudo haberlo derribado y no lo hizo. Ardanthor lo supo.

—Otra vez.

Lo derribó la segunda vez. Se levantó, sacudiéndose el polvo.

—Otra.

Cuando terminaron, estaba exhausto. Caelen se acercó.

—No ha estado mal, majestad.

—Dejaste de atacar cuando podías vencerme.

El capitán bajó la cabeza.

—Sois el rey.

—En el campo de entrenamiento, no.

Caelen dudó.

—Entonces sí lo hice.

—¿Por qué?

—Porque no quería humillaros.

Aquella respuesta desagradó al rey, pero no por el motivo que Caelen imaginaba. Comprendió entonces que el poder podía producir algo peor que la oposición. Podía producir silencio.

Esa tarde reunió a sus capitanes.

—Cuando entrenemos, quiero que me corrijáis. No importa quién esté presente.

Nadie respondió.

—Si me equivoco, decídmelo.

Caelen fue el primero en hablar.

—¿Incluso delante del consejo?

—Especialmente delante del consejo.

Eran palabras sencillas. Ardanthor no sabía todavía cuánto le costaría cumplirlas.

* * *

ESA NOCHE LLEGARON noticias desde el norte. Esta vez no eran rumores. Un reino había firmado un acuerdo con otro, un acuerdo que dejaba fuera a Valandor. Ardanthor lo leyó de pie, bajo la luz de una sola lámpara. Después levantó los ojos.

—¿Por qué?

Nadie respondió. El rey miró la ventana. En la distancia, las luces de la ciudad empezaban a apagarse una a una. Por primera vez comprendió que una guerra no siempre comienza cuando alguien cruza una frontera. A veces comienza mucho antes: cuando los hombres dejan de confiar, cuando los pactos pierden significado, cuando cada reino empieza a pensar solo en sí mismo. Y cuando un rey cree que escuchar es una debilidad.

Recordó entonces una frase de Eradan: *un reino no cae cuando derriban sus murallas; empieza a caer cuando sus hombres dejan de creer que merece ser defendido*.

Abrió los ojos.

—Convocad a Eradan.

El capitán dudó.

—¿Para el consejo?

Ardanthor miró el mapa. Pensó unos segundos.

—No. Esta vez quiero hablar con él como hombre.

CAPÍTULO VII

El cerco

ERADAN LLEGÓ AL palacio antes del amanecer. No llevaba armadura. Solo la espada, una capa oscura y el cansancio de quien ha comprendido que algo se acerca y no sabe todavía por dónde.

Ardanthor lo esperaba en la sala de los mapas. No había consejeros ni capitanes. Estaban solos, y durante unos instantes ninguno de los dos habló. Ya no eran el rey y su antiguo consejero. Tampoco eran exactamente el muchacho y el maestro de otro tiempo. Eran dos hombres que habían llegado a un lugar del que ninguno sabía cómo regresar.

—He recibido informes durante toda la noche —dijo por fin el rey.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tres fortalezas fronterizas han dejado de responder.

Eradan levantó la mirada.

—¿Atacadas?

—No lo sabemos.

—¿Evacuadas?

—Tampoco.

—Entonces están aisladas.

Ardanthor asintió y desenrolló un segundo mapa.

—Y han aparecido tropas al oeste.

Eradan estudió las marcas. Eran muchas.

—¿Cuántas?

—Demasiadas.

—Eso no es una cifra.

—Más de diez mil.

Eradan permaneció inmóvil. En el silencio de la sala se oyó, muy lejos, un caballo que relinchaba en las caballerizas.

—¿Estandartes?

—Negros. Con una espiral roja.

Eradan cerró los ojos un instante.

—Branoc.

—Así lo llaman los exploradores.

—¿Lo conoces?

—De oídas. —Eradan se inclinó sobre el mapa—. Entonces escucha esto. No vendrá directamente.

—¿Por qué?

—Porque quiere que pensemos que lo hará. —Desplazó una pieza de madera—. Si ataca por aquí, obligará a concentrar nuestras tropas al oeste. —Movió otra—. Mientras tanto, una segunda fuerza cerrará la ruta del sur.

—Nos dejaría sin suministros.

—Sí.

—Entonces debemos reforzar el sur.

—Y mantener abierto el oeste.

—¿No es contradictorio?

—La guerra está llena de contradicciones.

Ardanthor lo observó.

—¿Qué harías tú?

—No intentaría defender todas las murallas.

—¿Qué?

—Defendería la ciudad.

—Las murallas son la ciudad.

—No. Las murallas son piedra. —Eradan señaló el interior de Valandor—. La ciudad son las personas que están detrás.

* * *

LA NOTICIA SE extendió antes de que saliera el sol. Branoc avanzaba. Nadie sabía desde dónde, ni con cuántos hombres, ni qué reinos se le habían unido. Solo se sabía una cosa: marchaba hacia Valandor.

Los mercados empezaron a vaciarse. Las caravanas dejaron de llegar. Los campesinos condujeron los rebaños hacia las zonas protegidas; los herreros trabajaron hasta entrada la noche; las campanas sonaron en las torres. Valandor se preparaba. Pero no todos lo hacían del mismo modo. Algunos afilaban armas. Otros almacenaban grano. Otros buscaban refugio. Y algunos empezaban a preguntarse si la ciudad podría resistir.

Eradan regresó a las afueras. Los jóvenes lo esperaban, y Eryon fue el primero en verlo llegar.

—¿Es verdad?

Eradan dejó la espada sobre la mesa.

—Sí.

—¿Habrá guerra?

—Ya la hay.

Eryon tragó saliva.

—¿Y nosotros?

Eradan los miró uno por uno. Taren tenía los puños cerrados. Lysa estaba pálida. Bran intentaba disimular el miedo. Narek miraba hacia la ciudad.

—Ahora aprenderemos para qué servía todo lo anterior.

Bran dio un paso.

—¿Vamos a luchar?

—Primero vamos a ayudar.

—¿Y después?

—Después veremos.

Taren protestó:

—Pero somos guerreros.

—Todavía no. —Eradan lo miró con calma—. Y por eso sabes que una espada no es lo primero que necesita una ciudad sitiada. Necesita agua.

Señaló a Taren.

—Tú ayudarás a los encargados de los pozos. —A Lysa—: Tú irás con los escribas; necesitan registrar familias y provisiones. —A Bran—: Tú trabajarás en las defensas. —Y a Narek—: Al hospital.

El muchacho palideció.

—¿Yo? No sé curar.

—Por eso aprenderás.

Por último miró a Eryon.

—Tú vienes conmigo.

* * *

AL ENTRAR EN Valandor, Eryon contempló las murallas como nunca las había visto. Hasta entonces habían formado parte del paisaje. Ahora parecían un animal gigantesco agazapado, esperando el golpe. En los patios se apilaban sacos de grano. En las torres había arqueros. Los herreros golpeaban el metal, los soldados corrían de una posición a otra, y entre ellos caminaban hombres y mujeres sin armas: ancianos, muchachas, niños, cargados de leños, de cubos, de cuerdas. Todos llevaban algo. Todos tenían una tarea.

Eradan se detuvo.

—Mira.

—¿Qué?

—Esto.

Eryon observó a la gente.

—¿Qué debo ver?

—Una ciudad.

—Siempre ha estado aquí.

—No. —Eradan negó—. Hoy empieza a demostrar lo que es.

En la sala de mando, Ardanthor reunió a los capitanes. Eradan permaneció junto a una ventana. Caelen señaló la posición enemiga.

—Están aquí. Confirmado.

—¿Y el sur? —preguntó el rey.

—Aún despejado.

—No permanecerá así —dijo Eradan—. Cuando Branoc crea que estamos mirando hacia otro lado, lo cerrará.

—Entonces debemos adelantarnos —dijo Caelen.

—Sí.

—Por fin estamos de acuerdo.

—No. Tú quieres atacar. Yo quiero impedir que nos ataquen donde esperan hacerlo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—A veces, ninguna.

Ardanthor intervino.

—Prepararemos una fuerza móvil.

—¿Quién la comandará? —preguntó Caelen.

El rey miró a Eradan. Por un instante nadie respiró.

—Eradan.

El silencio fue absoluto. Eradan inclinó la cabeza.

—A tus órdenes.

No había orgullo en su voz. Tampoco satisfacción. Solo aceptación.

A partir de ese día volvió a recorrer las murallas. Los soldados lo reconocían: unos sonreían, otros se cuadraban, los veteranos murmuraban entre ellos. *Ha vuelto.* La frase corrió de torre en torre. Ardanthor la oyó. Y esta vez no sintió celos. Sintió algo distinto: alivio.

* * *

BRANOC LLEGÓ TRES días después. No atacó. Acampó.

Al caer la tarde, desde lo alto de las murallas, los defensores vieron cómo las colinas se cubrían de tiendas negras, cientos, miles, y cómo sobre cada una ondeaba el mismo pendón: una espiral roja sobre tela oscura. No hubo trompetas. No hubo gritos. El ejército de Branoc se desplegó con un silencio casi doméstico, como si estuviera levantando un mercado y no un cerco. Al anochecer encendieron las hogueras, y el horizonte se llenó de luces: miles de fuegos, un segundo cielo tendido sobre la tierra.

Eryon contemplaba aquel espectáculo desde una torre.

—¿Cuántos son?

—Más que nosotros —dijo Eradan.

—¿Eso significa que ganarán?

—No.

—¿Entonces qué significa?

—Que tendremos que pensar mejor.

Hubo un silencio.

—¿Tienes miedo?

Eradan miró las hogueras.

—Sí.

Eryon lo miró, sorprendido.

—Nunca te lo había oído decir.

—El miedo no desaparece porque uno aprenda a luchar.

—¿Entonces qué cambia?

—Aprendes a no obedecerle.

Poco después de anochecer, una pequeña figura se desprendió del campamento enemigo con una bandera blanca. Llegó sola. Un oficial de Branoc, alto y delgado, con una sonrisa fija como un grabado en la cara. Fue conducido ante el rey, que lo recibió sentado, rodeado de capitanes.

—Traigo una oferta de mi señor.

—Habla.

—Valandor puede rendirse. Las tropas conservarán sus vidas.

—¿Y la población?

—Será protegida.

—¿Protegida de qué? —preguntó Eradan.

—De la guerra.

—La guerra ya está aquí.

—Entonces de sus consecuencias.

—¿Qué quiere Branoc?

—La corona.

Ardanthor se levantó.

—Nunca.

El mensajero sonrió con mayor amplitud.

—Mi señor sabía que diríais eso.

—Entonces, ¿por qué te ha enviado?

—Porque quería que escucharais una segunda parte. —Hizo una pausa deliberada—. Mi señor sabe que el rey no es el hombre que la ciudad esperaba. Sabe que muchos de vuestros propios hombres creen que otro habría preparado mejor la defensa.

Caelen avanzó un paso.

—Cuida tus palabras.

El mensajero no retrocedió.

—No son mis palabras. —Miró a Eradan—. Son las que se dicen en vuestras propias murallas.

Eradan no respondió. Un escalofrío recorrió la sala. ¿Cómo sabía aquel hombre lo que murmuraban los soldados en las torres? Eradan se lo preguntó, y la pregunta se quedó clavada en algún punto helado de su mente.

—Mi señor ofrece una salida. Abandonad la ciudad.

—¿Y entregar Valandor?

—Salvaréis miles de vidas.

Aquello era precisamente lo que Branoc quería poner delante del rey: no una amenaza, sino una elección. La corona o la ciudad. El honor o la supervivencia. El orgullo o la responsabilidad. El mensajero se retiró. Cuando la puerta se cerró, nadie habló.

Ardanthor caminó hasta la ventana.

—Quiere que parezca que puedo salvar a la gente abandonándola.

—Quiere que tú mismo te convenzas —dijo Eradan—. De que rendirse es una forma de gobernar.

—¿Y si realmente salvamos vidas?

—Entonces debemos preguntarnos qué ocurrirá después. Un reino que entrega su libertad para evitar una batalla puede sobrevivir. Hasta el día en que descubre que ya no sabe vivir sin permiso.

Ardanthor bajó la mirada.

—¿Qué harías tú?

—Defender Valandor.

—Aunque mueran hombres.

—Sí.

—¿Aunque mueran inocentes?

Eradan lo miró fijamente.

—Precisamente para evitar que mueran inocentes.

Ardanthor comprendió. Eradan no defendía las piedras. Defendía la posibilidad de que quienes vivían detrás de ellas pudieran seguir decidiendo sobre sus propias vidas.

Aquella noche, Eryon encontró a su maestro sobre una de las torres, inmóvil, escuchando.

—¿Qué escuchas?

—La ciudad.

Se sentó a su lado. Abajo, Valandor seguía despierta.

—Eradan. Si perdemos, ¿qué ocurrirá?

—No lo sé.

—¿Y si tú mueres?

—Entonces tendrás que recordar.

—¿Recordar qué?

Eradan puso una mano sobre su hombro.

—Que todo esto nunca se trató de mí.

Eryon bajó la cabeza.

—No quiero que mueras.

—Eso tampoco depende de ti.

—¿De qué depende?

—De muchas cosas.

Al amanecer comenzaron las catapultas. La primera piedra golpeó la muralla oeste y el estruendo sacudió la ciudad. La segunda derribó una torre. La tercera cayó sobre un tejado, y el sonido de madera y gritos ahogados llegó hasta los defensores como una sentencia. Entonces repicaron las campanas, todas a la vez, y Valandor entera despertó bajo el estruendo del hierro.

Eradan desenvainó. A su lado, Eryon hizo lo mismo. Temblaba.

—¿Tienes miedo? —preguntó Eradan.

—Sí.

—Bien.

—¿Bien?

—Significa que entiendes lo que está en juego. —Otra piedra golpeó la muralla; el suelo vibró—. Ahora aprende algo que no puedes aprender entrenando.

—¿Qué?

Eradan miró hacia el enemigo.

—Cómo permanecer humano cuando todo a tu alrededor intenta convertirte en otra cosa.

Y comenzó el cerco.

CAPÍTULO VIII

Las murallas

LA PRIMERA NOCHE del cerco nadie durmió. No porque los hombres estuvieran despiertos, sino porque la ciudad entera lo estaba. Desde las torres llegaba el sonido de las órdenes; por las calles, los carros transportaban agua y alimentos; los herreros trabajaban sin descanso; los pocos sacerdotes que aún conservaban la antigua función de acompañar a los moribundos recorrían las casas donde los ancianos y los enfermos habían decidido quedarse. Y sobre todo aquello flotaba un sonido nuevo: el de las piedras golpeando las murallas. Una. Otra. Otra. Cada impacto parecía preguntar cuánto tiempo puede resistir una ciudad antes de empezar a romperse.

Eradan recorrió la muralla oeste a primera hora. La torre alcanzada durante el primer ataque tenía una grieta vertical, como una vena abierta en la piedra.

—¿Puede sostenerse?

El constructor negó con la cabeza.

—Una parte, sí.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Entonces no preguntes cuánto tiempo. Refuérzala.

El hombre asintió y se puso a gritar órdenes. Eradan continuó. Encontró a Taren transportando piedras, con las manos en carne viva.

—¿Qué haces aquí?

—Ayudo.

—Eso ya lo veo.

Taren dejó la carga.

—Quiero luchar.

—Ya estás luchando.

—No con una espada.

—Una ciudad no se defiende solo con espadas.

—Pero cuando lleguen…

—Cuando lleguen, necesitarán hombres que sepan sostener una posición. —Eradan lo miró sin dureza—. Aprende primero a obedecer.

Taren apretó los dientes. Eradan siguió adelante. No había crueldad en su respuesta. Había experiencia.

* * *

EN OTRO TRAMO de la muralla, Lysa organizaba las provisiones. Había descubierto que varios almacenes no habían sido registrados correctamente, y llevaba toda la noche contando sacos.

—Si seguimos gastando a este ritmo —le dijo a Eradan— tendremos comida para treinta y dos días.

El encargado, un hombre rechoncho de bigote espeso, se indignó.

—Eso es imposible.

—Lo he contado dos veces.

Eradan escuchó la explicación entera.

—Reduce las raciones.

—La gente se rebelará.

—Si no las reducimos, dentro de treinta días no habrá nada que repartir. —Eradan hizo una pausa—. Y los soldados tendrán la misma ración. Incluso los hombres de las murallas.

—¿No necesitan más?

—No hay dos ciudades. —Señaló las casas—. Hay una.

Aquella decisión llegó al palacio antes del mediodía. Ardanthor la aprobó sin preguntar quién la había propuesto. Eso ya era un cambio.

* * *

DURANTE EL SEGUNDO día, Branoc empezó a atacar las puertas. No buscaba entrar. Buscaba probarlas. Golpeó la Puerta del Albor, la oriental, la más antigua; después la puerta sur, y retiró sus tropas. Al tercer día volvió. Al cuarto también. Siempre con la misma táctica: golpear, esperar, observar, retirarse.

Caelen, furioso, golpeó con el puño la piedra del parapeto.

—Se burla de nosotros.

—Nos estudia —dijo Eradan.

—¿Para qué?

—Para descubrir dónde tenemos miedo.

—No tenemos miedo.

Eradan lo miró.

—Entonces no has estado escuchando.

En la puerta sur mandaba un hombre llamado Daren. Era un veterano de cincuenta años, ancho de hombros y de voz cansada, con una cicatriz larga que le cruzaba el antebrazo y una manera de reírse que parecía aliviar a todos los que tenía alrededor. Había servido al viejo rey Arathor. Conocía cada piedra de aquella puerta mejor que su propia casa.

—Cuando Branoc se canse de llamar —dijo a Eradan la tarde del cuarto día—, nos encontrará esperándolo con una sopa caliente.

—¿Te queda sopa?

—Lo bastante para engañarlo. —Sonrió, y luego, sin que viniera a cuento, añadió—: Mi hija está con unos primos, en una granja al sur. La mandé hace un mes. Me alegro. No me gustaría que viera esto.

—¿Cómo se llama?

—Mira. Tiene nueve años y piensa que soy un héroe. —Se encogió de hombros—. No es cierto. Pero es difícil explicarle la diferencia.

Eradan le puso una mano en el hombro y siguió su ronda. No volvió a pensar en aquella conversación hasta mucho tiempo después.

* * *

LA POBLACIÓN EMPEZABA a cambiar. Los primeros días habían estado llenos de actividad. Después apareció el silencio. La gente hablaba menos. Los niños dejaron de jugar en las calles. Las madres empezaron a contar las horas que faltaban para que llegara la noche. Cada vez que sonaban las campanas, todos levantaban la cabeza, y cuando las campanas callaban nadie se tranquilizaba, porque el silencio también podía significar algo.

Eryon seguía a Eradan a todas partes. No hablaba mucho. Observaba. Había descubierto que las batallas empezaban mucho antes del primer choque de espadas. Había visto a Eradan hablar con constructores, con campesinos, con soldados, con cocineros, con heridos, con niños; todos recibían de él algo distinto: una orden, una palabra, una mirada, a veces solo silencio.

—¿Por qué hablas con todos? —preguntó una tarde.

—Porque todos forman parte de la defensa.

—Pero algunos nunca lucharán.

—¿Quién te ha dicho que luchar significa matar?

Eradan señaló a una mujer que transportaba agua.

—Ella lucha.

Después a un anciano que reparaba una carreta.

—Él lucha.

Luego a un muchacho que llevaba mensajes de un lado a otro.

—Él también.

Eryon comprendió.

—Entonces una ciudad puede tener miles de guerreros.

—Puede tener miles de personas que se niegan a rendirse.

* * *

EL QUINTO DÍA, al amanecer, Branoc lanzó el primer gran ataque. Miles de hombres avanzaron en silencio hacia la muralla oeste, con las escaleras al hombro. Las máquinas de asedio comenzaron a moverse. Desde las torres, Valandor respondió con flechas; la primera línea enemiga cayó, la segunda avanzó, y los defensores arrojaron aceite hirviendo, piedras y lanzas. El aire se llenó de humo y de gritos mezclados con el chirrido del metal.

Eryon estaba en una posición interior, con otros jóvenes que transportaban flechas. No debía combatir. Todavía no. Pero veía. Y lo que veía no se parecía en nada a las historias que había escuchado. No había gloria ni belleza. Había hombres cayendo, hombres llamando a sus madres, hombres que querían vivir y otros que gritaban mientras mataban. Sintió que el estómago se le cerraba.

Un soldado se desplomó a su lado. Era joven, apenas unos años mayor que él. Eryon se arrodilló.

—¡Ayúdame!

El hombre tenía una flecha clavada en el costado. Eryon intentó levantarlo. No pudo.

—¡No puedo!

Alguien llegó por detrás. Era Narek.

—Yo sí.

Entre los dos llevaron al soldado hasta el puesto de curación. Eryon se miró las manos. Estaban cubiertas de sangre. No sabía de quién.

En la muralla, Eradan dirigía la defensa.

—¡Segunda línea! ¡Arqueros, esperad!

Las tropas enemigas se acercaban. Caelen gritó: «¡Ahora!». Las flechas descendieron y Eradan vio caer a decenas de hombres. Pero también vio algo más: un grupo enemigo se desviaba hacia el sur.

—Caelen.

—¿Qué ocurre?

—No quieren esta muralla. Quieren que miremos aquí.

El capitán miró hacia el campo.

—¿El sur?

—Envía hombres.

Caelen empezó a dar órdenes. Pero antes de que pudiera terminar, sonó una campana diferente. Una. Dos. Tres veces. Ataque en el sur. Eradan cerró los ojos un instante: Branoc había esperado exactamente eso.

* * *

ARDANTHOR LLEGÓ A la muralla sur cuando ya era demasiado tarde para evitar lo peor. La puerta estaba siendo atacada; los soldados retrocedían; una torre ardía y el humo negro subía hacia un cielo blanquecino. Daren, con el rostro tiznado, trataba de sostener la línea con un grupo reducido de hombres.

—¡Aguantad! —gritó el rey.

Desenvainó la espada.

—¡Conmigo!

Los hombres lo siguieron. Por primera vez desde que había sido coronado, Ardanthor no estaba detrás de sus soldados. Estaba entre ellos, empujando con el escudo, hundiendo el acero en la carne y recibiendo golpes que le entumecían el brazo, mientras Daren, a su lado, gritaba y reía y mataba con la serenidad de quien lleva treinta años haciéndolo. La

batalla duró horas. Al caer la tarde, Branoc retiró sus tropas. La puerta había resistido. Pero la muralla estaba dañada. Los muertos fueron llevados al interior; los heridos llenaron los patios.

Ardanthor caminó entre ellos. Un soldado lo reconoció.

—Majestad.

El rey se arrodilló.

—¿Cómo te llamas?

—Hal.

—¿Familia?

El hombre respiró con dificultad.

—Dos hijos.

Ardanthor le tomó la mano.

—Volverás a verlos.

—Eso espero.

El rey se quedó junto a él. No sabía qué más decir. Y comprendió que un rey también debe aprender a compartir el silencio de quienes han pagado por sus decisiones.

Aquella noche fue a buscar a Eradan. Lo encontró en la torre oeste.

—Hoy he combatido.

—Lo sé.

—¿Lo hice bien?

Eradan lo miró. La pregunta no era la de un rey. Era la de un hombre.

—Te mantuviste donde debías estar.

—Murieron muchos.

—Sí.

—¿Podíamos haberlo evitado?

—Algunas muertes.

—Eso no es suficiente.

—Nunca lo es.

Ardanthor tardó un momento en hablar.

—¿Cómo lo soportas?

—No lo soporto —dijo Eradan—. Cada muerto permanece conmigo.

—Entonces, ¿cómo sigues?

Eradan miró la ciudad.

—Porque si dejo que el dolor me impida actuar, habrán muerto en vano.

* * *

MÁS TARDE, ERYON encontró a su maestro apoyado en el parapeto.

—He visto a un hombre morir. No pude salvarlo.

—¿Intentaste hacerlo?

—Sí.

—Entonces no fracasaste.

—Murió.

—Eso no siempre significa que hayas fracasado.

El muchacho bajó la cabeza.

—Tengo miedo de acostumbrarme.

Eradan comprendió.

—Es un miedo que debes conservar. El día en que dejes de sentirlo, empezarás a pensar que matar es normal.

—¿Y qué quieres enseñarme?

—A saber cuándo una espada debe permanecer envainada.

Durante la madrugada, un explorador subió a la torre con una noticia.

—Han levantado otro campamento.

Eradan miró hacia el norte.

—¿Cuántos?

—No lo sabemos.

—¿Dónde?

El explorador señaló. Eradan observó el lugar. Y entonces comprendió algo que lo dejó helado: Branoc no estaba intentando conquistar Valandor rápidamente. Estaba cerrando un círculo. Campamento tras campamento, ruta tras ruta, pozo tras pozo. No quería romper las murallas. Quería conseguir que la ciudad se rompiera desde dentro.

—El cerco acaba de empezar —murmuró.

Y por primera vez desde que Branoc había aparecido en el horizonte, Eradan entendió cuál era su verdadero plan. No quería vencer a Valandor. Quería conseguir que Valandor se rindiera a sí misma.

CAPÍTULO IX

La trampa

EL SEXTO DÍA amaneció sin campanas. Fue eso lo que despertó a Eradan: no el ruido, sino el silencio.

Durante cinco días, las torres habían marcado cada movimiento del enemigo: ataques, retiradas, incendios, cambios de posición. Aquella mañana no había nada. Eradan salió a la muralla y vio que el ejército de Branoc seguía allí, pero inmóvil. No había máquinas, ni columnas, ni señales. Solo las tiendas negras extendidas sobre las colinas, con sus espirales rojas colgando sin viento.

—¿Qué hacen? —preguntó Caelen, a su lado.

—Esperan.

—¿A qué?

—A que nosotros hagamos algo.

Caelen comprendió.

—Quieren que salgamos.

Eradan asintió.

En el palacio, Ardanthor había recibido el mismo informe.

—No atacan.

—No —respondió Eradan.

—Entonces tenemos una oportunidad. Si sacamos una fuerza por el oeste y golpeamos su flanco…

—Nos exponemos.

—También ellos.

—Sí. —Eradan miró el mapa—. Y por eso parece una trampa.

—¿Por qué?

—Porque Branoc sabe que necesitamos salir. —Señaló los almacenes dibujados en el plano—. La comida disminuye. Después los pozos. Cada día que pasa nos hace más débiles, y él lo sabe. Nos obliga a elegir entre salir o morir lentamente.

—¿Y qué propones?

—Una salida limitada. Dos compañías, sin estandartes. Para descubrir dónde está su fuerza principal.

Ardanthor lo pensó.

—Si encontramos una debilidad…

—Entonces golpearemos.

* * *

LA OPERACIÓN COMENZÓ antes del mediodía. Dos compañías salieron por la puerta oeste sin trompetas, sin banderas, avanzando despacio entre los campos pisoteados. Eradan observaba desde lo alto de la muralla, con las manos apoyadas en la piedra. Branoc no reaccionó.

—Demasiado fácil —murmuró Caelen.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no atacan?

—Porque quieren que avancemos más.

La columna avanzó cien pasos, doscientos, trescientos. Nada. Cuatrocientos. Quinientos. Entonces aparecieron los arqueros, surgiendo de los pliegues del terreno como si la tierra los hubiera parido.

—¡Ahora! —gritó Caelen.

Los hombres levantaron los escudos. Las flechas descendieron con un zumbido de enjambre. Eradan no apartó la vista.

—Retirada.

La orden corrió hasta la columna. Pero era tarde. Desde ambos lados surgieron tropas: Branoc había escondido dos fuerzas en las hondonadas, y ahora las lanzaba como las mandíbulas de una trampa que se cierra.

—¡Están rodeados! —gritó Caelen.

—Lo sé.

—¡Debemos enviar refuerzos!

—Todavía no.

—¡Van a morir!

—Si enviamos más hombres, perderemos dos compañías en lugar de una.

Caelen lo miró con horror.

—Son nuestros hombres.

—Precisamente por eso.

Eradan esperó. Observó el movimiento enemigo, la manera en que se cerraban las líneas, el ritmo de las flechas. Después señaló una colina, al fondo.

—Allí.

—¿Qué?

—La reserva. Branoc ha dejado demasiado espacio detrás de sus líneas. No lo habría hecho si no tuviera algo que proteger.

Caelen comprendió.

—Quiere que lo ataquemos allí.

—Sí.

—Entonces…

—No. —Eradan se volvió hacia los arqueros—. Fuego sobre la colina.

Las flechas cruzaron el cielo. La reserva enemiga, sorprendida, quedó expuesta, y Branoc reaccionó de inmediato: sus tropas comenzaron a desplazarse hacia ella. Era lo que Eradan esperaba.

—Ahora.

—¡Retirada! —bramó Caelen.

La fuerza atrapada empezó a retroceder, abriéndose paso a espadazos. El enemigo intentó cerrar el cerco, pero había perdido su posición. A media tarde, los hombres de Valandor regresaron a la muralla, sucios, ensangrentados, con la mitad de las filas. No habían vencido. Pero habían descubierto algo. Branoc tenía menos hombres de los que aparentaba. Muchos, sí. No los suficientes para mantener todas las posiciones.

—El ejército enemigo está extendido —dijo Eradan, reuniendo a los capitanes—. Podemos romper el cerco por aquí.

—Entonces debemos hacerlo —dijo Caelen.

—Pero no hoy.

—¿Por qué?

—Porque ahora Branoc sabe que lo sabemos.

* * *

AQUELLA TARDE, ARDANTHOR recorrió los hospitales. No había querido hacerlo. Había aprendido que un rey podía acostumbrarse demasiado fácilmente a observar la guerra desde mapas. En las salas no había mapas. Había hombres. Uno tenía el brazo destrozado. Otro había perdido un ojo. Una mujer sostenía la mano de un muchacho que apenas respiraba. El rey se detuvo.

—¿Cómo se llama?

—Elen —dijo ella.

—¿Es vuestro hijo?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

Ardanthor no supo qué decir. La mujer lo miró.

—¿Ganaremos?

Aquella pregunta pesaba más que la corona. Podía mentir. Podía decir que sí. Pero recordó sus propias palabras: *un rey debe escuchar*. Y comprendió que también debía decir la verdad.

—No lo sé.

La mujer bajó la mirada.

—Entonces, ¿por qué seguimos luchando?

El rey miró al muchacho. Después respondió:

—Para que nadie pueda decidir por nosotros qué debemos ser.

Ella no sonrió. Pero asintió.

Al regresar, encontró a Eradan.

—He visto a los heridos.
—Lo sé.
—No quiero perderlos.
—Yo tampoco.
—Entonces dime que podemos ganar.
Eradan guardó silencio.
—Dímelo.
—Podemos ganar.
Ardanthor respiró.
—¿Lo crees?
—Creo que podemos.
—¿Y si no?
—Entonces tendremos que decidir cómo perder sin perder aquello que importa.
El rey bajó la cabeza.
—¿Siempre tienes una respuesta?
—No. A veces solo tengo más preguntas.

* * *

LA BATALLA COMENZÓ dos días después. Branoc atacó por tres frentes: la muralla oeste recibió el primer golpe; la puerta sur, el segundo. Pero el verdadero ataque estaba dirigido al este. Eradan lo descubrió demasiado tarde.
—¡Retiren hombres del oeste!
—¡Nos superan allí! —gritó Caelen.
—Lo sé.
—¡Si retiramos hombres caerá la muralla!
—Si no los retiramos, caerá la ciudad.
Caelen comprendió.
—¿Cuántos?
—Mil.
—Es demasiado.
—Entonces quinientos.
—No bastará.
Eradan miró el mapa.
—Trescientos.
—¿Y si nos equivocamos?
—Entonces moriremos defendiendo la decisión.
Ardanthor recibió la orden en la sala de mando.
—¿Retirar tropas del oeste? Esa muralla…
—Es una distracción —dijo Eradan.
El rey lo miró.
—¿Estás seguro?

—No.

Ardanthor respiró hondo.

—Entonces lo hacemos.

Fue la primera vez que tomó una decisión militar importante sin intentar demostrar nada. No quería parecerse a Eradan. Tampoco quería demostrar que podía prescindir de él. Solo quería elegir. Y eligió.

Los trescientos hombres llegaron al este cuando Branoc comenzaba el asalto. Las escaleras golpeaban las murallas; los defensores arrojaban piedras y aceite; los arqueros disparaban desde las troneras; los hombres luchaban cuerpo a cuerpo en el adarve, resbalando en su propia sangre.

* * *

ERYON SE ENCONTRABA en el interior, transportando agua con un grupo de aprendices. Un soldado herido cayó delante de él. El muchacho se agachó.

—¿Puedes caminar?

El hombre negó.

—Entonces espera.

Miró alrededor. Nadie venía. Y entonces escuchó una voz desde arriba:

—¡Necesitamos hombres en la torre!

Miró al soldado. Miró la torre. Volvió a mirar al herido. Tomó una decisión. Lo arrastró hasta una zona protegida, contra un muro, y después corrió hacia la escalera de caracol. No había recibido ninguna orden. No había consultado a Eradan. Pero había comprendido algo: a veces obedecer no significa esperar. Significa entender el propósito de aquello que te enseñaron.

En la torre, un grupo de defensores trataba de contener el avance. El comandante había muerto; un joven soldado gritaba órdenes sin saber qué hacer. Por los parapetos asomaban ya los ganchos de las escalas enemigas.

—¿Dónde está el capitán?

—Muerto.

—¿Quién manda?

El soldado lo miró con ojos desorbitados.

—No lo sé.

Eryon observó la escalera enemiga, el ángulo de los arqueros, el espacio entre las almenas.

—Entonces no necesitamos un capitán. —Todos lo miraron—. Necesitamos que nadie pase.

Señaló a dos hombres.

—Vosotros, allí. —A otros—: Vosotros, conmigo.

No sabía si aquello era autoridad. No sabía si era valor. Solo sabía que debía hacer algo, y durante unos minutos funcionó. Cuando un ariete comenzó a golpear la puerta baja de la torre, Eryon ordenó volcar un caldero de aceite por el hueco del parapeto, y el

aullido que subió desde abajo lo siguió persiguiendo durante años. Un hombre trepó hasta la almena y alzó un hacha; Eryon se interpuso con la espada en alto y, por primera vez, no pensó. Fue entonces cuando sintió un golpe seco en el hombro, un tirón, y una mano férrea que lo apartaba.

—Atrás.

Eradan. Había llegado a la torre con una docena de hombres. Derribó al atacante con un golpe y, sin mirarlo, lo empujó hacia la escalera.

—¿Qué haces aquí?

—La torre estaba sin mando.

Eradan observó a los defensores. Después a Eryon, que sangraba por un corte superficial en el brazo.

—¿Y decidiste asumirlo?

—Sí.

—Bien.

Eryon esperaba una reprimenda. No llegó.

—Ahora vuelve abajo.

—Pero…

—Ya has hecho tu parte.

—Puedo seguir.

Eradan se acercó.

—No confundas valentía con necesidad de demostrar que eres valiente.

Eryon bajó la mirada.

—Sí, maestro.

—Y no vuelvas a hacerlo.

* * *

LA BATALLA CONTINUÓ hasta la noche. Valandor resistió. Pero el precio fue terrible. La muralla este quedó destruida en varios puntos; la puerta sur tenía grietas profundas; los almacenes habían sido alcanzados por el fuego; cientos de hombres habían muerto; y las reservas de alimentos estaban casi agotadas. Branoc se retiró al amanecer. No porque hubiera sido derrotado, sino porque había obtenido lo que quería: había medido la resistencia de Valandor y había descubierto sus límites.

Eradan caminó entre las ruinas. En la base de la muralla encontró una espada rota. La recogió. No pertenecía a nadie que conociera. La sostuvo unos segundos.

—¿Qué haces? —preguntó Eryon, que apareció detrás de él con la cara vendada.

—Recordando.

—¿A quién?

—A alguien cuyo nombre no sé.

—Entonces, ¿por qué recordarlo?

Eradan dejó la espada sobre una piedra.

—Porque una guerra es también esto. Una vida interrumpida. —Señaló las murallas —. Nunca olvides lo que estás viendo.

—No lo olvidaré.

—Todos dicen eso después de una batalla.

—Yo no.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque ahora sé que una espada pesa más cuando sabes lo que puede hacer.

Eradan sostuvo su mirada. Por primera vez no vio al muchacho que quería aprender de él. Vio a alguien que empezaba a comprender.

Aquella tarde, Ardanthor reunió al consejo. Nadie habló de victoria. Nadie habló de derrota.

—¿Cuánto tiempo podemos resistir?

—Poco más de dos semanas —respondió el encargado de provisiones.

El silencio cayó sobre la sala. Ardanthor miró a Eradan.

—¿Y después?

Eradan estudió el mapa, las posiciones enemigas, las murallas, los almacenes, las rutas cerradas.

—Después tendremos que decidir qué estamos dispuestos a sacrificar.

—¿La ciudad?

—Eso no es una decisión. La pregunta es qué parte de nosotros mismos estamos dispuestos a perder para que Valandor siga existiendo.

Nadie respondió. Porque todos comprendieron que la verdadera batalla todavía no había comenzado.

CAPÍTULO X

La puerta sur

A LA DECIMOTERCERA noche del cerco, Mael llegó al palacio con barro hasta las rodillas.

Era un hombre de unos cincuenta años, de manos enormes y mirada cansada, a quien los guardias habían intentado detener tres veces antes de que alguien se decidiera a escucharlo. Había sido molinero en las afueras, junto al viejo canal del este, y traía consigo una historia que nadie quería oír en un momento como aquel: bajo Valandor, decía, había un camino.

—No es una leyenda —insistió ante el consejo—. Mi padre trabajó treinta años en las compuertas del canal. Yo lo acompañé siendo niño. Hay un conducto que baja desde las cisternas del barrio sur y sale al otro lado de la colina, fuera de la vista de Branoc. Lo construyeron para sacar el agua cuando la ciudad se inundaba. Pero un hombre puede caminar por él. Muchos hombres. Si van despacio.

—¿Y por qué nadie lo ha mencionado hasta ahora? —preguntó el canciller.

—Porque casi nadie lo conoce. Y los que lo conocen creían que estaba sellado desde hace cien años.

—¿Lo está?

—Yo creo que no.

Eradan lo observaba en silencio. Cuando todos hubieron terminado de hablar, se acercó.

—¿Has estado dentro?

—Una vez. De niño.

—¿Recuerdas algo más? ¿Algún signo? ¿Marcas en las paredes?

Mael frunció el ceño.

—Había una, sí. Como un círculo roto. Mi padre decía que la habían dejado los antiguos para que los obreros no se perdieran.

Eradan sintió el tirón sordo de una cuerda que atravesara el tiempo. No dijo nada. Pero esa misma noche descendió con Mael a las cisternas del barrio sur, con una antorcha y la espada, y encontró en la pared del conducto, a la altura del hombro, tallado en la piedra viva, el mismo signo que había descubierto en el pozo de su casa y en el paletón de la llave de hierro.

* * *

LA DECISIÓN LLEVÓ todo un día.

—Evacuar a los civiles —repitió Ardanthor, como quien prueba una fruta amarga—. Dejar la ciudad.

—Dejar a quienes no pueden defenderla —corrigió Eradan—. Los ancianos, los niños, los heridos, las familias. Tenemos comida para doce días. Branoc no necesita derribar nuestras murallas. Le basta con esperar. Si seguimos aquí, quienes primero morirán serán los que menos pueden elegir.

—Si los sacamos, Branoc lo sabrá.

—Por eso solo lo sabrán quienes deban saberlo.

—¿Y los soldados?

—Resistirán. El tiempo suficiente para que los demás lleguen a un lugar seguro.

—Y después…

Eradan guardó silencio. Ardanthor comprendió.

—Después caeremos.

—Después tendremos que decidir si morimos aquí o buscamos otro modo de seguir.

El rey se levantó. Caminó hacia la ventana. Desde allí se veían las hogueras enemigas, interminables, y por debajo de ellas, las luces diminutas de Valandor. Reconoció el peso que tantas veces había oído nombrar a su padre. No era el de una corona. Era el de una elección entre dos pérdidas.

—Hazlo —dijo.

Eradan inclinó la cabeza.

—Con una condición.

—Dime.

—Que tú no seas el último en salir.

—Soy el rey.

—Precisamente.

—No abandonaré mi ciudad.

—No se trata de abandonarla. Se trata de que Valandor sobreviva a quien la gobierna.

El rey tardó mucho en contestar.

—Pensaré.

Eran las palabras que habría usado su padre. Eradan reconoció en ellas el eco de un viejo rey en un lecho de cera, y se sintió, por un instante, muy cansado.

* * *

LA EVACUACIÓN COMENZÓ al caer la noche siguiente. Nadie debía hablar; nadie debía llevar luz; cada familia podía cargar solo lo que pudiera sostener en una mano. Descendieron por escaleras estrechas, por cisternas húmedas, por pasillos olvidados, en largas filas silenciosas. Los niños iban dormidos en brazos de sus madres; los ancianos, apoyados en jóvenes; los heridos, en camillas improvisadas. Nadie lloraba. El miedo, cuando llega a cierta intensidad, ya no produce ruido.

En la entrada del conducto, Ysenne aguardaba con una capa gris sobre los hombros. No era la reina quien estaba allí. Era una mujer que había decidido cargar con lo que debía cargarse. Ardanthor se acercó. Durante unos segundos no dijeron nada.

—Ven conmigo —dijo ella al fin.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Si el rey huye con los civiles, los soldados que se queden pensarán que han sido abandonados.

—Y si el rey muere en las murallas, ¿qué pensará la ciudad?

—Que luchó hasta el final.

—Eso no es suficiente.

—Para algunos sí.

Ysenne le tomó el rostro entre las manos.

—No quiero un rey que muera por Valandor. Quiero un hombre que viva para lo que Valandor debe llegar a ser.

Ardanthor bajó la cabeza.

—Eradan me dijo algo parecido.

—Entonces escúchalo.

—Lo estoy intentando.

—Lo sé. —Ella sonrió con tristeza—. Es lo más difícil que has hecho nunca.

Se besaron. Fue un beso breve, sin promesas. Después la reina se volvió hacia la fila y comenzó a caminar, sin mirar atrás, con la espalda recta, a la cabeza de los suyos. Entre quienes la seguían iban Lysa y Narek, que llevaban en brazos a dos niños que no eran suyos; Taren y Bran cerraban la marcha con las espadas desenvainadas. Ninguno de los cuatro había querido separarse de Eradan. Él les había dado una orden sencilla: «Proteged a quienes no pueden protegerse». Y ellos habían entendido, al fin, que aquello era también un modo de luchar.

El anciano Oren permaneció junto a la boca del conducto. Tenía el rostro hundido por la fatiga, pero la mirada tranquila.

—¿No venís, consejero? —preguntó Eradan.

—No.

—Hay sitio.

—Hay sitio para los que van a vivir. —Oren sonrió—. Yo ya he cumplido mi parte. Alguien debe quedarse a recordar dónde están las cosas cuando todo esto termine.

—Si os descubren…

—Soy un viejo. Los viejos somos invisibles. Es una de las pocas ventajas de la edad.

Eradan no insistió. Había aprendido a distinguir las decisiones que no deben discutirse. Le estrechó el antebrazo en el saludo de los guerreros. El anciano lo retuvo un instante.

—Cuida del rey. Y cuida de que no pierda lo que todavía puede salvar.

* * *

QUEDABAN SIETE HORAS para el amanecer cuando Eradan subió a la puerta sur.

La noche era húmeda, sin luna. Desde la muralla se veía el campamento enemigo extendido como un incendio contenido. Los centinelas caminaban despacio de una torre a otra. En el patio de la puerta, la guarnición se turnaba para dormir.

Daren le salió al encuentro con una sonrisa cansada.

—¿Todo bien?

—Eso debería preguntarte yo.

—Tranquilo. Los míos están como piedras. —Señaló un caldero—. Les he dado una sopa caliente. Es lo único que nos queda en abundancia.

Eradan observó el caldero. Algo en el gesto del veterano le pareció distinto, aunque no habría sabido decir qué: una rigidez en los hombros, una forma de mantener las manos ocupadas. Atribuyó aquella impresión al agotamiento. Todos estaban agotados.

—Necesito que mantengas la puerta hasta el mediodía —dijo.

—La mantendré.

—Sin cambios en la guardia.

—Sin cambios.

—Daren.

—¿Sí?

—Gracias.

El veterano apartó la vista. Fue un instante. Eradan lo recordaría después con una exactitud casi dolorosa: el modo en que aquel hombre, que siempre sostenía la mirada, la había desviado hacia la oscuridad del patio.

—No me deis las gracias —murmuró Daren—. Todavía no.

Eradan bajó de nuevo a las cisternas.

* * *

EL ATAQUE LLEGÓ una hora antes del alba.

No hubo trompetas. No hubo aviso. Eradan estaba al pie de la escalera, entregando a Eryon un fardo de provisiones para la última fila de evacuados, cuando oyó un sonido que le heló la sangre: un rechinar largo, grave, como el lamento de una bestia que despierta. El rastrillo de la puerta sur.

Subía.

—¡No! —gritó.

Corrió. Eryon lo siguió. Cruzaron el patio, treparon por la escalera de la torre, y desde lo alto de la muralla lo vieron: la puerta sur, cerrada durante diecisiete días, se estaba abriendo. Los pesados goznes giraban despacio. Por la rendija crecía una franja de oscuridad más espesa que la noche, y de esa oscuridad empezaron a surgir hombres. Primero diez. Luego cien. Después una riada negra, silenciosa, que cruzaba el umbral con las armas ya desenvainadas.

—¡Alarma! —bramó Eradan—. ¡Las campanas!

Las campanas sonaron tarde. Cuando llegaron a toda su potencia, los hombres de Branoc ya corrían por las calles del barrio sur.

Eradan se lanzó escalera abajo. Llegó al patio de la puerta. Lo que encontró allí le detuvo el corazón.

Los cuatro hombres encargados del torno del rastrillo yacían en el suelo, inmóviles. No tenían heridas. No había sangre. Respiraban con lentitud, con una calma profunda e imposible en medio del estruendo. Uno de ellos roncaba. Junto a sus manos, volcados, había cuatro cuencos de madera con restos de sopa.

Eradan recogió uno y lo acercó a la nariz. Un olor dulzón, a flores secas. Adormidera.

Alguien había envenenado la cena de los hombres de la puerta. Y alguien había cortado con un cuchillo limpio la cadena de seguridad que impedía que el torno se moviera sin la llave del capitán. Eradan se incorporó muy despacio. La sopa caliente. La mirada desviada. *No me deis las gracias. Todavía no.*

—Daren —murmuró.

—¿Qué?

—Nada.

No tuvo tiempo de pensar más. Un grupo de soldados enemigos irrumpió en el patio. Eradan desenvainó.

* * *

LO QUE SIGUIÓ fue una confusión de acero y humo. Eradan combatió en el patio de la puerta con una frialdad que daba miedo: dos hombres cayeron en el primer cruce, un tercero en el segundo, y detrás de ellos venían más y más. Eryon luchaba a su lado, pegado a su hombro derecho, con los dientes apretados. Ya no temblaba. Había descubierto que el terror, cuando dura lo suficiente, se convierte en una especie de claridad.

—¡A las calles estrechas! —gritó Eradan—. ¡No podemos contenerlos en campo abierto!

Retrocedieron por el callejón de los curtidores, donde apenas cabían dos hombres de frente. Caelen apareció con un puñado de soldados heridos, con la cara ensangrentada y un hacha en cada mano.

—¡Tenemos que ganar tiempo! ¡Los civiles aún no han salido del todo!

—¿Cuántos faltan?

—Cientos.

—Entonces resistiremos aquí.

Fue una de las defensas más duras de la historia de Valandor. Durante casi tres horas, un puñado de hombres contuvo a miles en una calle de apenas seis pasos de ancho. Los muertos se acumularon a ambos lados. Los techos ardían. Las mujeres arrojaban tejas y agua hirviendo desde las ventanas. En un momento Eryon cayó de rodillas, con una herida abierta en el muslo, y un soldado enemigo levantó la espada sobre su cabeza. Eradan lo atravesó con un movimiento seco y levantó al muchacho del brazo.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

—Mentira.

—Sí puedo.

—Entonces camina.

Ardanthor llegó cuando la luz grisácea del amanecer empezaba a manchar el cielo. Venía del palacio, con la armadura abollada y la espada manchada hasta la empuñadura. Había cruzado media ciudad abriéndose paso entre los suyos.

—¡Eradan! —gritó—. ¡La puerta! ¿Quién…?

—Después.

—¿Cuánto falta para terminar la evacuación?

—Casi todos están dentro del conducto. Quedan los últimos.

—Entonces cierra la retirada.

—Contigo.

El rey dudó. Miró el callejón lleno de humo, de cuerpos, de soldados que seguían peleando. Reconoció rostros. Reconoció a Hal, el herido de la puerta, que sostenía una lanza con una sola mano, y a otros veinte que no habían querido retroceder.

—Dejadme un momento.

—No hay…

—Un momento.

Dio media vuelta. Corrió hacia el palacio, solo, atravesando patios vacíos. Entró en la sala del trono, donde nadie quedaba. Se detuvo bajo los grandes arcos. Después se quitó la corona de oro, esa corona abollada por generaciones de reyes, y la colocó con cuidado sobre el asiento de piedra.

—Que la vea quien entre —murmuró.

No sabía por qué lo había hecho. No era un gesto de rendición, ni de desafío. Era algo más difícil de nombrar. Era una promesa. Aquel metal no definía quién era. Y lo que verdaderamente era un rey no podía quedarse en ninguna sala vacía.

Salió sin mirar atrás.

* * *

DESCENDIERON POR EL conducto al mismo tiempo que las primeras columnas de Branoc llegaban a la plaza central. Eradan fue el último en entrar. Se detuvo en el umbral, con el brazo de Eryon sobre los hombros y una mano en la empuñadura.

Detrás de ellos, Valandor ardía.

Había tardado ocho siglos en construirse. Había tardado una noche en caer. Desde las bocas oscuras de los túneles, los fugitivos solo oían el eco amortiguado de las campanas, que se apagaban una a una. Las últimas en callar fueron las de la torre este. Y después, un silencio mucho más terrible que cualquier estruendo.

Cuando emergieron por el otro lado de la colina, el sol se levantaba sobre las ruinas de la ciudad. Una columna de humo ascendía hacia el cielo como una acusación. Los evacuados, miles de hombres, mujeres y niños, se detuvieron a contemplarla. Nadie

habló. Ardanthor se quedó de pie al borde del camino, con la armadura destrozada y el pelo pegado a la frente.

—He perdido mi ciudad —dijo al fin, con una voz que no parecía suya.

—Has salvado a quienes la hacían ciudad —respondió Eradan.

—No es lo mismo.

—No. Pero es más importante.

Eryon, apoyado en una piedra, con el muslo vendado con una tira de su propia camisa, miró a su maestro. Había estado pensando todo el camino.

—¿Quién abrió la puerta?

Eradan tardó en responder. Miró hacia la columna de humo, hacia los ojos hundidos de los supervivientes, hacia las filas de hombres que avanzaban en silencio. Buscó entre ellos una cara. No la encontró.

—Alguien que la conocía muy bien —dijo.

—¿Quién?

—Todavía no lo sé.

Y era verdad. Pero, mientras lo decía, apretó entre los dedos la llave de hierro, y tuvo la sensación inquietante de que la respuesta le estaba esperando muy cerca. Quizá en uno de los rostros que lo rodeaban. Quizá bajo la ciudad, en una oscuridad donde alguien había tallado, mucho tiempo atrás, un círculo abierto.

PARTE III

KILMARAH

CAPÍTULO XI

El puente

KILMARAH NO FIGURABA en ningún mapa que Ardanthor hubiese estudiado jamás.

Era un valle húmedo y estrecho, a cuatro jornadas al sur de Valandor, donde un río de aguas verdosas se encajonaba entre dos colinas antes de abrirse a una llanura de juncos. Un puente de piedra lo cruzaba por el único lugar donde la corriente se dejaba domar. Era un puente viejo, de arcos desiguales, cubierto de líquenes, tan antiguo que nadie recordaba quién lo había levantado. A un lado quedaban las ruinas de un monasterio sin tejado. Al otro, unas cuantas casas abandonadas, un cementerio de lápidas inclinadas y un campo de espinos.

Los fugitivos llegaron al atardecer del cuarto día, arrastrando los pies. Había entre ellos más de cuatro mil personas: familias enteras con los niños dormidos sobre los hombros, ancianos apoyados en bastones improvisados, heridos que habían caminado sin quejarse porque quejarse habría sido gastar fuerzas, soldados con las armaduras abolladas y la mirada fija en un punto que no estaba allí. Nadie los esperaba. Nadie los recibió. El viento movía los juncos con un susurro que parecía burlarse.

Mael fue el primero en cruzar el puente. Se detuvo en el centro, apoyó una mano en el pretil y miró hacia el valle.

—Aquí había un molino —dijo, a nadie en particular—. Mi abuelo me trajo una vez. Habrá todavía alguna piedra de moler enterrada en el barro.

Nadie le respondió. No hacía falta. Los hombres y mujeres que lo seguían habían entendido lo mismo que él: que aquello era todo lo que tenían. Un puente, un río, un puñado de muros caídos y un invierno que se acercaba.

* * *

ERADAN REUNIÓ A los capitanes antes de que cayera la noche.

—Necesitamos agua limpia, fuego, techo y un recuento. En ese orden.

Lysa, que no había soltado un cuaderno de cuentas durante toda la marcha, dio un paso adelante.

—Cuatro mil trescientos doce. Los he contado dos veces.

—¿Cuántos heridos?

—Seiscientos. De ellos, ciento cuarenta graves.

—¿Comida?

—Para cuatro días, si reducimos las raciones.

—Entonces las reduciremos.

—Eso ya lo dijisteis en Valandor —murmuró alguien.

Eradan se volvió. Era un soldado joven, con la cara ennegrecida y un vendaje manchado en la frente. Se llamaba Joren. No parecía desafiante. Parecía vacío.

—Sí. Lo dije.

—Y perdimos la ciudad igual.

El silencio que siguió fue el más largo del día. Eradan lo sostuvo sin bajar la mirada.

—Sí. La perdimos.

—Entonces, ¿de qué sirve que nos digáis lo que debemos hacer?

—De nada, si no queréis vivir. —Eradan hizo una pausa—. Pero si queréis vivir, os diré lo mismo que he dicho siempre: que cada uno haga hoy aquello que hoy puede hacerse.

Nadie respondió. Entre los soldados se produjo un leve movimiento: no una aceptación, sino una tregua.

—Y quiero que todos sepan algo más —añadió—. En este lugar no manda quien lleva una corona. Ni quien lleva una espada. Manda el que sirve.

—¿Incluso el rey?

Fue Ardanthor quien respondió. Había permanecido de pie, a un lado, sin hablar.

—Sobre todo el rey.

Se quitó los guantes. Tenía las manos llenas de ampollas, cubiertas de polvo y de sangre seca. Los soldados lo miraron en silencio.

—Esta noche duermo donde duerman los demás —dijo—. Mañana cargo piedras donde las carguen los demás. Y quien tenga algo que decirme, que me lo diga a la cara.

Joren apartó la vista. No era una victoria. Pero era el principio de algo.

* * *

AQUELLA NOCHE NADIE durmió bien. Los niños lloraban de hambre; los ancianos tosían; los heridos gemían en la oscuridad. Se encendieron pequeñas hogueras entre las ruinas del monasterio, y a su alrededor se agruparon familias que habían compartido calle y que ahora compartían un mismo pedazo de suelo. Ysenne recorrió los fuegos con una lámpara en la mano, hablando con voz baja, tocando hombros, repartiendo mantas, preguntando nombres. No era una reina caminando entre sus súbditos. Era una mujer que había decidido que nadie debía pasar aquella noche sin que alguien supiera su nombre.

Eryon, con la pierna todavía rígida por la herida, ayudaba a Narek a cambiar vendajes. El muchacho había aprendido a hacerlo en los hospitales de Valandor y ahora lo hacía con una delicadeza que sorprendía a los propios heridos.

—Duele menos si miras otra cosa —le dijo a un soldado que apretaba los dientes.

—¿Qué miro?

—Las estrellas.

El hombre alzó la cabeza. Entre las ramas desnudas, el cielo se extendía inmenso y limpio.

—No se parecen a las de Valandor.

—Son las mismas.

—No lo parecen.

—Porque estás mirándolas desde otro lugar. —Eryon sonrió—. Eso es lo único que cambia.

Cerca de medianoche, Eradan se sentó en el pretil del puente, con las piernas colgando sobre la corriente. Sacó la llave de hierro y la hizo girar entre los dedos. El agua pasaba debajo con un rumor constante. Era extraño: por primera vez en muchos años, no tenía ningún plan.

Una sombra se acercó por el camino. Era Caelen, con el brazo en cabestrillo y una cojera nueva.

—¿Puedo sentarme?

—Es un puente. No pertenece a nadie.

Caelen se dejó caer a su lado con un gruñido.

—Hoy el muchacho de la frente rota te ha hablado como no se le habla a un jefe.

—Tenía razón.

—No la tenía.

—La tenía. Perdimos la ciudad.

—No por lo que dijiste en Valandor.

Eradan guardó la llave.

—¿Por qué, entonces?

Caelen tardó en responder. Miraba el agua negra.

—Lo de la puerta no fue un error. Los hombres de Branoc no la derribaron. Alguien se la abrió. —Hizo una pausa—. Yo estaba en la torre norte. Vi los cuencos de la sopa cuando bajé a buscarte. Me pareció raro. Esos hombres no se duermen en pleno asalto.

—Lo sé.

—¿Has pensado en quién?

—No debo pensar en nadie hasta tener algo más que una sospecha.

—Entonces tienes una sospecha.

Eradan no negó. Caelen asintió despacio, como quien confirma algo que ya sabía.

—Cuando la tengas completa, dímelo. Hay muertos que merecen respuesta.

—Lo haré.

—No tardes demasiado. Los rencores crecen más rápido que las coles.

Se levantó con trabajo. Antes de irse, añadió, sin volverse:

—Y no se lo cuentes al rey hasta estar seguro. Ya carga demasiado.

* * *

DAREN LLEGÓ AL segundo día.

Apareció por el camino del norte, solo, apoyado en un bastón improvisado. Tenía un brazo vendado con jirones de camisa, el rostro hundido, la barba sin recortar, y una cojera nueva que se acentuaba cuando creía que nadie lo miraba. Cruzó el puente con una

lentitud extraña. Cuando llegó al otro lado, los soldados que lo vieron se levantaron para saludarlo.

—¡Daren!

—¡Estás vivo!

—¡Creímos que habías muerto en la puerta!

El veterano sonrió con una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Es difícil matarme. Ya lo sabéis.

Lo abrazaron. Alguien le trajo agua. Alguien le ofreció pan. Daren bebió y comió con avidez, y contó, entre bocado y bocado, una historia sencilla: que había resultado herido durante el primer asalto, que lo habían dado por muerto, que se había arrastrado hasta una cisterna, que había encontrado el conducto cuando todos ya habían salido, y que había caminado dos días siguiendo las huellas de la columna.

Era una historia perfectamente razonable.

Eradan lo escuchó sin intervenir, a una distancia prudente, con los brazos cruzados. Cuando el círculo de soldados se dispersó, se acercó.

—Me alegro de verte.

—Y yo de que sigas entero. —Daren no lo miró a los ojos—. Pensé que no os vería más.

—Pensé lo mismo de ti.

—La ciudad…

—Ya lo sé.

—La puerta…

—Lo sé también.

Hubo un silencio. A los lados, el río seguía pasando.

—Los cuatro hombres del torno —dijo Eradan, con voz neutra—. Estaban dormidos. Alguien les puso adormidera en la sopa.

Daren palideció. Fue un instante, tan breve que otro hombre no lo habría advertido.

—¿Adormidera?

—Sí.

—Nadie pudo… —Tragó saliva—. La sopa la preparaban en las cocinas del palacio. Cualquiera pudo acercarse.

—Cualquiera.

—Sí.

—Tienes razón.

Eradan lo observó un momento más. Daren sostuvo la mirada esta vez, con una mansedumbre dolorosa, como la de un animal acorralado que ha decidido no gruñir.

—Si necesitas descansar, hay sitio junto a los hospitales —dijo Eradan.

—Gracias.

—No me las des.

Daren apartó la vista un segundo. «Todavía no», había dicho en la puerta sur. Ahora ninguno de los dos pronunció esas palabras. Pero ambas atravesaron el aire entre ellos como una cuchilla.

Eradan se alejó. No lo había acusado. No tenía pruebas. Tenía una mirada desviada, un caldero vacío y el recuerdo de un hombre que hablaba de su hija con una ternura que no se finge. Y tenía algo más: la incómoda sospecha de que, si la verdad era la que temía, el culpable no era el único responsable. Alguien lo había empujado hasta allí. Alguien que conocía bien el precio de lo que un hombre no está dispuesto a perder.

Aquella noche Eradan no contó a Ardanthor nada de lo que había visto. Todavía no.

CAPÍTULO XII

Los tres inviernos

EL PRIMER INVIERNO fue el que mató.

No lo hizo con estruendo, sino con paciencia. Empezó con una tos que pasaba de casa en casa, de tienda en tienda, de manta en manta. Siguió con el hambre: las raciones se redujeron a un puñado de grano por persona, después a medio puñado, después a lo que Lysa lograba sacar de una olla de caldo ralo en la que flotaban raíces y corteza. La nieve cayó antes de lo previsto y cubrió el valle de un blanco compacto, un silencio blanco, tan perfecto que costaba creer que debajo hubiera alguien intentando seguir vivo.

Murieron los más viejos primero. Después los heridos graves, los que habían llegado a Kilmarah sostenidos solo por la obstinación. Y después, una mañana de enero, un niño de seis años al que nadie había visto enfermar. Su madre lo encontró frío entre las mantas, con los ojos entreabiertos, como si hubiera estado mirando algo que ella no podía ver.

Eradan cavó la tumba con sus propias manos. La tierra estaba tan dura que hubo que encender una hoguera sobre ella durante toda la noche para ablandarla. Ardanthor lo ayudó. No dijeron una palabra. Cuando terminaron, el rey se arrodilló junto al montículo y apoyó la frente en la tierra.

—Es culpa mía.

—No.

—Yo ordené quedarnos tanto tiempo. Si hubiéramos evacuado antes…

—Si hubiéramos evacuado antes, la ciudad habría caído antes. Y habrían muerto más. —Eradan se sentó a su lado—. Hay culpas que no pesan menos porque sean injustas. Pero tampoco se llevan solas.

El rey no contestó. En la colina, las campanas del monasterio, que Taren había logrado reparar con un martillo y una cadena, tocaron una vez, grave, sobre el valle blanco. Era la primera vez que sonaban en Kilmarah. A partir de ese día, sonarían por cada muerto.

* * *

PERO TAMBIÉN SONARÍAN por otra cosa. Porque, poco a poco, algo comenzó a cambiar.

Fue un cambio tan lento que nadie lo advirtió hasta que ya había ocurrido. Primero llegó el trabajo: desmontar los muros caídos del monasterio, piedra a piedra, para levantar casas; cortar madera en el bosque; abrir una zanja que desviara el agua del río hasta

un estanque seguro; construir una fragua con los restos de un viejo horno. Ardanthor cargaba piedras desde el amanecer. Al principio los soldados lo miraban de reojo, esperando que desistiera a la tercera jornada. No desistió. A la tercera semana, uno de ellos, sin decir palabra, comenzó a cargar los bloques más pesados a su lado, para que el rey no se lastimara la espalda. A la cuarta, ya eran seis.

Después llegó el orden. Ysenne organizó las cocinas; Lysa, los registros; Narek, el hospital, que se instaló en la nave más sana del monasterio y que terminó salvando más vidas de las que nadie había previsto. Taren y Bran cazaban en el bosque, y volvían con liebres, con perdices, una vez con un jabalí que arrastraron entre los dos, riendo como niños. Mael descubrió bajo el barro la piedra del antiguo molino, y con ella y con la fuerza del río empezó a moler un grano que ya casi no había. Hasta Joren, el soldado vacío de la frente rota, se ofreció una mañana a reparar el techo de la escuela.

Porque hubo escuela. Fue Eryon quien la inició, sin proponérselo, una tarde en que un grupo de niños lo siguió hasta el monasterio y le pidió que les contara cómo había sido Valandor. Eryon no sabía contar historias. Pero sabía dibujar en el suelo con un palo las murallas, las torres, la plaza del mercado, el pozo del patio. Y mientras dibujaba, los niños empezaron a hacer preguntas. Y mientras respondía, empezó a enseñarles a leer.

* * *

EN UNA NOCHE del primer deshielo, cuando el aire todavía olía a nieve pero el viento había dejado de cortar, Ardanthor fue a buscar a Eradan junto al fuego de los guardias del puente.

—¿Puedo sentarme?

—Es un puente. No pertenece a nadie.

El rey sonrió. Hacía mucho que no sonreía de aquella manera: cansada, pero sincera.

—Siempre dices lo mismo.

—Cuando algo funciona, no hay por qué cambiarlo.

Estuvieron un rato en silencio, mirando las llamas. Más abajo, el río se había llenado de trozos de hielo que chocaban unos con otros con un tintineo de cristales.

—Quiero decirte algo —empezó Ardanthor—. Y quiero que me dejes terminar.

—Habla.

—Cuando mi padre murió, me prometí que sería un rey mejor que él. Que no repetiría sus errores. Y empecé a verlos en todas partes: en sus decisiones, en sus consejeros, en sus silencios. En ti.

Eradan no se movió.

—Creí que debía romper con todo lo que había sido. Que si seguía escuchándote, no sería yo quien gobernaba. Y para demostrarlo, te alejé. Y alejé a todos los que se parecían a ti. —Hizo una pausa—. Elegí consejeros que me decían que sí. No porque creyera que fueran mejores. Porque su acuerdo me confirmaba algo que necesitaba oír.

—Ardanthor…

—Déjame terminar. —La voz le tembló—. Mientras Branoc movía a sus hombres, yo discutía contigo sobre quién tenía la razón. Perdí semanas enteras así. Semanas que habrían salvado la ciudad. Y lo peor es que lo sabía. Lo sabía mientras lo hacía. Y aun así no podía parar.

Se frotó la cara con las manos.

—No te pido que me perdones. Te pido que sepas que lo entiendo.

Eradan tardó en contestar. Miró las llamas, el río, el cielo despejado.

—No tengo nada que perdonar.

—Sí lo tienes.

—No. Tú me enseñaste algo a mí también.

—¿Qué?

—Que enseñar no consiste en conservar un lugar. —Eradan sonrió con tristeza—. Yo creía que mi tarea era acompañarte. Y en realidad era soltarte. Me fui del palacio por eso. Pero lo hice mal. Debí quedarme el tiempo suficiente para que no sintieras que me había ido por ti. Los dos nos equivocamos.

—¿Y ahora?

—Ahora hacemos lo que podemos.

Ardanthor asintió. Luego, en voz muy baja, preguntó:

—¿Te dijo algo mi padre antes de morir?

Eradan sintió que la llave pesaba en su pecho como una piedra.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque aquella noche te llamó a solas. Y nunca me contaste de qué hablaron.

Había en su voz una timidez infantil, la del niño que esperaba desde lo alto del muro. Eradan comprendió que aquella pregunta llevaba años esperando.

—Me pidió que te vigilara —dijo al fin.

—¿De qué?

—No de tus enemigos. De tu orgullo.

Ardanthor soltó una risa sin alegría.

—Pues cumpliste.

—No del todo.

—Cumpliste mejor de lo que pensaba.

—Eso no lo decido yo.

El rey lo miró. Había algo más, y lo sabía. Pero no insistió. Había aprendido que a veces es preferible no pedir toda la verdad de golpe. Eradan lo agradeció en silencio. No era por falta de confianza que guardaba la llave. Era porque había prometido a un moribundo que no se la entregaría a un rey. Y porque empezaba a sospechar que aquella promesa tenía un sentido que todavía no alcanzaba a comprender.

Se quedaron junto al fuego hasta que cayeron las brasas.

* * *

EL SEGUNDO INVIERNO fue más suave. Murió menos gente. La escuela se llenó. En el monasterio se abrió un taller de carpintería, y otro de telas, y otro de cestería. Los niños que habían llegado a Kilmarah envueltos en mantas ya corrían por las calles de barro. El pueblo empezó a llamarse a sí mismo Nueva Valandor, aunque nadie lo decidió: fue una de esas cosas que ocurren sin que alguien las nombre.

Fue en primavera cuando Ardanthor propuso plantar un árbol.

—¿Un árbol? —preguntó Lysa.

—En el centro de la plaza.

—¿Para qué?

—Para tener un lugar donde atar los nombres.

Plantaron un fresno joven. Cada familia fue acercándose con una cinta de tela donde habían escrito, o hecho escribir, el nombre de alguien que ya no estaba. Y las ataron a las ramas. Al principio fueron cientos. Después miles, porque también quienes no habían perdido a nadie ataron una por los muertos que no tenían quien los nombrase. Cuando el viento soplaba, el fresno sonaba como un coro de voces apagadas.

Eryon permaneció junto al árbol hasta bien entrada la noche. Había escrito dos nombres: el de su madre y el de su padre, sin apellido. Los ató con un nudo cuidadoso. Eradan lo encontró allí.

—No sabía que ibas a hacerlo.

—Yo tampoco.

—¿Era soldado de verdad?

—No lo sé. Mi madre lo dijo una vez. —Eryon tocó la cinta—. Pero no importa. Esta noche he comprendido que uno puede honrar a alguien sin saber quién fue.

Eradan le puso la mano en el hombro. Ya no era un muchacho. Había crecido, se había ensanchado de hombros, tenía una cicatriz fina en la mejilla y una calma nueva en la mirada, la de quien ha atravesado lo peor y no necesita explicarse. Los niños de la escuela lo adoraban. Los soldados lo respetaban sin saber por qué. Y Eradan, cada vez con más frecuencia, sorprendía a su alumno haciendo lo mismo que él: mirando antes de hablar.

—Hay un viejo dicho de Valandor —murmuró—. Que la fuerza de un árbol empieza en sus raíces.

—¿Lo dijo tu padre?

—Sí.

—Entonces es un buen dicho.

—Lo es.

* * *

EN EL TERCER otoño, Mael anunció que se marchaba.

Lo dijo una mañana, sin dramatismo, mientras reparaba la rueda del molino. Había oído que Branoc necesitaba harina para sus tropas, y que los molineros de las afueras de Valandor habían sido llamados a trabajar para el ejército.

—Yo sé moler —dijo—. Y nadie sospecha de un molinero. Puedo entrar y salir con los carros. Escuchar. Contar.

—Es peligroso —respondió Eradan.

—Lo sé.

—Si te descubren…

—Me matarán. Lo sé. —Mael se limpió las manos en el delantal—. Pero llevo tres años viendo cómo esta gente reconstruye lo que perdió con las uñas. No puedo quedarme moliendo grano y fingiendo que no hay una ciudad ahí arriba que tiene mi infancia dentro.

Eradan lo miró largamente.

—¿Y si te necesitamos?

—Entonces os haré llegar un mensaje. —El molinero sonrió con una picardía inesperada—. Tengo una manera de hacerlo. Pero no os la diré. Si os la dijera, ya no sería segura.

Se fue esa misma tarde, con un carro viejo y un caballo flaco. Eradan lo vio perderse en el camino del norte. A su lado, sin hacer ruido, Daren miraba también. Eradan no lo había oído llegar.

—Es un buen hombre —murmuró el veterano.

—Sí.

—Debería haber más como él.

Eradan lo observó de reojo. Durante tres años, Daren había sido el soldado más trabajador de Kilmarah: el primero en levantarse, el último en acostarse, siempre dispuesto a cargar, a reparar, a vigilar. Pero Eradan había notado también que, cada vez que alguien mencionaba a los niños, a las hijas, a las escuelas, el veterano se alejaba con alguna excusa. Y que una noche, junto a la ribera, lo había encontrado con una pequeña muñeca de madera entre las manos, tallada con torpeza, sin cara, que guardó apresuradamente en cuanto lo vio.

No había dicho nada entonces. No lo hizo ahora.

—¿Te arrepientes de algo, Daren?

La pregunta salió sola. El veterano no se sobresaltó. Siguió mirando el camino por donde se había ido Mael.

—De todo —dijo, al fin—. Cada día.

—¿Quieres contármelo?

—Todavía no.

Eran las mismas palabras de la puerta sur. Eradan asintió, despacio, y lo dejó solo. Pensó que a veces una sospecha se parece a una deuda: crece mientras uno decide no cobrarla. Y presintió que, cuando llegara el momento de saldarla, ninguno de los dos saldría indemne.

CAPÍTULO XIII

El mensajero del temporal

LA TORMENTA LLEGÓ a Kilmarah a mediados del tercer invierno, una noche sin luna, con un viento que arrancaba los tejados y hacía aullar los arcos del puente. El río, hinchado por las lluvias, rugía bajo la piedra como una bestia atrapada. Los centinelas se habían refugiado en la garita, apretados unos contra otros, y Daren, que hacía la guardia junto a ellos con un farol apagado por el viento, fue el primero en oír el golpe.

Un golpe débil. Casi un roce. Alguien llamaba a la puerta de la garita con los nudillos.

—¿Quién va?

No hubo respuesta. Daren abrió y una figura pequeña se desplomó sobre el umbral. Era un muchacho. Tendría catorce años, aunque parecía más joven; estaba empapado, helado, con los labios azulados y una herida en la sien que ya no sangraba. Se aferraba al pecho un bulto envuelto en cuero engrasado, como se aferra uno a lo único que le queda.

—Soy… —tosió—. Vengo de la ciudad.

Daren se quedó inmóvil. Algo se le descompuso en la cara. Los otros soldados recogieron al muchacho, lo envolvieron en mantas, lo llevaron hacia el monasterio. Daren no los siguió. Se quedó en el umbral, con el farol en la mano, mirando la oscuridad del camino del norte por donde había llegado el chico, y tardó mucho en moverse.

* * *

LO DESPERTARON AL amanecer. Habían pasado horas, y el temporal seguía azotando los muros del hospital, pero el chico ya podía hablar. Narek le había dado caldo caliente y una infusión de corteza de sauce, y le había curado la sien con ungüento. Alrededor del lecho se habían reunido Eradan, Ardanthor, Ysenne, Caelen y Eryon. El muchacho miraba a los hombres con los ojos muy abiertos, sin soltar el bulto de cuero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ysenne, con suavidad.

—Kian.

—¿De dónde vienes, Kian?

—De Valandor. Del barrio de los panaderos. —Hizo una pausa—. Me envía el molinero. Y el señor Oren.

Hubo un movimiento en la sala. Eradan se inclinó.

—¿Oren vive?

—Sí. Está en el palacio. Branoc lo tiene en los archivos. Dice que es un viejo inofensivo que sabe dónde están las cosas.

Eradan se quedó un instante sin aire. Lo recordó en la entrada del conducto, con su sonrisa tranquila: *los viejos somos invisibles*.

—¿Y Mael?

—Trabaja en el molino del canal. Entrega harina al ejército cada semana. —El muchacho bajó la voz—. Me dijo que no confiara en nadie hasta tener delante a Eradan. Que si no lo encontraba a él, quemara el mensaje.

—Estoy aquí.

Kian lo miró con un respeto casi temeroso y le tendió el bulto. Eradan lo abrió. Dentro había una tela fina, cosida con hilo rojo, donde alguien había escrito con letra apretada, con carbón. Y junto a ella, envuelto en un trozo de lino, un pan aplastado, duro como una piedra. Eradan lo partió con los dedos. En el centro, pegada con miga, había una diminuta llave de hueso. No tenía ningún uso. Era solo una señal.

—Es el signo de Mael —dijo Kian—. Significa que el mensaje es suyo de verdad.

Eradan desplegó la tela y leyó en voz alta.

La ciudad vive. Callada, pero vive. Branoc ha dejado menos de dos mil hombres en ella. Sus tropas luchan en otros frentes. Gobierna con miedo, pero el miedo se gasta. Tiene una red de informantes a la que la gente llama «los Oídos». Escuchan en las tabernas, en los mercados, en las colas del pan. Por eso sabían lo que se murmuraba en las murallas antes de la caída. Por eso hay que hablar poco y confiar menos.

La Puerta del Albor sigue cerrada. Nadie la ha abierto desde que cayó la ciudad. Pero la gente pasa junto a ella y la toca, sin decir nada, como quien saluda a un muerto. Ya no la vigilan: les parece un gesto inofensivo.

Hay algo más. Desde hace meses, los soldados de Branoc excavan en las cisternas del barrio sur. Van de noche, con linternas. Buscan algo. No sé qué. Oren dice que busca una puerta. Dice que Branoc nunca quiso el trono: nunca se ha sentado en él ni ha tocado la corona que Ardanthor dejó en el asiento. Lo que quiere está debajo de Valandor.

Y han empezado a aparecer señales. Tres cortes, un espacio, un corte, un espacio, tres cortes. Alguien las talla por las noches en las paredes de los túneles. Los soldados de Branoc las borran. A la mañana siguiente están de nuevo. Oren dice que usted sabrá qué significan.

Venid. No con un ejército. Con pocos. Hay un modo de entrar bajo el molino. Os espero.

Eradan bajó la tela. Alrededor, nadie hablaba. Fue Ardanthor quien rompió el silencio.

—¿«Una puerta»?

—Eso dice.

—¿Qué puerta?

Eradan sintió el peso de la llave bajo la ropa. Sintió también la mirada de Caelen, que no se apartaba de él. Y la de Eryon, que durante tres años había visto a su maestro llevarse la mano al pecho, como quien comprueba que algo sigue en su sitio, y sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho, que Eradan conocía algo más.

—No lo sé —dijo.

Era verdad. No sabía qué había detrás de aquella puerta. Pero sí sabía quién la había nombrado primero, en un lecho de cera, con una voz de papel: *Se abre para quien sepa por qué debe entrar*. Y empezaba a comprender el sentido terrible de aquella advertencia. Si Branoc llegaba antes, ¿qué abriría? Y, sobre todo, ¿qué convertiría en cenizas?

* * *

EL CONSEJO SE reunió esa tarde, con el temporal todavía golpeando las ventanas. Nunca había sido un consejo de reyes. Eran treinta personas sentadas en bancos de piedra, en la antigua sala capitular del monasterio: soldados, artesanos, madres, un panadero, un viejo carpintero, Lysa con su cuaderno, Narek con las manos manchadas de ungüento. Ardanthor no presidía. Estaba sentado entre los demás, con la espalda recta y los codos sobre las rodillas, escuchando.

Eradan expuso lo que decía el mensaje. Hubo discusiones. Algunos querían marchar de inmediato; otros opinaban que era una trampa; otros, que no debían arriesgar lo que habían construido en tres años por una ciudad que ya no era suya. Joren, el soldado que una vez le había gritado, se levantó.

—Yo quiero volver. Pero no con espadas. Si vamos con un ejército, no tenemos nada. Branoc tiene más hombres, más armas, más todo. Vamos a morir.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Ysenne.

—Que vaya poca gente. Gente que sepa moverse sin que la vean.

—Doce —dijo Eradan.

Todos lo miraron.

—Doce hombres y mujeres. Ni uno más. Los suficientes para pasar inadvertidos, los bastantes para sostenerse mutuamente. —Dejó la tela sobre la mesa—. No iremos a tomar Valandor. Iremos a abrir una puerta.

—¿Cuál? —preguntó Caelen, con voz áspera.

—La que Branoc busca.

—¿Y si la encuentra antes?

—Entonces habremos fracasado.

Ardanthor se levantó. Un silencio expectante cayó sobre la sala.

—Yo debería ir.

—No —respondió Eradan.

—Es mi ciudad.

—Lo es. Y por eso no puedes ir. —Eradan se acercó—. Si Branoc captura al rey de Valandor, ganará lo que quería desde el principio: no una ciudad, sino un símbolo. Pero

si Valandor tiene un rey que sigue aquí, vivo, sirviendo, trabajando con las manos, entonces Branoc no ha ganado.

—Eso suena a excusa.

—Es la verdad.

—¿Y si necesito estar allí? ¿Y si es mi lugar?

Eradan lo miró con dureza afectuosa.

—Tu lugar es donde puedas ser más útil. No donde te sientas más digno.

La frase golpeó a Ardanthor como un puñetazo. Era lo mismo que Eradan le había dicho, con otras palabras, el día en que se fue del palacio. Por primera vez, no sintió rencor. Sintió algo más parecido a la gratitud.

—De acuerdo —dijo, con esfuerzo—. Me quedaré. Pero prométeme una cosa.

—Dime.

—Que volveréis.

—No puedo prometerlo.

—Entonces prométeme que lo intentaréis con todas vuestras fuerzas.

—Eso sí.

Ysenne tomó la mano de su marido. No dijo nada. Pero su mirada decía: *has crecido*.

* * *

ESA NOCHE, EL temporal amainó. Eradan salió al puente y miró el río, que bajaba más tranquilo, y las nubes que se abrían sobre el valle para dejar ver un puñado de estrellas. Eryon se sentó a su lado, sin pedir permiso.

—Vas a elegirme a mí.

—¿Por qué lo supones?

—Porque llevas tres años enseñándome para esto.

—Eso no es una razón.

—Lo sé. —Eryon sonrió—. Pero también sé que si te pidiera que me dejaras aquí, dirías que no.

—Tal vez.

—Tengo miedo.

—Es lo correcto.

—¿Y tú?

Eradan contempló las estrellas. En la distancia, tan lejos que parecía imposible, brillaba el resplandor apagado de lo que había sido su hogar.

—Yo también.

—¿De qué?

—De descubrir que Arathor tenía razón.

—¿En qué?

—En que hay cosas que no deben abrirse. —Hizo una pausa—. Y de que quizá yo no sea el hombre adecuado para decidir cuáles.

Eryon se quedó en silencio. Después dijo, con una gravedad que no era de su edad:

—Si no lo eres tú, ¿quién?

Eradan no respondió. En el campamento, a lo lejos, se oía a alguien cantando una nana en voz baja. Y en la sombra del puente, apenas visible, alguien más observaba la escena sin ser visto. No dijo nada. No se movió. Tenía una pequeña muñeca de madera sin rostro entre las manos y, a juzgar por el modo en que temblaban sus hombros, estaba llorando.

PARTE IV

LA SOMBRA DEL PUENTE

CAPÍTULO XIV

Los doce

ERADAN TARDÓ TRES días en elegir a los doce, y durante esos tres días no durmió más de cuatro horas seguidas.

No era una cuestión de fuerza. Había hombres más fuertes que Taren, más rápidos que Bran, más hábiles con el arco que Sira, y ninguno de ellos iría. Era una cuestión de equilibrio: cada uno debía cubrir lo que le faltaba al otro, como las piedras de un arco que se sostienen porque ninguna empuja más de lo que recibe. Y era, sobre todo, una cuestión de confianza. Porque en el lugar adonde iban, la confianza era lo único que no se podía comprar ni reponer.

Escribió los nombres en un pedazo de corteza, con carbón, durante la tercera noche. Los leyó una y otra vez junto al fuego de la sala capitular. Cuando terminó, uno de ellos le quemaba más que los otros.

—Dime algo —dijo una voz a su espalda.

Era Caelen. Había entrado sin ruido, con esa manera suya de moverse, pesada y silenciosa a la vez.

—¿Qué?

—¿Por qué lo llevas?

Eradan no necesitó preguntar de quién hablaba.

—Porque quiero tenerlo delante.

—Hay una manera de tenerlo delante sin tenerlo dentro.

—¿Encerrarlo?

—Interrogarlo.

—¿Con qué pruebas?

Caelen se sentó al otro lado del fuego.

—Yo estaba en la torre norte. Vi los cuencos. Tú viste los cuencos. Él dijo que cualquiera pudo acercarse a la sopa. Pero la sopa se la dio él a sus hombres. Esa es una prueba.

—Es un indicio. Un hombre puede equivocarse al fiarse de una cocina.

—Y puede ser un traidor.

—También.

—Entonces, ¿por qué arriesgarse?

Eradan miró el carbón de sus dedos.

—Porque un hombre que se esconde puede hacer mucho daño. Pero un hombre que camina a mi lado, y que sabe que yo sé, tiene que elegir cada día de qué lado está. Quizá sea cruel ofrecerle esa elección. Pero es la única que le queda.

—Y si elige mal…

—Entonces tendremos al enemigo donde podamos verlo.

Caelen soltó el aire por la nariz.

—Siempre te ha gustado jugar con fuego.

—No. —Eradan sonrió con tristeza—. Me gusta saber dónde está.

—No comparto tu criterio.

—Lo sé. Por eso necesito que seas tú quien lo vigile.

El capitán lo miró con sorpresa. Después, despacio, asintió.

—Entonces voy.

—Ibas a ir de todos modos.

—Sí. Pero ahora tengo una razón.

* * *

LOS DOCE SE reunieron en el puente al atardecer del día siguiente.

Eryon. Caelen. Lysa, que sabía contar y comprender lo que había detrás de los números. Taren, cuya fuerza era la de una roca que no se queja. Bran, rápido, ardiente, a quien tres años de invierno habían enseñado por fin a mirar antes de saltar. Narek, que oía lo que nadie decía. Joren, el soldado que una vez había gritado a Eradan que de nada servían sus órdenes, y que desde entonces había trabajado como un animal de carga para demostrar que se equivocaba. Hal, el herido de la puerta sur, al que le faltaban dos dedos de la mano derecha pero que tiraba con la izquierda mejor que muchos hombres sanos. Sira, hija de cazadores del norte, silenciosa como el humo, que había rastreado ciervos durante diez años antes de rastrear soldados. Orrin, un viejo albañil de manos nudosas, que había pasado la vida reparando cisternas y bóvedas, y que sabía, por el olor de la piedra, cuándo una galería estaba a punto de ceder.

Y Daren.

Eradan había dudado hasta el último momento. Pero cuando pronunció su nombre ante el consejo, el veterano levantó la cabeza con una expresión indescifrable, mezcla de sorpresa y de algo que se parecía mucho al alivio.

—¿Yo?

—Tú conoces las cisternas del sur mejor que nadie.

—Hace años que no las piso.

—Entonces tendrás que recordar.

Daren inclinó la cabeza.

—Iré.

Ardanthor se acercó a ellos. No llevaba corona ni capa. Vestía la túnica gris de los trabajadores del puente, con el polvo de la cantera todavía en las mangas. A su lado, Ysenne llevaba un pequeño paquete envuelto en tela.

—No tengo discursos —dijo el rey—. Los discursos son para cuando hay seguridad.

Hubo un murmullo que no llegó a ser risa.

—Solo quiero decir una cosa. Hace tres años, una ciudad entera salió de sus muros arrastrándose, por mi culpa y por la de otros. Ustedes van a regresar. No a vencer. Nadie les pide que venzan. Les pido que vayan, que miren, que abran lo que deba ser abierto y que vuelvan. Y que, mientras tanto, recuerden por qué lo hacen.

Dio un paso atrás. Fue Eradan quien habló.

—Los antiguos de Valandor tenían una costumbre. Cuando un pequeño grupo salía en misión, no se le daba bandera ni nombre. Se le llamaba por el sitio de donde partía. —Miró el puente, el río, el valle tendido en el último sol—. Nosotros salimos de aquí. Del puente. Y vamos a movernos en la sombra, sin que nadie lo sepa. Así que, desde esta noche, somos la Sombra del Puente.

Nadie lo discutió. Los doce se miraron unos a otros. Había en aquellos rostros cansados, marcados por el invierno, algo que Eradan no había visto en mucho tiempo: una especie de ligereza. No esperanza, exactamente. Algo más sobrio y más fuerte: la decisión de dejar de esperar.

Desenvainó la espada. Los otros once lo imitaron. Doce hojas se alzaron bajo el cielo rojizo, y el sonido del acero, al rozar el aire, fue casi musical.

—Juramos —dijo Eradan— que ninguna de estas espadas servirá para vencer.

—Juramos —repitieron los doce.

—Que servirán para proteger.

—Juramos.

—Y para recordar.

—Juramos.

Los hombres guardaron las espadas. Ysenne se acercó a Eryon con el pequeño paquete. Lo abrió: dentro había una capa de lana gris, sencilla, con un bordado minúsculo en el cuello. Un fresno, con sus ramas llenas de cintas.

—Lo hicieron las mujeres del taller —dijo—. Para ti.

—¿Para mí?

—Para el que lleve la espada de Eradan cuando él ya no pueda.

Eryon la tomó sin saber qué decir. Eradan lo miró desde lejos y comprendió que la reina había hecho lo que él no se había atrevido a hacer: decir en voz alta lo que todos intuían. Que aquel muchacho, aquel hijo de nadie, estaba dejando de ser su discípulo.

—No soy digno —murmuró Eryon.

—Nadie lo es —respondió Ysenne—. Por eso se hace.

* * *

SALIERON AL CAER la noche. Cruzaron el puente uno a uno, con los pies envueltos en trapos para no hacer ruido, y se perdieron en la oscuridad del camino del norte. Detrás de ellos quedaron las luces de Kilmarah, el fresno cargado de cintas, las campanas que Taren había reparado. Ardanthor los vio marchar hasta que el último desapareció entre los

árboles. Ysenne le tomó la mano. No dijeron nada. A veces el silencio es la forma más completa del respeto.

Durante la primera hora nadie habló. Eradan iba delante, con Sira, que rastreaba la senda a veinte pasos de distancia como un perro invisible. Detrás avanzaban los demás, en fila. Al final, vigilando la retaguardia, caminaba Caelen. Y justo delante de él, con la cabeza gacha y las manos escondidas bajo la capa, caminaba Daren.

A mitad de la noche, Eryon se acercó a Eradan.

—¿Por qué nos llamaste «la Sombra»?

—Porque la sombra de un puente no se ve de día. Existe sin que nadie le preste atención. Pero cuando cae el sol, se alarga hasta alcanzar la otra orilla.

—Es un buen nombre.

—Tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Que las sombras también pueden esconder a quien las sigue.

Eryon no entendió. Eradan no se lo explicó. A su espalda, en la fila, alguien tosió. Fue una tos breve, nerviosa, tan ahogada que podría haberse tomado por un sollozo. Eradan no volvió la cabeza.

Lo había oído. Pero a esa hora, bajo las estrellas, camino de una ciudad que los esperaba con las puertas cerradas, decidió que todavía no era el momento de preguntarse qué clase de miedo carga un hombre cuando camina hacia la boca del lobo llevando en el bolsillo el nombre de una niña.

CAPÍTULO XV

El molino

VIAJARON CUATRO NOCHES y durmieron cuatro días, escondidos en graneros abandonados, en cuevas de pastores, en el hueco de un puente roto. Evitaron los caminos. Cruzaron campos de rastrojo bajo una luna a medias. Comieron lo que llevaban: queso duro, galletas de centeno, tiras de carne seca que había que ablandar con saliva. En tres años el país había cambiado. Las aldeas del norte estaban medio vacías; en los cruces de caminos ondeaban pendones negros con espirales rojas; en los árboles al borde de los senderos, alguien había clavado tablillas con avisos. Sira leyó una al pasar, sin detenerse.

—Toque de queda desde la puesta del sol. Quien dé refugio a fugitivos será considerado cómplice.

—¿Cómplice de qué? —preguntó Bran en voz baja.

—De seguir vivo —dijo Taren.

Al quinto día divisaron Valandor.

No fue como lo habían imaginado. Esperaban ruinas, humo, silencio. Pero la ciudad estaba intacta. Las torres se alzaban en el horizonte con su perfil familiar, las murallas seguían en pie, los tejados rojos brillaban al sol de la tarde. Solo había una diferencia, que Eryon tardó un poco en advertir: sobre todas las torres, en todas las almenas, ondeaba la misma bandera. Negra. Con una espiral.

—Parece… viva —murmuró Lysa.

—Está viva —dijo Eradan—. Eso es lo peor.

Se agruparon en un bosquecillo para esperar la noche. A su espalda, en un claro, Daren se había apartado para beber en un arroyo. Se arrodilló junto al agua. No bebió. Se quedó mirando su propio reflejo, como quien contempla a un desconocido que le debe una explicación.

* * *

EL VADO DEL Sauce era el único paso practicable del río Ume, que separaba el bosque de las tierras de labranza que rodeaban Valandor. Antes de la guerra era un lugar tranquilo: un camino de tierra, una barcaza, una taberna con techo de paja. Ahora había una torre de madera, y en la torre, cuatro soldados.

Se dividieron en tres grupos. Eradan, Eryon, Lysa y Orrin se hicieron pasar por una familia de mercaderes de harina, con un carro prestado que Sira había robado en una granja. Caelen, Taren, Hal y Joren esperaron en el bosque, a quinientos pasos. Bran,

Narek, Sira y Daren avanzaron por la orilla, ocultos entre los juncos, con instrucciones de vadear solo cuando la señal estuviera clara. Eradan sabía que dividirse era arriesgado. Pero doce hombres armados cruzando juntos habrían llamado la atención de cualquiera.

La torre los dejó acercarse. Un sargento de rostro cuadrado, con un parche de cuero sobre un ojo, salió a su encuentro con una lanza en la mano.

—¿Adónde?

—A Valandor —dijo Eradan, con voz humilde—. Llevamos harina para los cuarteles.

—¿Salvoconducto?

Eradan le tendió un papel. Había sido escrito por Mael con tinta casera, imitando la letra de los cuarteles, y sellado con un trozo de cera y una espiral dibujada con un clavo. El sargento lo estudió largamente. Alrededor, los soldados observaban con una curiosidad desganada.

—¿Quién es el niño?

—Mi sobrino.

—¿Y la mujer?

—Mi hermana.

—Tiene cara de que no le gusta viajar.

—Es el polvo —dijo Lysa, con una sonrisa fatigada.

El sargento devolvió el papel. Pero no se apartó.

—Bajad del carro.

Eradan obedeció. Sintió, más que vio, que Eryon dejaba caer la mano hacia el cinto. Le tocó el brazo con dos dedos. *Todavía no.*

El sargento rodeó el carro. Golpeó los sacos con la lanza. Levantó una esquina de la lona. De pronto, desde el otro lado del río, llegó un ladrido largo, agudo, un perro que alguien había soltado en la orilla. Los soldados se volvieron. El sargento maldijo. En ese instante, Eradan vio, a lo lejos, entre los juncos, un destello breve: la señal de Sira. Los otros estaban listos.

—Es un perro —dijo el sargento—. De la taberna. Siempre ladra.

Volvió a mirar el carro. Y entonces ocurrió algo que Eradan no había previsto: el soldado más joven de la torre, un muchacho de apenas dieciocho años, avanzó un paso y lo miró con atención.

—Disculpe, sargento. —Señaló a Eryon—. Ese lleva una espada.

Eryon quedó inmóvil. En efecto, bajo la capa gris de lana, que se había abierto con el movimiento, asomaba la empuñadura. No había manera de explicarlo. Eradan tampoco lo intentó. Se llevó la mano al cuello, hizo como que se rascaba, y dijo con una naturalidad que le costó un esfuerzo físico:

—Es un hijo de buena familia. Su padre quiere que parezca soldado. Para que los ladrones le tengan miedo.

—¿Y lo tienen?

—No mucho.

Hubo una risa breve. El sargento no se rio. Miró al muchacho, a Eradan, y después, durante un tiempo que a todos les pareció interminable, no se movió. Eradan comprendió que la vida de doce personas pendía de un hilo que ni siquiera sostenía él.

—Pasad —dijo el sargento, de pronto—. Pero la próxima vez, decidle al muchacho que se tape la espada. La gente se pone nerviosa.

—Así lo haré.

Subieron al carro. Cruzaron el vado lentamente, con el agua lamiendo las ruedas. Cuando ya estaban a mitad del río, Eryon susurró:

—Pensé que nos mataban.

—Yo también.

—¿Por qué nos dejó pasar?

Eradan miró hacia atrás. En la orilla, el sargento seguía de pie, observándolos. Alzó una mano a modo de saludo.

—No lo sé —murmuró Eradan—. Y no me gusta.

Se había hecho de noche. A lo lejos, en la oscuridad, se oyó otra vez el ladrido del perro.

* * *

EL MOLINO DEL canal se alzaba en la orilla oriental, a media legua de las murallas, como un viejo gigante dormido. Tenía una rueda enorme, cubierta de musgo, que giraba despacio movida por el agua; una chimenea torcida, un tejado cubierto de remiendos. Una lámpara ardía en una ventana alta. Eradan golpeó la puerta con un ritmo convenido: tres golpes, una pausa, dos golpes.

Mael abrió. Tenía el pelo más blanco, la espalda más encorvada y una cicatriz nueva en la frente. Pero sus ojos, los ojos cansados del molinero, brillaron al reconocerlos.

—Entrad. Rápido.

Los doce fueron llegando de uno en uno, durante casi una hora. El último en entrar fue Daren. Mael lo miró con una mezcla de afecto y desconcierto.

—¿Tú también?

—Yo también.

—Creí que habías muerto.

—Es lo que creía casi todo el mundo.

Mael no insistió. Los llevó a la bodega, bajo el molino, donde el rumor del agua llenaba el aire con un zumbido constante. Allí, entre sacos de harina y barriles de aceite, había cuatro catres de paja, una mesa, una lámpara. Y sentados alrededor de la mesa, con rostros tensos, otros siete hombres y mujeres, todos vestidos con ropas de campesinos, todos con el mismo aire de quien ha aprendido a escuchar el silencio.

—Esta es la gente de la ciudad —dijo Mael—. Los que no se rindieron.

Eran poco más que un puñado. Un zapatero, una tejedora, dos panaderos, un viejo maestro de escuela, una mujer que había sido capitana de la guardia, un niño de catorce

años al que Eradan reconoció de inmediato: Kian, que había regresado a Valandor antes que ellos, cruzando las líneas como una sombra.

—¿Cuántos más hay? —preguntó Eradan.

—Muchos —respondió la capitana—. No todos saben que existimos. Pero todos tocan la Puerta del Albor cuando pasan por delante. Es lo único que tienen.

—¿Y los Oídos?

—Están en todas partes. —Mael bajó la voz—. Por eso hablamos poco. Por eso cada uno solo conoce a otros dos. Por eso nos reunimos en el molino: porque aquí el ruido del agua tapa las palabras.

Eradan se sentó. Les contó, con pocas frases, lo que había ocurrido en Kilmarah. Escucharon sin interrumpir. Cuando terminó, el viejo maestro de escuela preguntó, con una voz quebrada por la emoción:

—¿Y el rey? ¿Está bien?

—Carga piedras.

El viejo sonrió. Sus ojos se humedecieron.

—Ya era hora.

* * *

MAEL ESPERÓ A que los demás durmieran para llevar a Eradan al pie de la rueda, donde el agua rugía y nadie podía oírlos.

—Hay algo que debo decirte antes de bajar.

—Te escucho.

—Los túneles están más vigilados de lo que pensaba. Hace dos semanas, Branoc duplicó las patrullas en las cisternas. No sé por qué.

—Porque está buscando algo.

—Sí. Pero ahora está buscando con más prisa. Como si alguien le hubiera dicho que el tiempo se acaba.

Eradan sintió un escalofrío.

—Mael. Las señales de las paredes. Tres cortes, un espacio, un corte, un espacio, tres cortes. ¿Son tuyas?

—No.

—¿De la gente de la ciudad?

—Tampoco. Se lo he preguntado a todos. Nadie sabe quién las hace. —Mael lo miró a los ojos—. Te lo juro por el molino de mi padre.

Eradan asintió.

—Te creo.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé.

Hubo una pausa. La rueda giraba con un rumor lento, constante, como el latido de un corazón enorme.

—Hay otra cosa —dijo Mael—. Esta mañana, antes de que llegarais, alguien clavó esto en la puerta del molino.

Sacó del bolsillo del delantal un pedazo de tela negra. Era pequeño, del tamaño de una mano. Estaba doblado con pulcritud. En el borde, bordada con hilo rojo, había una espiral.

Eradan lo tomó. Debajo de la espiral, cosida con puntadas finas, una sola palabra.

Bienvenidos.

—Lo vi al amanecer —dijo Mael—. No había nadie. Ni huellas. Ni ruido. Pensé que quizá lo habían dejado los soldados que vienen a buscar harina. Pero… —Dudó—. Creo que quien lo dejó sabía que veníais.

—Sí.

—¿Cómo?

Eradan cerró el puño sobre la tela. Pensó en la mirada baja de Daren en el arroyo. En la sonrisa del sargento del vado. En el ladrido de un perro que había sonado justo a tiempo. En Branoc, que hacía tres años enviaba exploradores mudos a los portones de la ciudad para que todos supieran que él lo sabía todo.

—Alguien le está contando nuestros pasos —dijo despacio—. Y no es cualquiera. Es alguien muy cerca de nosotros.

Mael palideció.

—¿Quién?

—Todavía no puedo decírtelo.

—¿Debo preocuparme?

—Debes dormir. Mañana bajaremos. —Eradan guardó la tela—. Y si alguien te pregunta, la bienvenida ha sido recibida.

Se separaron. Eradan volvió a la bodega, se tumbó en uno de los catres y escuchó durante mucho rato la respiración de los demás. Doce respiraciones. Una de ellas, pensó, era distinta. Más rápida. Más breve. La de alguien que no dormía.

CAPÍTULO XVI

Los túneles

LA ENTRADA ESTABA bajo la rueda.

Había que hundir los brazos en el agua helada, tantear la piedra del cauce hasta encontrar una argolla de hierro oxidada, tirar con las dos manos y esperar. Mael lo hizo antes del amanecer, con los dientes apretados. Una losa del tamaño de una mesa se deslizó hacia un lado con un chirrido sordo y dejó al descubierto una escalera estrecha que descendía hacia la negrura.

—Mi padre la descubrió por casualidad —susurró—. Se le cayó una herramienta al canal y, al buscarla, encontró la argolla. Nunca se lo dijo a nadie. Solo a mí, y me hizo jurar que no bajaría sin necesidad.

—¿Has bajado?

—Una vez. Hasta el primer recodo. Allí me dio miedo.

—¿De qué?

—No lo sé. —El molinero se pasó la manga por la cara mojada—. De que el silencio fuera demasiado perfecto.

Descendieron en fila, de uno en uno, con una antorcha apagada en la mano y una cuerda anudada entre todos. Orrin, el albañil, iba segundo; Eradan, primero. Mael se quedó arriba, con la mano en la argolla, mirándolos desaparecer. Cuando el último hubo bajado, volvió a deslizar la losa. Los doce quedaron solos en la oscuridad.

* * *

FUE un descenso interminable.

Los primeros doscientos escalones eran de piedra tallada, gastados en el centro por pies que habían caminado sobre ellos hacía cientos de años. Después, la escalera terminaba en una galería baja, de techo abovedado, por la que había que avanzar encorvado. Olía a barro, a humedad antigua, a metal. El único sonido era el goteo lejano del agua y el roce de las botas. Eradan contaba los pasos.

—Cien. Ciento cincuenta. —Su voz era un hilo—. Doscientos.

Habían acordado no encender luz hasta que fuera imprescindible. Cada uno avanzaba con una mano en el hombro del que iba delante. Lysa, a quien la oscuridad volvía más lúcida, memorizaba los giros: derecha, derecha, izquierda, escalera abajo. Sira se desplazaba sin ruido; Eryon podía oír su respiración tranquila, como la de un animal en su territorio. En la mitad de la fila, Daren avanzaba con la cabeza baja.

Pasada la hora, la galería desembocó en una sala inmensa.

Eradan se detuvo. Había un cambio en el aire: más frío, más amplio, con un eco profundo que devolvía cada ruido multiplicado. Orrin encendió una chispa con un pedernal. La llama diminuta reveló una columnata de piedra gris que se perdía en la oscuridad, y entre las columnas, a ras de suelo, un lago quieto, negro, con la superficie lisa como un espejo.

—La cisterna del sur —murmuró Daren—. La grande.

Su voz sonó distinta: había en ella una familiaridad inquietante. Eradan se volvió.

—¿La conoces?

—Hace veinte años trabajé en su limpieza. —Daren tragó saliva—. Se llenaba cada otoño, con las lluvias. Cuando el nivel subía demasiado, se abría una compuerta para desviar el agua. —Señaló hacia la derecha—. Allí. Pero esa compuerta lleva años sellada.

—¿Sabes cómo atravesarla?

—Por el borde. Hay una cornisa.

Era cierto. Casi invisible bajo el agua, pegada a la pared, corría una franja de piedra de un palmo de ancho. Avanzaron por ella apoyando la espalda en el muro, con el agua helada lamiéndoles los tobillos y el abismo a un paso. Daren iba delante, y se movía con una seguridad sorprendente. Eradan lo observaba con atención. Pensaba que un hombre que ha trabajado veinte años en un lugar lo recuerda en los huesos. Pensaba también que alguien que se ha propuesto traicionar, necesita conocer bien el terreno que traiciona.

A medio camino, Daren alzó una mano.

—Quietos.

Se detuvieron. Un instante después, a lo lejos, por la entrada opuesta de la sala, apareció una luz.

* * *

ERA UNA PATRULLA. Seis soldados con antorchas, avanzando en fila por la orilla opuesta. Hablaban en voz baja. Sus armaduras tintineaban. Uno de ellos llevaba una pala al hombro.

—Atrás —susurró Eradan.

Se pegaron a la pared. Las luces se acercaban, reflejadas en el agua. El corazón de Eryon latía con tal fuerza que temió que lo oyeran. A su lado, Taren contenía la respiración. Bran apretaba tanto los dientes que se oía el rechinar. Los soldados se detuvieron a veinte pasos, al otro lado de la cisterna. Uno de ellos levantó la antorcha y recorrió con la mirada la superficie del agua.

—No hay nada —dijo.

—Hoy es la zona tres —respondió otro—. Mañana, la cuatro.

—¿Y si encontramos algo?

—No encontraremos nada. Hace tres años que no encontramos nada.

—Dicen que Branoc está desesperado.

—Dicen muchas cosas. —El primero escupió al suelo—. Vamos. Que me aburre.

Se alejaron. La luz se redujo a un punto, desapareció. El silencio volvió a cerrarse sobre la cisterna.

Nadie se movió durante casi un minuto. Luego, muy despacio, Eradan se volvió hacia Daren. Sus ojos se encontraron en la penumbra.

—¿Cómo supiste que venían?

—Oí algo.

—No oí nada.

—Yo sí. —El veterano apartó la mirada—. Treinta años de guardia afinan el oído.

Eradan no replicó. Pero tomó nota. Había en aquellas palabras una certeza que no cuadraba con la excusa. Daren no había oído nada. Daren había *sabido*. Y saber, en aquel lugar y en aquel momento, era tan peligroso como cualquier arma.

* * *

PASARON LA CISTERNA, y después otra, más pequeña, y después una galería inundada hasta la cintura en la que el agua helada los obligó a avanzar con los brazos en alto. Más allá, el túnel se estrechaba hasta no ser más que una grieta por la que había que arrastrarse. Eradan la cruzó el primero, sintiendo la piedra raspándole el pecho. Al otro lado se incorporó y casi chocó contra una pared.

—Es un callejón sin salida.

—No puede ser —dijo Lysa, que había llevado la cuenta—. Aquí la galería debía seguir hacia la izquierda.

Orrin pasó la mano por la piedra. Después apoyó la oreja. Permaneció así unos segundos, con una expresión extraña.

—Esto no está bien.

—¿Qué?

—La bóveda. —El albañil retrocedió—. Está suelta. Alguien ha estado excavando cerca, y ha debilitado… —No terminó.

Se oyó un crujido. Seco, breve, como el de una rama al partirse. Todos levantaron la vista. En el techo, por encima de sus cabezas, se abrió una grieta negra que recorrió la bóveda de lado a lado.

—¡Atrás! —gritó Orrin.

Fue como si la montaña respirase. Una lluvia de polvo y piedras cayó sobre ellos, y detrás vino el resto: la bóveda entera cedió con un rugido, se vino abajo en una avalancha de piedra. Eradan sintió un golpe en el hombro, una mano que lo arrastraba, un torrente de tierra que le llenaba la boca. Todo fue oscuridad y estruendo. Después, un silencio denso, entrecortado por toses.

—¡Contaos! —tosió Eradan—. ¡Uno!

—¡Dos!

—¡Tres!

Contaron. Faltaban tres. Narek, Bran y Joren. Del otro lado del derrumbe, enterrado bajo la montaña de escombros, llegaba un golpeteo sordo, rítmico: alguien golpeaba la piedra con algo duro.

—¡Están vivos! —gritó Sira.

—¿Cuánto tiempo tienen?

—Poco —dijo Orrin, con el rostro blanco—. El aire.

Se lanzaron sobre las piedras. Taren, con sus manos enormes, levantaba bloques que otros tres hombres no habrían movido. Caelen empujaba con el hombro. Lysa y Eryon retiraban cascotes más pequeños. Orrin gritaba instrucciones: «¡Aquí no, que cede! ¡Apuntalad esa viga! ¡Despacio, despacio!». Durante casi una hora trabajaron sin hablar, sin descanso, con las manos sangrando. Hasta que, al fin, una piedra cedió y por el hueco asomó una mano.

Era la de Narek. Detrás de ella, la cara sucia de Joren, y detrás, la de Bran, con un hilo de sangre en la sien y una sonrisa temblorosa.

—Os habéis tomado vuestro tiempo —dijo Bran.

Los sacaron uno a uno. Se abrazaron en la oscuridad, jadeando, riendo con una risa nerviosa que se parecía mucho al llanto. Eradan apoyó la frente contra la pared fría y sintió cómo se le aflojaban las rodillas. Había estado a punto de perder a tres de ellos. Por una bóveda debilitada por los hombres de Branoc, que excavaban sin saber lo que hacían.

Fue entonces cuando Daren, que había permanecido de rodillas junto al derrumbe con las manos temblando, murmuró algo muy bajo. Eradan, que estaba a su lado, lo oyó. Eran cuatro palabras, dichas con una voz rota:

—Esto no debía pasar.

Y se llevó una mano a la boca, como si quisiera tragárselas.

* * *

CONTINUARON. NO HABÍA otra opción. El derrumbe había cerrado el camino de vuelta, y la única salida era hacia delante. Orrin, pálido, abrió la marcha con una linterna de aceite y una mano apoyada en las paredes. Detrás de él avanzaba Eradan, que había tomado de nuevo el ritmo de los pasos.

—Doscientos noventa. Trescientos. Trescientos diez.

Las paredes habían cambiado. Ya no eran de piedra áspera, sino lisas, pulidas por una mano paciente. El suelo, más regular. El techo, más alto. Era como si hubieran dejado atrás una obra urgente y entraran en otra hecha sin prisa, por gente que sabía que iba a durar siglos.

—Trescientos once. Trescientos doce.

Sus dedos, deslizándose por la pared, tocaron algo distinto de la piedra húmeda.

Se detuvo.

Detrás de él, el aliento de los otros se detuvo también.

Tres cortes. Un espacio. Un corte. Un espacio. Tres cortes.

Eradan no volvió a pronunciar palabra durante largo rato. Las marcas eran nuevas. Muy nuevas. Se podía palpar el borde afilado de la piedra recién abierta, y algunas virutas todavía no habían sido arrastradas por el aire. Alguien había estado allí poco antes. Alguien que no llevaba antorcha, o la llevaba muy lejos. Alguien que no tenía prisa.

Y justo debajo de las tres líneas, apenas perceptible, había otro signo, más pequeño, tallado con una precisión exquisita: un círculo abierto por un lado, como una boca que empieza una palabra.

La llave de hierro le ardía contra el pecho.

—Eradan —susurró Eryon, a su espalda—. ¿Qué es?

Eradan no pudo contestar. Siguió con la mano el camino de las marcas, que se repetían cada diez pasos, cada vez más claras, como migas dejadas por alguien que quiere ser seguido. Y comprendió que ya no estaban abriendo una puerta. Alguien los estaba guiando hasta ella.

CAPÍTULO XVII

La puerta que no se abre para los reyes

LAS MARCAS LOS condujeron durante una hora, a través de galerías cada vez más antiguas, hasta un corredor sin salida. Al fondo, iluminada por la linterna de Orrin, se alzaba una puerta.

No tenía nada de monumental. Era una hoja de hierro negro, del alto de un hombre, sin cerradura ni picaporte ni bisagras visibles, encajada en un arco de piedra tan lisa que parecía haber sido pulida por el agua. Pero cubría toda su superficie, de arriba abajo, un entramado de líneas finísimas, de espirales y de ramas, y en el centro exacto, a la altura del pecho, había una cavidad circular, abierta por un lado.

El mismo signo. Eradan se quedó mirándolo.

—Es esto —murmuró Lysa.

—Sí.

—¿Qué es?

—Una puerta.

—Eso ya lo veo —dijo Bran, sin disimular los nervios—. ¿Cómo se abre?

Eradan no respondió. Metió la mano en el bolsillo interior de su capa, junto al pecho. Sacó la llave de hierro. Los otros once guardaron silencio. Era la primera vez que la veían.

—Seis años —dijo Eradan, con la voz ronca—. La llevo conmigo desde que murió el viejo rey. Me la dio él. Con una frase que no he dicho nunca a nadie. —Respiró hondo—. «Hay una puerta debajo de Valandor que no se abre para los reyes. Se abre para quien sepa por qué debe entrar».

Hubo un silencio largo. Fue Caelen quien lo rompió.

—¿Y lo sabes?

—No.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Escuchar lo que me dicen estas paredes.

Se acercó a la puerta. Alzó la llave. Era del mismo tamaño que la cavidad del centro, y la insertó con cuidado en el hueco, donde encajó con un sonido seco. Eradan giró la muñeca. Nada.

—No funciona.

—Quizá falte algo —dijo Eryon.

Y en ese instante, desde el otro lado de la puerta, una voz de mujer, grave y clara, atravesó el hierro como si fuera papel.

—¿Por qué entráis?

Todos retrocedieron un paso. Taren desenvainó. Hal levantó el arco. Eradan se quedó inmóvil, con la mano todavía sobre la llave, y sintió cómo la sangre le golpeaba las sienes.

—¿Quién habla?

—Eso no es una respuesta.

—Estoy buscando…

—No te he preguntado qué buscas. Te he preguntado por qué entras.

Eradan cerró los ojos. Pensó en Arathor tendido en una cama, con la mano apretando la suya. Pensó en el niño que había cargado leña. Pensó en las cintas del fresno, en el silencio del valle blanco, en el nombre de una niña que nadie sabía dónde estaba. Pensó en lo que habría respondido un guerrero joven, seguro de sí mismo, ansioso por demostrar su valía. Y en lo que respondería un rey.

—No lo sé —dijo al fin.

Silencio.

—No sé por qué debo entrar —continuó—. Sé por qué no debería hacerlo. No para tener lo que hay dentro. No para usarlo. Ni para que otro lo use. Si hubiera venido a buscar poder, la puerta seguiría cerrada, y haría bien. —Se pasó la mano por la cara cubierta de polvo—. Sé que alguien quiere destruir lo que hay aquí. Y sé que, si eso ocurre, lo que Valandor recuerda de sí misma morirá con ella. Quizá eso no sea una razón. Pero es lo único que tengo.

Esperó. El corazón le golpeaba en el pecho. Los segundos se alargaron, pesados como piedras. Y entonces, muy despacio, la llave comenzó a girar sola. Se oyó un chasquido profundo, un rumor de engranajes que despertaban tras siglos de sueño. Las líneas del hierro brillaron con un resplandor tenue, casi dorado. Y la puerta, sin ruido, se abrió hacia dentro.

* * *

LO QUE HABÍA al otro lado no era una cámara. Era un mundo.

Eradan tardó en comprender lo que veía. Una inmensa sala subterránea, de una amplitud que no cabía en ninguna idea de cisterna, se extendía hacia lo alto en una sucesión de arcos y de bóvedas que se perdían entre sombras. Las paredes eran de roca viva, tallada en estanterías que ascendían como escaleras de gigantes, y en cada estante, apretados, alineados, cuidados con una devoción que parecía religiosa, había libros. Miles de ellos. Decenas de miles. Rollos de pergamino, volúmenes encuadernados en cuero oscuro, tablillas de arcilla, cajas de madera con inscripciones desvaídas. Lámparas de aceite ardían en los pilares, dando una luz suave y dorada. Por el suelo corrían finos canales de agua clara, que mantenían el aire fresco y húmedo, y que murmuraban entre las columnas como si el lugar respirase.

—Por los dioses —susurró Lysa.

Eryon dio un paso al frente. Sintió que las piernas no le respondían del todo. A la altura de sus ojos, grabado en el dintel de la primera estantería, había una inscripción en letras antiguas. La leyó en voz baja.

—«Aquí descansa lo que fuimos».

—Y también lo que no quisimos ser —dijo una voz.

Una figura salió de entre las sombras. Era una mujer muy anciana, tan frágil que parecía que el aire iba a quebrarla, de pelo blanco recogido en una trenza y ojos de un gris limpio. Vestía una túnica sin color, manchada de tinta, y en la mano sostenía un pequeño cincel de acero. Se apoyaba en un bastón, pero su espalda, increíblemente, estaba recta.

—Me llamo Maren —dijo—. Soy la Custodia mayor de este lugar. Y llevo seis años esperándote.

Eradan no encontró qué decir.

—Perdonad el recibimiento. —La anciana sonrió, y su rostro se llenó de arrugas amables—. Hace mucho que no hablamos con nadie que no esté muerto. Y hace todavía más que alguien respondía bien a la pregunta.

—¿Mi respuesta era la correcta?

—No existe respuesta correcta. Existe la honesta. Los que entran sabiendo exactamente por qué, rara vez saben lo que hacen. —Se acercó con pasos lentos—. Tu rey Arathor tampoco lo sabía. Vino aquí una sola vez, siendo joven, con su padre. Y lo único que dijo al salir fue: «No volveré. Pero vigilad que nadie más entre sin saber qué busca».

—Fue él quien me dio la llave.

—Lo sé. Me lo comunicó Oren.

Eradan sintió que una pieza encajaba. Oren. El viejo consejero que no había querido salir de la ciudad. *Alguien debe quedarse a recordar dónde están las cosas.* Había hablado literalmente.

—¿Oren es…?

—Nuestro ojo en la superficie. Quedamos pocos. Tres Custodios, para ser exactos, aunque yo soy la única que se mueve. Los demás ya no se levantan. —Maren dio un golpecito con el bastón en el suelo—. Fuimos más de cien, hace siglos. Una orden dedicada a una única tarea: guardar la memoria de Valandor. No la oficial. La verdadera.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Eryon.

La anciana lo miró con una ternura sorprendente.

—Que la oficial dice lo que los reyes quieren recordar. La verdadera dice lo que ocurrió.

* * *

LOS GUIÓ POR la sala sin prisa, con la lentitud de quien enseña un jardín. Los doce la seguían en fila, aturdidos, sin atreverse a tocar nada. Maren les explicó que cada rey de Valandor, durante ocho siglos, había confiado a los Custodios una copia de los registros de su reinado: los edictos, las leyes, los decretos, y también los otros documentos, los que

nunca se leían en público. Las cartas privadas. Los informes secretos. Los testimonios de quienes habían sufrido sus decisiones.

—Aquí no guardamos solo lo que hicieron bien —dijo—. Guardamos lo que hicieron mal. Con nombres, fechas y consecuencias.

Los condujo hasta un pasillo estrecho, flanqueado por volúmenes más gruesos que los demás, de lomos negros y números rojos. En el dintel colgaba una pequeña placa de bronce.

—*Los libros de las deudas* —leyó Lysa.

—Valandor tuvo una norma que casi nadie recuerda: cada decisión injusta debía dejar una anotación, para que alguna generación futura pudiera repararla. —Maren pasó los dedos por un lomo—. La mayoría de las páginas fueron respetadas. Algunas, no. Otras, se escondieron. Y otras —su voz se endureció— fueron causa de dolor que todavía no ha terminado.

—¿Por qué lo guardáis? —preguntó Caelen, con su rudeza de siempre—. Si es un registro de errores, enterradlo.

—Enterrarlo sería cometer otro.

—Sería evitar que alguien lo use.

—Y también evitar que alguien lo repare. —La anciana lo miró con firmeza—. Un reino que olvida sus faltas está condenado a repetirlas. Y un reino que las recuerda puede, al menos, intentar ser mejor. Eso es lo que hacemos. No juzgamos. No absolvemos. Conservamos. Y esperamos a que alguien con la conciencia limpia, o al menos lo bastante lúcida, vuelva a abrir estas páginas.

Eradan se había detenido ante una pared de estanterías más baja que las demás. Había un hueco: un espacio vacío donde debía haber un volumen. Maren lo vio.

—Sí —dijo—. Falta uno.

—¿Quién se lo llevó?

—Nadie. Lo trasladamos hace seis años, cuando murió Arathor y comprendimos que los tiempos se oscurecían. Lo escondimos más abajo. En una cámara que solo se abre desde dentro. —Hizo una pausa—. Es el registro del Invierno del Hambre. El más doloroso de todos.

—¿Qué ocurrió?

Maren miró hacia el techo, hacia las bóvedas de sombra.

—Eso lo sabrás cuando sea el momento. Antes debes entender otra cosa. —Se volvió hacia él—. Quien busca estas páginas no las quiere para conocerlas. Las quiere para borrarlas. O para que la ciudad no pueda borrarlas ella misma. Es la misma cosa vista desde dos lados.

—Branoc.

—No he pronunciado ningún nombre.

—Pero lo has pensado.

La anciana no respondió. Sus ojos, grises y limpios, brillaron con algo parecido a la compasión.

—Llevo tres años oyendo cómo excavan encima de mi cabeza —dijo, por fin—. Al principio me daba miedo. Después, rabia. Ahora solo me da pena. Quien busca con tanta furia algo que no entiende, debe de estar sufriendo mucho.

—Es un asesino.

—Es un hombre. Las dos cosas pueden ser verdad.

Eradan quiso replicar. No encontró las palabras. Una vez más, estaba frente a una mujer que no respondía a lo que él esperaba, sino a lo que él no se había atrevido a preguntar.

* * *

PASARON ALLÍ CASI toda la noche, o lo que a ellos les pareció noche, porque en el subsuelo el tiempo se estiraba. Maren los acomodó en una sala lateral, con jergones de paja y cuencos de sopa de legumbres. Comieron en silencio, mirando los libros, incapaces de asimilar todo lo que habían visto. Eryon se levantó antes que los demás y estuvo mucho tiempo recorriendo las estanterías sin tocarlas. En un rincón encontró a Daren.

El veterano estaba sentado en el suelo, con la espalda contra una columna y las manos entre las rodillas. Miraba fijamente una lámpara de aceite.

—¿No duermes?

—No puedo.

—¿Te ocurre algo?

Daren levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos.

—No debía existir esto. No debía existir nada de esto.

—¿Por qué?

—Porque… —Se pasó la mano por la boca—. Porque ahora todo es más difícil.

Eryon no lo entendió. Se quedó mirándolo, sin saber qué decir. Después, con la sencillez que a veces tienen los jóvenes, se sentó a su lado.

—Mi maestro dice que cuando algo es difícil, lo mejor es decirlo en voz alta.

Daren soltó una risa amarga.

—Tu maestro dice muchas cosas.

—Sí.

—Y casi todas son ciertas. Eso es lo peor.

Se miraron. En los ojos del veterano, Eryon vio algo que no había visto en nadie desde el día en que encontró al explorador moribundo en el camino: un terror desnudo, absoluto, que no tenía nada que ver con la guerra.

—Eryon —murmuró Daren—. Prométeme algo.

—¿Qué?

—Si alguna vez… si alguna vez tienes que decidir si perdonar a alguien o no… acuérdate de que a veces la gente hace cosas horribles porque no le han dejado otra salida.

—¿Qué has hecho, Daren?

El veterano no contestó. Se levantó con esfuerzo, se alejó entre las columnas y desapareció en la oscuridad de la sala. Eryon se quedó solo, con el corazón acelerado. No sabía por qué, pero tuvo la certeza de que acababa de recibir una confesión sin palabras. Y de que la conversación, de algún modo, no había terminado.

CAPÍTULO XVIII

La campana

LOS DESPERTÓ EL sonido de la piedra rompiéndose.

No fue un estruendo. Fue algo más sordo y más cercano: un golpeteo regular, metálico, que venía de algún punto por encima de sus cabezas, como si alguien llamara a la puerta del mundo con un martillo. Eradan abrió los ojos en la penumbra. Junto a él, Sira ya estaba de pie, con el arco en la mano y la cabeza inclinada.

—Excavan —susurró—. Muy cerca.

—¿Dónde?

—Al sur. Pared de la sala grande.

Maren apareció entre las columnas, con el bastón y la lámpara. No parecía asustada. Parecía triste.

—Llevan cuatro días acercándose. Hoy han llegado a la roca madre. —Miró a Eradan —. Os dije que no tardarían en venir. No dije que lo hicieran justo ahora.

—¿Cuánto tiempo?

—Horas. Quizá menos.

Eradan se puso en pie.

—¡Arriba todos!

La sala se llenó de movimiento. Los doce recogieron sus armas, se calzaron las botas, se ajustaron las capas. Eryon se acercó a la pared sur y pegó la mano a la piedra. Sintió cada golpe como un latido.

—Es una cuadrilla grande —dijo—. Veinte, treinta hombres.

—Y no vienen solos —añadió Caelen—. Siempre hay soldados con los zapadores.

—Necesitamos una decisión —dijo Lysa.

Todos miraron a Eradan. Él cerró los ojos un instante. A su espalda, en las estanterías, dormían ocho siglos de memoria. Delante, a través de unos pocos metros de roca, venía un hombre dispuesto a destruirla. No había tiempo para la prudencia. Pero tampoco para la imprudencia.

—Hay dos opciones —dijo—. Defender la puerta con las espadas, o esconder la puerta.

—Si luchamos, lo perdemos todo —dijo Maren.

—Y si la escondemos…

—Hay una manera —la anciana señaló la entrada—. Los Custodios la diseñaron para eso. Si se cierra desde fuera con la llave, la puerta se funde con la pared. Para cualquier ojo, no será más que roca. Pero debe cerrarla quien la abrió.

Eradan lo comprendió.

—Yo.

—Sí.

—Entonces la llave quedaría fuera.

—Contigo. —Maren lo miró con firmeza—. Y aquí dentro quedaríamos nosotros. Tres ancianos y un millar de libros.

—Si los soldados encuentran la roca…

—No la encontrarán. —La anciana sonrió—. Llevamos mil años aprendiendo a desaparecer.

—¿Y cómo saldremos?

—Por las cloacas del Albor. Hay un conducto que parte de la sala de los mapas. —Hizo una pausa—. Pero necesitáis un tiempo que no tenemos. Si los soldados descubren que alguien ha estado aquí…

—Tendremos que ganarlo —dijo Eradan.

Se volvió hacia el grupo.

—Necesito dos cosas. La primera: que alguien aleje a las patrullas de este sector. La segunda: que lo haga sin que sospechen que hay algo que esconder.

Hubo un silencio. Fue Eryon quien habló.

—La campana.

—¿Qué campana?

—La de la capilla de la cisterna. Orrin la mencionó ayer. —El joven se volvió hacia el albañil—. ¿Sigue ahí?

Orrin asintió, con aire pensativo.

—Una capilla pequeña, a unos quinientos pasos, hacia el este. La usaban los trabajadores de las cisternas para rezar. Tiene una campana de bronce, del tamaño de un perro.

—Si suena —dijo Eryon—, los soldados creerán que alguien ha entrado por allí. Irán a investigarlo. Se alejarán de aquí.

—Y los que toquen la campana quedarán expuestos —dijo Caelen.

—Sí.

—Es un suicidio.

—Es un plan.

Eradan miró a su discípulo largamente. Tenía el rostro ceniciento, los ojos brillantes, la mandíbula apretada. Era el rostro de un hombre que ha tomado una decisión y sabe lo que cuesta.

—Iré contigo —dijo Taren.

—Y yo —añadió Bran.

—No.

Todos se volvieron hacia Eradan.

—Irá Eryon. Con Taren y Bran. Nadie más. —Se aproximó a su discípulo—. Tocáis la campana, y os retiráis por el túnel este. No os enfrentáis a nadie. No os dejáis ver.

—Entendido.

—No hay gloria en esto.

—Lo sé.

—Es la tercera vez que te lo digo, y la tercera que me respondes que lo sabes. —Eradan le puso las manos en los hombros—. Vuelve.

—Volveré.

—No me lo prometas. Hazlo.

* * *

LOS TRES JÓVENES se deslizaron por el corredor este con la antorcha apagada. Taren abría la marcha, con su corpulencia silenciosa; Bran cerraba, con el arco en la mano. Eryon iba en medio, contando los pasos que Eradan le había enseñado a contar. El golpeteo de los zapadores se oía cada vez más débil. Pronto no se oyó nada más que el goteo del agua y el roce de las suelas.

La capilla era un cuarto pequeño, de bóveda baja, con un altar de piedra desnuda y un nicho en la pared donde alguien había depositado, cientos de años antes, una pequeña imagen que el tiempo había borrado hasta dejar solo un óvalo vacío. Colgando de una viga, atada con una cadena oxidada, estaba la campana: un cuenco de bronce verdoso, con una lengua de hierro y una inscripción ilegible.

—¿Quién la toca? —susurró Bran.

—Yo —dijo Eryon.

—Déjame…

—Soy el escudero. Es mi tarea.

No lo era. Pero ninguno lo contradijo.

Eryon agarró la cadena. Respiró hondo. Pensó en Eradan, que le había enseñado a esperar; en Ardanthor, que había aprendido a escuchar; en Daren, con sus manos temblorosas. Pensó en la niña a la que nunca había visto, la que su maestro nombraba sin saber que lo hacía. Y tiró.

El bronce gimió. El sonido se extendió por las galerías como una piedra lanzada a un lago, rebotó en los muros, se multiplicó, volvió. Una vez. Dos. Tres. Por encima, en algún lugar de la ciudad, un oficial dejó caer la cuchara. Un soldado levantó la cabeza. Una patrulla se detuvo en seco.

—¡Fuera! —gritó Taren.

Salieron corriendo. Detrás de ellos, el eco de la campana seguía vibrando en las bóvedas como un animal herido. Cruzaron la galería, doblaron a la izquierda, descendieron una pequeña escalera. A su espalda, ya, oían voces. Botas. Armaduras que tintineaban.

—¡Allí abajo! ¡Han tocado la campana!

—¡No pueden haber ido lejos!

Bran disparó una flecha hacia atrás, a ciegas. Alguien gritó. Siguió corriendo. Taren tropezó, cayó de rodillas, volvió a levantarse. Eryon lo ayudó. Una sombra apareció delante, al final del pasillo: un soldado joven, de unos veinte años, que sostenía una antorcha en una mano y una espada en la otra. Los tres se detuvieron en seco. El soldado los miró. Tenía los ojos muy abiertos, y las manos le temblaban.

—¡Alto!

Eryon dio un paso. Levantó la espada. Pensó: *Un solo golpe. Es rápido. Es limpio.* El soldado retrocedió. Era un muchacho. Un muchacho con miedo, que había sido arrancado de su casa para servir a un hombre al que probablemente nunca había visto.

—Apártate —dijo Eryon.

—No puedo.

—Apártate o…

—No puedo —repitió el soldado, con la voz quebrada—. Si no os detengo, me matan.

Eryon lo miró a los ojos. No pudo hacerlo. *Una espada pesa más cuando sabes lo que puede hacer.* Envainó. Retrocedió un paso.

—Dame la antorcha.

—¿Qué?

—Dámela.

El soldado dudó. Tendió la antorcha. Eryon la tomó, y con un movimiento brusco la arrojó contra el techo, a una cornisa de madera podrida. Las llamas se extendieron al instante, y una cortina de humo negro llenó el pasillo.

—¡Corred! —gritó.

Atravesaron el humo tosiendo. Detrás, el soldado quedó clavado en su sitio, mirando las llamas, con los ojos llenos de lágrimas, sin comprender del todo lo que acababa de ocurrir. No dio la alarma. No señaló el camino. Cuando por fin aparecieron sus compañeros, preguntó con voz hueca: «¿Han… han pasado por aquí?». Y señaló, sin saber por qué, en la dirección opuesta.

* * *

ERADAN LOS ESPERABA en la sala de los mapas, con la respiración contenida. Había sellado la puerta de los libros. Maren, con una última mirada a los estantes, había sonreído. «Aquí estaremos», dijo, y la hoja de hierro se había fundido con la pared hasta ser indistinguible de la roca. Cuando Eradan retiró la llave, sintió algo dentro de sí que no sabía nombrar: una mezcla de alivio y de pérdida, como cuando se cierra un libro que uno no está seguro de volver a abrir.

Los tres jóvenes llegaron corriendo, cubiertos de ceniza. Taren tenía un corte en la mejilla. Bran, la manga rota. Eryon, el rostro negro de humo y una expresión que Eradan no le había visto nunca: la de alguien que ha cambiado de edad en un solo cuarto de hora.

—¿Estáis enteros?

—Sí.

—¿Os vieron?

—Uno nos vio. —Eryon tragó saliva—. Era un muchacho. No lo maté.

Eradan lo miró en silencio.

—¿Por qué?

—Porque no lo necesitaba.

—¿Y si había avisado?

—No lo hizo.

—Eso no lo podías saber.

—No. —Eryon alzó la barbilla—. Pero tampoco podía saber que no lo haría si lo mataba.

Se miraron. En aquella respuesta había algo que Eradan había tardado años en aprender, y que su discípulo había comprendido en un instante. No sintió orgullo, ni alegría. Sintió una especie de respeto que no tenía nombre.

—Bien —dijo. Fue lo único que pudo decir.

Se oyó un rumor lejano: los zapadores, a sus espaldas, habían reanudado el trabajo en la pared sur. Pero ya no importaba. No encontrarían nada, salvo roca. Las patrullas de la capilla, confundidas por el incendio y el eco, estaban dispersándose por las galerías del este.

—Vamos —dijo Eradan—. Aún tenemos que llegar al Albor antes del amanecer.

Echaron a andar por el conducto que Maren les había indicado, un túnel estrecho y bajo, apenas iluminado por la luz verdosa de unos líquenes. Caminaron en fila, en silencio, durante casi una hora. Al final, Eryon se acercó a su maestro.

—Eradan.

—Dime.

—Alguien les dijo dónde buscar.

—¿Cómo?

—Los zapadores. —Eryon bajó la voz—. Llevan tres años excavando por toda la ciudad. Y justo ahora, justo cuando llegamos, golpean la pared exacta de la biblioteca. No es casualidad.

—No.

—Tenemos un traidor.

Eradan no dijo nada. Pero se volvió, con lentitud, y miró hacia atrás. Detrás de ellos, a diez pasos, caminando entre Caelen y Joren con la cabeza gacha y las manos fuertemente apretadas contra el pecho, avanzaba un hombre de espaldas anchas y paso cansado.

Por un instante, Daren levantó la mirada y se encontró con la suya. Y Eradan comprendió que no hacía falta acusarlo. Hacía mucho que ambos sabían lo que ocurriría cuando llegara la hora de hablar.

CAPÍTULO XIX

El traidor

EL CONDUCTO DESEMBOCABA en una cripta seca, bajo la Puerta del Albor.

Era una cámara baja y circular, de techo abovedado, donde en otro tiempo se habían guardado las provisiones de la guarnición oriental. Ahora solo quedaban barriles podridos, cadenas sueltas y un olor a moho y a hierro. Por una rendija de la bóveda se filtraba un hilo de luz gris. Arriba, a través de la roca, llegaba el rumor sordo de la ciudad que despertaba: ruedas de carros, voces, una campana lejana. Valandor vivía, a pocos metros de ellos, ajena a todo.

—Aquí descansaremos hasta la noche —dijo Eradan—. Nadie hablará en voz alta. Nadie encenderá fuego.

Los once se desplomaron entre los barriles. Taren se quedó dormido en el acto. Lysa sacó su cuaderno y, a la luz del hilo gris, empezó a dibujar un plano de lo que habían recorrido. Hal vigilaba la salida del conducto con el arco sobre las rodillas. Y Daren, apartado, sentado en el suelo con la espalda contra la pared, miraba sus propias manos.

Eradan se acercó.

—Levántate.

El veterano alzó la cabeza.

—Vamos a hablar —dijo Eradan—. Tú y yo. Y ellos —señaló con un gesto a Caelen, que se había levantado a su vez— van a oírlo.

Un silencio absoluto cayó sobre la cripta. Taren abrió los ojos. Eryon, que dormitaba junto a una columna, se incorporó de golpe. Daren se levantó despacio, apoyando una mano en la pared. Estaba muy pálido.

—Hace tiempo que lo sabes.

—Lo sospecho desde la puerta sur. Lo supe en el vado.

—¿En el vado?

—El sargento del parche. Nos dejó pasar con una espada a la vista. Un hombre que cumple su deber no deja pasar eso. Un hombre que ha sido avisado, sí.

Daren bajó la cabeza.

—Se llama Ferro —murmuró—. Es el enlace de los Oídos en el vado.

Caelen dio un paso adelante. En su rostro la rabia contenida se había vuelto una calma terrible.

—¿Tú abriste la puerta?

—Sí.

—¿Tú envenenaste a tus hombres?

—Sí.

—¿Tú has estado contando a Branoc cada cosa que hemos hecho durante estos tres años?

—No todo. —La voz del veterano se quebró—. Pero lo suficiente.

El puño de Caelen se alzó. Eradan lo detuvo con una mano.

—Todavía no.

—¡Mató a cientos de los nuestros!

—Lo sé.

—¡Hal, tú perdiste los dedos por su culpa!

—Lo sé —dijo Hal, con una voz sin color. No había bajado el arco, pero tampoco apuntaba.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—A que hable.

Caelen retrocedió un paso, jadeando. Eradan se volvió hacia Daren.

—Cuéntalo. Todo. Desde el principio.

* * *

EL VETERANO SE dejó caer de rodillas. Durante unos instantes pareció que no podría hablar. Después, mirando al suelo, comenzó.

—Tengo una hija. Se llama Mira. Tenía nueve años cuando empezó el cerco. La mandé a la granja de unos primos, a una jornada al sur. Pensé que estaría a salvo. —Tragó saliva—. Una noche, a las dos semanas, un hombre me esperó en la puerta del cuartel. No llevaba armas. Me dijo que venía de parte de Branoc. Y me entregó esto.

Sacó de entre sus ropas la pequeña muñeca de madera sin rostro. La sostuvo con las dos manos, como un objeto sagrado.

—La había hecho yo. Con un cuchillo, un invierno, para su cumpleaños. Ella no se separaba de ella. No dormía sin ella. —Sus dedos temblaban—. El hombre dijo: «Tu hija está bien. Come, duerme, juega. Pero seguirá estando bien solo mientras tú hagas lo que se te pida».

—¿Y qué te pidieron? —preguntó Eradan.

—Primero, información. Pequeñas cosas: cuántos hombres tenía la puerta, cuándo cambiaba la guardia, cuánta comida quedaba. Creí que no importaban. Creí que Branoc ya lo sabía todo. —Una risa seca, sin alegría—. Luego, el rastrillo. La última noche. «Cuando todo esté dispuesto, la puerta debe abrirse». Me dijeron que no habría muertos. Que Branoc quería la ciudad, no la sangre. Que a los civiles los dejarían salir.

—Mintieron.

—Lo supe cuando vi cómo corrían los hombres por las calles. —Daren se cubrió la cara con las manos—. Pero ya era tarde.

—¿Y tu hija?

—Dijeron que me la devolverían el día de la caída. No lo hicieron. Dijeron que después, cuando Valandor estuviera tranquila. Después, cuando yo les fuera todavía útil. Cada mes, un mensajero me traía noticias de ella. Una carta. Un dibujo. Un mechón de pelo. —La voz se le rompió del todo—. Siempre era un poco más difícil de soportar.

Se hizo un silencio. Nadie se movía. La luz gris de la rendija caía sobre las espaldas de los doce, que escuchaban sin respirar. Eryon tenía los ojos húmedos. Eradan, no.

—¿Cuánto sabe Branoc de nosotros?

—Todo lo que yo sabía.

—¿Qué es?

—Que veníamos a Valandor. Que éramos doce. La fecha en que partíamos. El molino de Mael. —Hizo una pausa que pareció durar un siglo—. Y que llevabas una llave.

Eradan sintió el golpe como si lo hubiesen golpeado en el pecho.

—¿Qué llave?

—La del cuello. La de hierro. La que sacas por las noches junto al fuego. —Daren lo miró por primera vez—. Te vi en el puente, la víspera de partir. Se la conté al enlace del vado la última vez que le hablé. No sabía lo que significaba. Pero Branoc…

—Branoc sí.

—Dijo que entonces la puerta existía. Que llevaba tres años buscando una cerradura sin saber que la llave seguía viva. —Se encogió—. Desde entonces ordenó duplicar las excavaciones. Por eso los zapadores golpearon justo donde lo hicieron. No fueron las huellas. Fue mi palabra.

Eryon dio un paso al frente.

—Entonces, la campana…

—No pudo salvarnos del todo. Pero ayudó. Ahora los zapadores buscan en el lugar equivocado.

—Y tú, ¿por qué viniste? —preguntó Eryon, con una dureza que le era ajena—. Si sabías que nos entregabas, ¿por qué no te quedaste en Kilmarah?

Daren sostuvo su mirada.

—Porque no podía seguir viviendo así. —Su voz fue un susurro—. Cada noche me decía: mañana lo cuento todo. Mañana me arrodillo ante él. Y cada mañana volvía a verlo a él, a Eradan, y no me atrevía. Porque él nunca me preguntó. Me miraba. Y sabía. Y seguía poniéndome delante. Como si todavía quedara algo en mí que valiera la pena salvar.

Eradan lo escuchaba sin moverse. Se hizo un largo silencio.

—Tu culpa es real —dijo al fin—. Los muertos que cayeron en las calles, la ciudad que ardió. Eso no se borra.

—Lo sé.

—Pero tu miedo también es real. No te absuelve. Te explica.

Daren cerró los ojos. Una lágrima le resbaló por la mejilla sucia.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Caelen soltó una risa corta y dura.

—¿Qué vas a hacer? Lo mismo que se hace con cualquier traidor.

—No es cualquier traidor —dijo Eradan.

—Es el que vendió a Valandor.

—Es el que vendió a Valandor para salvar a su hija. —Eradan se volvió hacia él con una severidad que lo hizo retroceder—. Dime, Caelen. Dime con la mano en el pecho que tú, en su lugar, habrías aguantado.

El capitán abrió la boca. No encontró la respuesta. Bajó la cabeza.

—No lo sé.

—Yo tampoco —dijo Eradan—. Y por eso no voy a juzgarlo como si lo supiera.

—Entonces, ¿lo dejas libre? —preguntó Hal.

—No. No es libre. Ningún hombre lo es mientras carga lo que él carga.

Eradan se agachó hasta quedar a la altura de Daren. Le puso una mano en el hombro.

—Escúchame bien. No voy a matarte. Tampoco voy a ocultar lo que has hecho. Pero te daré una elección. Una sola. —Hizo una pausa—. Puedes seguir como hasta ahora, con el miedo y la mentira, y acabarás destruido. O puedes ayudarnos a deshacer lo que hiciste.

—¿Cómo?

—Branoc cree que volverás con noticias. Tiene a Ferro esperando en el vado. Tiene a su enlace en el cuartel. Cuando llegue el momento, le dirás lo que yo te diga que le digas.

—Y si me descubren…

—Entonces será él quien decida lo que hace con tu hija. —Eradan sostuvo su mirada —. No te prometo salvarla. Te prometo intentarlo con todo lo que tengo.

Daren lo miró largo rato. Después, despacio, asintió.

—¿Y si vuelvo a fallar?

—No lo sabrás hasta que lo hagas.

—Eso no me da confianza.

—No debe dártela. Debe darte la oportunidad.

Se incorporó. Se volvió hacia el grupo.

—Nadie lo toca. Nadie lo maltrata. Pero nadie lo pierde de vista. Caelen, tú lo acompañas. Y lo que vaya a decir a Branoc, lo diremos juntos.

—¿Y si miente?

—Entonces tú lo sabrás antes que yo.

Caelen miró a Daren. Hubo una larga tensión entre los dos hombres. Después, con un gruñido, hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien. Pero si me traiciona…

—Entonces habrá sido un error mío, no tuyo.

* * *

MAEL HABÍA VACIADO el molino la noche anterior. Eradan se lo había pedido antes de que bajaran, con voz tranquila, sin explicaciones: «Cuando nos vayamos, que nadie quede. Ni tú. Ni el niño». El molinero había obedecido. Cuando, al amanecer, los soldados de Branoc rodearon el edificio, alertados por el mensaje de Daren, encontraron una rueda

girando sola y una bodega vacía. Mael y los suyos ya estaban en un granero de las afueras, con la capitana de la guardia, el viejo maestro y Kian.

Eradan lo supo por una señal que llegó a la cripta esa tarde: un trozo de pan, introducido por una grieta entre las piedras, con una pequeña llave de hueso incrustada en la miga.

—Han llegado al molino —dijo Lysa, leyendo el mensaje que acompañaba al pan—. No encontraron a nadie.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Eryon.

—No lo sabía. Lo sospechaba. —Eradan miró hacia Daren, que dormía por fin, vencido por el agotamiento, con la cabeza apoyada contra un barril y la muñeca de madera apretada en el pecho—. Y cuando uno sospecha, lo mejor es obrar como si ya fuera verdad.

—Podrías haberle dicho antes que lo sabías.

—No. Un hombre que confiesa cuando lo acusan no se libera. Un hombre que confiesa cuando comprende que podría seguir sin hacerlo, sí.

Eryon calló. Durante un rato oyeron en silencio la respiración de Daren, el goteo del agua, el rumor lejano de Valandor.

—Maestro.

—¿Sí?

—¿Es cierto que la culpa y el miedo pueden ir de la mano?

—Casi siempre.

—Entonces, ¿cómo se distingue entre lo que uno hizo por debilidad y lo que hizo por maldad?

Eradan tardó en responder. Miró hacia arriba, hacia la rendija por donde se colaba una tira de luz amarilla: el sol ya declinaba sobre las murallas.

—Por lo que hace después —dijo—. La maldad se esconde. La debilidad, cuando por fin ve lo que ha hecho, duele. Y a veces repara.

Aquella noche, mientras la ciudad dormía sobre sus cabezas, doce hombres y mujeres se prepararon para lo que vendría. Sabían que Branoc esperaba verlos salir por las cisternas del sur, a medianoche, tal como lo anunciaba el mensaje de Daren, dictado palabra por palabra por Eradan y dejado esa misma tarde, bajo la vigilancia de Caelen, en el escondrijo que el veterano usaba con el enlace del cuartel. Sabían que, mientras sus tropas se concentraban en un lugar, otro quedaría desguarnecido. Y sabían, sobre todo, que al amanecer, cuando la luz tocara por primera vez las piedras más antiguas de Valandor, la puerta que nadie había abierto en tres años volvería a girar sobre sus goznes.

La Puerta del Albor. La que se abría, según la costumbre, para quien llegaba sin armas.

PARTE V

LA PUERTA DEL ALBOR

CAPÍTULO XX

Branoc

BRANOC LLEVABA CUARENTA años aprendiendo a esperar, y esa noche, en las cisternas del sur, la espera le sabía por primera vez a ceniza.

Estaba sentado en un taburete de campaña, al borde del agua negra, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Alrededor, entre las columnas, mil doscientos hombres respiraban sin hacer ruido: arqueros en las cornisas, lanceros ocultos tras los pilares, zapadores con las palas apoyadas contra la pared. Habían apagado las antorchas. Solo ardía, a su lado, una lamparilla de aceite del tamaño de un puño, cuya llama temblaba con cada soplo de aire. Era un hombre de mediana estatura, delgado, de cincuenta años, con el pelo gris cortado al rape y unos ojos claros que casi nunca parpadeaban. Vestía una simple casaca oscura, sin insignias. Ninguno de sus soldados lo había visto jamás levantar la voz.

—Medianoche, señor —murmuró Visk, a su derecha.

—Lo sé.

—Todavía no han llegado.

—Lo sé.

Visk calló. Era alto, de sonrisa fija, de dientes pequeños y regulares, y llevaba tantos años al servicio de Branoc que había aprendido a distinguir los silencios de su señor como un marino distingue los vientos. Aquel era un silencio de duda. Y la duda, en Branoc, era un animal raro.

—El mensaje era claro —dijo Visk—. Daren lo dejó en el escondrijo. Eradan y los doce emergerán por la cisterna sur a medianoche. Con la llave.

—Con la llave —repitió Branoc, y su voz, por un instante, se quebró de un modo casi imperceptible.

* * *

ORM YA NO figuraba en ningún mapa.

Había sido una aldea de trescientas doce almas, en un valle estrecho al este de las montañas, donde crecían cebada y cerezos silvestres. Un pueblo de pastores y leñadores, sin murallas, sin ejército, sin otra historia que la de sus abuelos. En tiempos de abundancia, enviaba queso y lana a las ferias de Valandor. En tiempos de escasez, como cualquier aldea del reino, esperaba que Valandor enviara trigo.

Aquel invierno no lo envió.

Branoc tenía nueve años. Recordaba con una nitidez que le cortaba el aliento cada detalle: la nieve cayendo desde octubre; los graneros vacíos en diciembre; las ovejas sacrificadas una a una; los viejos que dejaban de comer para que comieran los niños; el crujido de la corteza de abedul, hervida, que los mayores repartían en cuencos. Su madre, flaca como una rama, lo había envuelto en una manta y lo había llevado a pie hasta Valandor, doce días de camino, entre ventiscas. Con otras veinte familias, con sus hijos en brazos, con la certeza de que una ciudad como aquella no cerraría sus puertas a quien moría de hambre.

La Puerta del Albor estaba cerrada.

Recordaba al guardia. Un hombre joven, con la nariz roja de frío, asomado a una tronera. Recordaba que no parecía cruel. Parecía incómodo. «No hay órdenes», dijo. «El rey ha decidido que los graneros son para la ciudad». Su madre, de rodillas en la nieve, le había suplicado. El guardia había mirado hacia otro lado. Había dicho: «Lo siento. De verdad lo siento». Y no había abierto.

Su madre murió tres días después, junto a un camino, con la cabeza sobre sus rodillas. Branoc la veló durante una noche entera sin llorar. Cuando amaneció, la nieve la había cubierto casi por completo, y él no supo si seguía allí o si la había soñado. Un arriero lo encontró a la mañana siguiente. Lo llevó al sur, a otra provincia, lo dio a una familia de curtidores. Nunca volvió a Orm. Años después, cuando por fin tuvo dinero y hombres para hacerlo, encontró en su lugar un campo de maleza, un puñado de muros caídos y un cementerio sin nombres.

Y lo peor no era eso.

Lo peor llegó a los diecinueve años, en el taller de un copista de Nareth, cuando un viajero le mostró por azar un viejo libro de cuentas arrancado de los archivos de Valandor. Entre columnas de cifras y fechas, una anotación escrita con letra apretada: *Orm. Trescientas doce almas. Provisiones insuficientes para las dos poblaciones. Pérdida aceptable.*

Branoc leyó aquellas tres palabras once veces. Después salió a la calle, caminó hasta que salió el sol, y se sentó en un puente con la cabeza entre las manos. No lloró. Lo que sintió no tuvo nombre. Fue como si le hubieran arrancado, con unas tenazas, una parte de sí que ni siquiera sabía que seguía viva.

Pérdida aceptable.

Desde aquel día, supo qué haría con su vida.

* * *

NO SERÍA RÁPIDO. Los hombres que se lanzan sobre sus enemigos con rabia mueren pronto, y él necesitaba vivir. Aprendió el oficio de las armas, pero sobre todo aprendió el de la paciencia: la manera de obtener que otros hicieran lo que uno deseaba sin que lo notaran; la de reunir pequeñas deudas, pequeñas confidencias, pequeños miedos, hasta formar una red que lo escuchaba todo y no hablaba nunca. Se hizo mercader. Después,

prestamista. Después, señor de caravanas. Después, sin que nadie recordara cuándo, comandante de hombres que le obedecían sin saber por qué.

Descubrió que el miedo es una moneda extraordinaria. Que se paga una sola vez y rinde para siempre. Que un hombre aterrado, si uno lo trata con exquisita amabilidad, se convierte en un devoto. Que un reino con dudas es más fácil de tomar que un reino con murallas. Por eso enviaba exploradores mudos, y por eso ofrecía rendiciones corteses, y por eso había esperado diecisiete días antes de ordenar a Daren que abriera la puerta. No quería vencer a Valandor. Quería que Valandor entendiera, lentamente, lo que era ser olvidada.

Porque eso era lo que no podía perdonar. No la muerte de su madre; las madres mueren. No el hambre; el hambre existe. Lo que no podía perdonar era la anotación. Aquellas tres palabras escritas por alguien que había sabido, que había calculado, y que después había seguido su vida con la conciencia tranquila porque la cifra estaba en un libro y los libros se guardan en estantes y los estantes nadie los lee.

Quería los archivos. Los quería para quemarlos. Todos. El libro de cuentas, las anotaciones, los registros, las crónicas, las leyes, los nombres, las fechas. Quería que dentro de cien años nadie supiera que había existido una ciudad llamada Valandor, que alguien había confiado en ella, que ella había cerrado una puerta. Quería que fuera una aldea sin nombre, un campo de maleza, un cementerio sin lápidas. Quería, en el fondo, no tanto destruirla como devolverle exactamente lo que ella le había hecho.

Y entonces, una noche de hacía tres años, en la sala del trono de Ardanthor, había encontrado la corona.

Estaba en el asiento de piedra, sola, un poco inclinada, como si alguien la hubiera depositado con cuidado. No había tocado nunca aquel objeto. Ni lo haría. Cada vez que cruzaba la sala sentía que el metal lo observaba con una calma insoportable, y que en aquel simple gesto del rey fugitivo había algo que él no comprendía y que lo humillaba más que cualquier derrota. Ardanthor no había huido con su símbolo. Lo había dejado. Y Branoc, que había cambiado el curso de reinos enteros, no sabía qué hacer con una corona abandonada.

* * *

—SEÑOR.

Visk había hablado en voz muy baja. Branoc volvió a la cisterna, a la oscuridad, al taburete.

—Dime.

—Es muy tarde. Ya deberían haber salido.

—Sí.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. —Branoc miró el agua inmóvil—. Hay algo que no me gusta.

—¿El mensaje?

—El mensaje es perfecto. Y los mensajes perfectos son los más sospechosos.

Visk frunció el ceño.

—Daren tiene a su hija.

—Lo sé.

—No se atrevería a engañarnos.

—Los hombres que no se atreven a nada suelen ser los que más se atreven cuando ya no les queda nada que perder. —Branoc se puso de pie despacio—. Eradan lo sabe. Siempre lo supo. Y a pesar de eso se ha traído a Daren hasta aquí. Eso no lo hace un hombre que ignora lo que hace.

—¿Qué sugerís?

—Que nos han mentido.

—Entonces, ¿dónde…?

Una campana sonó a lo lejos. Una sola vez, grave, apagada por la distancia y por mil metros de piedra. Branoc levantó la cabeza.

—¿Qué es eso?

—Es la campana del Albor, señor. —Un soldado había llegado corriendo desde las galerías superiores, sin aliento—. Alguien… alguien la está tocando.

—¿Quién?

—No lo sabemos. Los guardias de la puerta no responden.

Branoc cerró los ojos. Tardó un instante en comprender del todo. Cuando los abrió, había en su cara una expresión que Visk no le había visto jamás: no era ira. Era una especie de asombro sereno, casi respetuoso.

—Han ido al Albor.

—Es imposible. Allí solo hay cuarenta hombres.

—Sí. —Una sonrisa leve, helada, le cruzó los labios—. Cuarenta hombres. Y yo, aquí, con mil doscientos, mirando un lago.

Se volvió hacia sus oficiales. Su voz, siempre tranquila, tenía ahora un filo nuevo.

—Todos a la superficie. Ahora. Quiero a los arqueros en las murallas del este y a la caballería en la plaza.

—¿Y los zapadores?

—Que sigan. —Branoc miró hacia la pared sur, donde aún resonaba, lejano, el golpeteo de las palas—. Esa puerta existe. Y la llave está en la ciudad. Ya no necesito esperar a que me la traigan.

Se alejó entre las columnas, con la capa oscura ondeando tras él. Antes de salir, se detuvo una última vez y miró hacia atrás, hacia las aguas negras, como quien se despide de un lugar donde ha esperado demasiado tiempo.

—Hoy —dijo en voz muy baja, sin saber a quién hablaba—. Hoy, por fin.

CAPÍTULO XXI

La Puerta del Albor

HABÍAN ACORDADO EL plan con Ardanthor antes de partir, a la sombra del puente, sin más testigos que el río.

—Esperadnos en las colinas del este —había dicho Eradan—. Al nordeste de las murallas, a una legua. Sin fuegos ni ruido. Si en diez días no hay señal, volved a Kilmarah y olvidadnos.

—¿Qué señal?

—La campana del Albor.

—Si suena, ¿qué hago?

—Marcháis. Todos. Sin armas.

Ardanthor lo había mirado con asombro.

—¿Cuatro mil personas desarmadas, hasta las puertas de una ciudad sitiada?

—Es la costumbre más antigua de Valandor. La puerta del Albor se abre solo para quien llega con las manos vacías. Branoc lo sabe y lo desprecia. Pero sus soldados no lo saben todo. Y su pueblo, el nuestro, lo recuerda mejor de lo que cree.

—¿Y si no abre?

—Entonces habréis hecho el camino para nada. —Eradan sonrió con cansancio—. Pero preferiría morir esperando una puerta que vivir sin haberla intentado.

Y allí estaban ahora, en las colinas del este, cuatro mil doscientas personas ocultas entre los árboles desde hacía dos noches, con el estómago vacío y el corazón en la garganta, esperando un sonido que quizá nunca llegara.

* * *

LOS DOCE EMERGIERON de la cripta a las doce y cuarto de la noche.

Una escalera de caracol, estrecha y oscura, ascendía desde la cámara hasta el interior de la torre del Albor. Eradan la subió el primero, con la espada en la mano y la mirada fija en el hilo de luz que se filtraba por una trampilla. A su espalda, los otros avanzaban sin respirar. Sira se pegó a la madera. Escuchó. Dos voces, una risa corta. El choque de unas fichas sobre una mesa.

—Doce —susurró—. Quizá quince.

—¿Alerta?

—Aburridos.

—Perfecto.

Eradan empujó la trampilla. Entraron como el agua entra por una grieta.

No hubo gritos. No hubo estruendo. Los soldados de la guardia nocturna, seis de ellos sentados alrededor de una mesa con una jarra de vino, no tuvieron tiempo de gritar. Taren los derribó de dos golpes con la empuñadura de su espada; Caelen sujetó al tercero contra la pared, con la mano en la boca; Hal, con una calma de cazador, apuntó al cuarto con la flecha en el arco y le indicó con un gesto que no se moviera. El quinto se rindió. El sexto se desmayó sin que nadie lo tocara.

—¿Y los demás? —preguntó Eryon.

—Arriba. En los dormitorios.

Avanzaron por la torre, planta por planta, con una limpieza que habría asombrado a cualquiera que los hubiera visto. Ataron manos, taparon bocas con trapos, ocultaron armas. Ningún soldado murió. Eradan lo había exigido. «No hay gloria en esto», repitió una vez más, en voz muy baja, mientras Orrin ataba al último con una cuerda. «Y no hay razón para que la haya».

A la una menos diez, la torre estaba tomada. Eradan subió hasta la sala de máquinas, donde el enorme cabrestante de madera y hierro, con cadenas gruesas como brazos, mantenía cerrada la Puerta del Albor desde hacía tres años. Taren lo examinó con las manos.

—Necesito seis hombres para moverlo. O una palanca grande.

—¿Cuánto tardarás?

—Una hora, quizá.

—Hazlo. Pero no la abras todavía.

—¿Por qué?

—Hay que esperar el amanecer. —Eradan se acercó a una de las troneras. Abajo, en la plaza vacía, la luna iluminaba el empedrado—. Y mientras tanto, tenemos que llamar.

* * *

LA CAMPANA DEL Albor era de bronce viejo, con una lengua de hierro del largo de un brazo. Había sonado cada amanecer durante ocho siglos para anunciar la apertura de la puerta, y había callado desde que cayó la ciudad. Eryon se agarró a la cuerda con las dos manos. Miró a Eradan. Eradan asintió.

Tiró.

El primer golpe retumbó sobre la ciudad dormida como un trueno. Desde las callejas, desde los tejados, desde los portales, empezaron a encenderse luces. Alguien abrió una ventana. Alguien más, cautelosamente, asomó la cabeza. Un perro ladró. Y en las colinas del este, a una legua, entre los árboles, una mujer levantó la cabeza de pronto y dijo, con una voz apenas audible:

—Ha sonado.

Ardanthor se incorporó. Ysenne lo tomó del brazo.

—Es el Albor.

—Sí.

—Tienen la torre.

—Eso parece.

—¿Qué hacemos?

El rey miró a su alrededor. Cuatro mil rostros pálidos, agotados, esperanzados. Mujeres con niños dormidos en brazos. Ancianos apoyados en bastones. Soldados desarmados que habían dejado las espadas enterradas bajo un roble. Los hombres que habían cargado piedras a su lado durante tres inviernos.

—Caminamos —dijo.

Y echaron a andar.

* * *

BRANOC TARDÓ CUARENTA minutos en llegar. Cuando lo hizo, no vino con tropas dispersas ni con improvisación: vino con orden, con método, con la precisión inquietante que lo caracterizaba. Quinientos hombres tomaron la plaza ante el Albor y cerraron las calles adyacentes. Doscientos arqueros ocuparon los tejados. Una compañía de infantería pesada avanzó hacia la torre con escalas y arietes.

—¡Bloquead la escalera! —gritó Eradan—. ¡Todos a las troneras!

La batalla por el Albor duró cuatro horas.

Fue una batalla extraña, de espacios reducidos y gestos precisos. La torre solo tenía una entrada, una puerta baja de roble reforzada con hierro, y una escalera interior tan estrecha que apenas cabían dos hombres a la vez. Eradan colocó allí a Caelen y a Taren, que se plantaron en el tercer escalón como dos rocas en un río. Hal y Sira se encaramaron al tejado con los arcos. Orrin, tras un instante de reflexión, bajó con un martillo y empezó a trabajar en la base de la escalera, aflojando con paciencia el mortero de los tres primeros peldaños. Lysa y Narek, detrás, organizaban el rellano como un hospital de campaña. Joren y Bran hacían guardia en las troneras laterales.

Los primeros que subieron cayeron sin comprender qué los había alcanzado. Los siguientes sí lo comprendieron, y retrocedieron. Después, a una orden, subieron todos a la vez. Caelen recibió un golpe en el escudo que lo hizo tambalearse; Taren, a su lado, lo enderezó con el hombro. Una hoja rozó la mejilla de Eryon. Eradan la apartó sin mirar. Un soldado cayó escaleras abajo, arrastrando a otros dos. Gritos. Hierro. El hedor dulce y metálico de la sangre llenó la escalera de caracol.

—¡Aguantad! —bramó Eradan—. ¡Solo hasta el alba!

A las tres, Branoc ordenó traer el ariete. Los golpes sacudieron la puerta baja como el latido de un animal furioso. A las tres y media, la madera cedió. A las cuatro, los primeros atacantes irrumpieron en la planta baja. Orrin, con una calma serena, dio el último golpe de martillo a los peldaños débiles. Una sección de la escalera se desplomó con estruendo, y media docena de soldados cayeron al vacío entre gritos y polvo.

—¡Ahora!

Eradan aprovechó el desconcierto para contraatacar. Se lanzó escalera abajo con Eryon y Joren pegados a su espalda, abriendo un hueco en las filas enemigas. Fue un instante. Un cuerpo a cuerpo confuso, de sombras y destellos. Cuando se retiraron, trepando

de nuevo por una cuerda, dejaron tras de sí un montón de armas rotas y una tregua de quince minutos.

—¿Heridos? —preguntó Eradan.

—Tres —respondió Narek, con las manos manchadas de sangre—. Ninguno grave. Joren tiene un corte en el brazo. Hal, una costilla fisurada.

—¿Taren?

—Sigue en pie. Dice que no ha empezado todavía.

A pesar de todo, Eradan sonrió. Se dejó caer contra la pared, jadeando, con el sudor corriéndole por la frente. Eryon se sentó a su lado, con el rostro ennegrecido y la espada manchada.

—¿Cuánto falta?

—Una hora.

—¿Aguantaremos?

—No lo sé.

—¿Y Daren?

—No ha ido con nosotros.

—Lo sé. —Eryon bajó la voz—. ¿Crees que ha cumplido?

Eradan guardó silencio. Al caer la tarde había visto al veterano salir de la cripta con Caelen detrás, camino del escondrijo. Caelen había regresado solo; Daren había seguido hacia el cuartel. Le había dado una orden y un consejo. La orden, que dejara el mensaje falso. El consejo, que si podía, buscara a Mira antes de que amaneciera.

—Todavía no lo sé —murmuró—. Pero creo que sí.

* * *

EL CIELO EMPEZABA a clarear por el este cuando Taren soltó el último seguro del cabrestante.

—Está listo.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—Ninguno. —Taren sonrió—. Pero que alguien me ayude a no caerme.

Eradan subió a la tronera más alta. A lo lejos, entre la bruma gris del amanecer, una línea oscura se movía por el camino que descendía de las colinas. Al principio pareció solo un temblor del paisaje. Después se fue haciendo más nítida: una larga procesión de figuras que avanzaban despacio, en silencio, a pie, agrupadas en familias, en pequeños grupos, en columnas desordenadas. Ninguna llevaba armas. Muchas llevaban niños en brazos. A la cabeza, solo, con la túnica gris y las manos abiertas a los costados, caminaba un hombre.

Eradan sintió que algo se le rompía en el pecho.

—Ya vienen.

Abajo, en la plaza, los soldados de Branoc habían dejado de atacar. Alzaban los ojos hacia el camino, desconcertados. Los oficiales murmuraban entre sí. Los arqueros bajaban lentamente los arcos. Y de las calles laterales, una a una, de puertas que llevaban tres

años cerradas, empezaron a salir hombres y mujeres. Primero uno. Luego diez. Luego cientos. Panaderos con el delantal blanco. Mujeres con la cabeza cubierta. Niños de la mano de sus abuelos. Todos en silencio. Todos se acercaban a la Puerta del Albor, y uno por uno extendían la mano y la tocaban.

—Ahora —dijo Eradan.

Taren empujó la palanca. Las cadenas gimieron. Los engranajes giraron con un rechinar largo, poderoso, antiguo, como el despertar de un gigante dormido durante siglos. Y los dos batientes de la Puerta del Albor, enormes, cubiertos de herrumbre y de polvo, se separaron lentamente, mostrando una rendija de luz.

Por esa rendija entró el primer sol del día.

Cuando los batientes quedaron abiertos del todo, Ardanthor estaba allí. Se había detenido en el umbral, a pocos pasos, con las manos vacías. Detrás de él, los cuatro mil de Kilmarah se detuvieron también. Y delante, en la plaza, una multitud de ciudadanos que habían salido de sus casas sin saber por qué se miraba en silencio al hombre que había abandonado Valandor.

Nadie habló. El rey levantó la vista hacia las murallas, hacia las torres, hacia la bandera negra que ondeaba sobre el palacio. Respiró hondo. Y entonces, con un gesto que nadie esperaba, se arrodilló en el umbral y besó la piedra.

—He vuelto —dijo, con una voz que tembló, pero que llegó a todos los rincones de la plaza—. No como rey. Como uno de vosotros. Y vengo con las manos vacías.

Fue entonces cuando se oyeron los cascos.

CAPÍTULO XXII

Los que llegan sin armas

ERAN TRESCIENTOS JINETES, y entraron en la plaza al trote.

Los cascos retumbaron sobre el empedrado con un estruendo que rebotó en las fachadas y se perdió en las callejas. Las lanzas formaban un bosque oscuro, con los pendones negros colgando sin viento. Delante cabalgaba un solo hombre, sin escudo ni armadura, con una casaca sencilla y las riendas flojas entre los dedos. Se detuvo a treinta pasos de Ardanthor, alzó una mano, y sus tropas frenaron a la vez, con una disciplina absoluta.

El silencio fue tan completo que se oía el crepitar de las antorchas todavía encendidas en las paredes.

Branoc desmontó. Se acercó a pie, despacio, con las manos a la vista. Visk caminaba tres pasos detrás, con su sonrisa de dientes pequeños. Se detuvieron frente al rey de Valandor, a la distancia exacta de un saludo cortés.

—Majestad —dijo Branoc.

—Branoc.

Se miraron. Había en aquel instante algo de reconocimiento, como entre dos hombres que han soñado con el mismo lugar y se encuentran por primera vez en él.

—Habéis venido con las manos vacías —dijo Branoc.

—Sí.

—Y con cuatro mil personas.

—Sí.

—Eso es una temeridad.

—Probablemente.

—¿Os parece sensato entrar en una ciudad ocupada, sin un solo arma, rodeado de mis tropas?

—No. —Ardanthor sonrió, con una sonrisa cansada que Eradan, desde lo alto de la torre, le reconoció de golpe: era la del niño que había cargado leña—. Pero es lo único que sé hacer sin que nadie tenga que morir.

Branoc inclinó la cabeza, con una cortesía casi burlona.

—La Puerta del Albor. —Miró los batientes abiertos—. Cuánta historia hay en este pedazo de madera. Cuántas cosas han cruzado por aquí, y cuántas se han quedado fuera.

—Algunas se han quedado fuera, sí.

—Vuestro padre cerró esta puerta.

—No lo sé.

La respuesta cayó entre ellos con una sencillez desconcertante. Branoc parpadeó, por primera vez desde que había aparecido en la plaza.

—¿No lo sabéis?

—No sé qué hizo mi padre. Ni lo que hizo mi abuelo. —Ardanthor dio un paso hacia delante—. Sé lo que hice yo. Lo que dejé de hacer. Sé que hace tres años una ciudad cayó porque yo estaba demasiado ocupado en no parecerme a otro hombre para escuchar a quien sí sabía lo que ocurría. Y sé que, si hay una deuda más vieja que esta, quiero saberla. Aunque me duela. Aunque me avergüence.

—¿Queréis saberla?

—Sí.

Branoc lo miró durante un tiempo que pareció interminable. En sus ojos claros pasó algo veloz, un destello que se apagó casi de inmediato. Cuando habló, su voz tenía ahora un filo nuevo, más hondo.

—Habéis tardado cuarenta años.

—Sí. —Ardanthor bajó la mirada—. Y os pido perdón por ello. A vos, y a todos los que cerraron la puerta.

Hubo un murmullo en la multitud. No de rechazo. De asombro. Branoc dio un paso atrás, como si el rey le hubiera golpeado. Fue entonces, comprendió Eradan desde su tronera, cuando se le quebró algo por dentro. No lo vio nadie, o casi nadie. Pero Eradan estaba acostumbrado a leer los pequeños gestos de los hombres, y aquel hombre, con las manos entrelazadas a la espalda y los nudillos blancos, estaba a punto de romperse.

—Palabras —dijo Branoc, con una voz que no parecía suya—. Todo son palabras.

Alzó el brazo derecho.

—Arqueros.

* * *

LAS CUERDAS DE los arcos crujieron en los tejados. Doscientas saetas apuntaron a la multitud desarmada. Las madres apretaron a sus hijos contra el pecho. Los ancianos cerraron los ojos. Ysenne tomó la mano de su marido y la apretó con una fuerza dolorosa. Nadie huyó. Nadie gritó. Cuatro mil personas contuvieron la respiración a la vez.

—No lo haréis —dijo Ardanthor.

—Tengo órdenes que cumplir.

—Las dais vos.

—Entonces las cumplo yo. —Branoc no apartó la mirada—. Ya os lo dije hace tres años, majestad. Que no quería vencer a Valandor. Que quería que Valandor supiera lo que es no ser escuchada.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

—Entonces, escuchadme. —Ardanthor abrió los brazos—. Dispara, si quieres. Pero primero míranos. A todos. Eso es lo único que te pido.

Branoc miró. Y vio una plaza llena de rostros. Panaderos con el delantal blanco. Un niño con un osito de trapo. Un viejo ciego guiado por su nieta. Una mujer que sostenía una cinta de tela atada a la muñeca. Un anciano maestro de escuela con lágrimas en los ojos. No eran soldados. No eran enemigos. Eran, simplemente, las personas que vivían en Valandor. Tantas como las que habían vivido en Orm.

—Fuego —dijo.

Nadie disparó.

—¡Fuego!

Silencio. En un tejado, un arquero bajó el arco. En otro, un segundo. Un tercero. Branoc se volvió, con el rostro blanco, y miró hacia lo alto. Y entonces, de entre los arqueros, un joven soldado de dieciocho años, de manos temblorosas y ojos enormes, dio un paso al frente con una antorcha en la mano. Era el muchacho de la cisterna. Era el que había dejado pasar a Eryon.

—No —dijo. Su voz se quebró—. No voy a hacerlo.

—Soldado —dijo Visk, con suavidad—, volved a vuestro puesto.

—No.

—Será ejecutado.

—Entonces ejecutadme. —El joven alzó la barbilla—. Pero no voy a disparar a esa gente.

Un oficial de la guardia, a su lado, soltó la espada. Cayó con un tintineo metálico sobre el empedrado. Otro lo imitó. Luego otro. En un instante, como una ola que se levanta sin que nadie la empuje, cientos de armas empezaron a caer al suelo. Lanzas. Arcos. Espadas. El sonido llenó la plaza como el de un campo de cebada al ser segado.

—¡Cobardes! —aulló Visk.

Sacó una daga. Se lanzó hacia el muchacho. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, una mano se cerró sobre su muñeca. Era Eradan, que había bajado de la torre a la carrera, con Eryon pegado a su espalda. Le torció el brazo hasta que la daga cayó, y lo derribó de un golpe seco.

—Basta —dijo.

Visk se quedó en el suelo, aturdido, con su sonrisa descompuesta. Eradan se volvió hacia Branoc.

Los dos hombres se miraron por primera vez.

* * *

FUE UN INSTANTE breve y extraño. Eradan vio a un hombre de mediana estatura, delgado, de ojos claros y manos finas, que parecía mucho menos amenazador de lo que había imaginado. Un hombre que había cambiado el curso de reinos enteros y que, en aquel preciso momento, no sabía qué hacer con las manos. Branoc vio al guerrero del que tanto había oído hablar. Pero no vio lo que esperaba. No vio rabia ni triunfo. Vio algo más inquietante: comprensión.

—Eradan —dijo Branoc.

—Branoc.

—Habéis tardado.

—Hice lo que pude.

—Lo sé. —Una sonrisa leve, helada—. Os esperaba en las cisternas del sur.

—Lo sé también.

—Daren…

—Cumplió. Pero no como creíais.

Branoc dejó pasar un instante. Cuando volvió a mirarlo, había una nueva dureza en su rostro.

—Esto no ha terminado.

—No.

—Tengo lo que busco bajo esta ciudad. Y vos tenéis la llave.

—Sí.

—Entonces ya sabéis lo que va a ocurrir.

Eradan no respondió. Branoc retrocedió un paso. Luego otro. Alrededor, sus soldados se habían detenido, desconcertados, sin saber a quién obedecer. Algunos se quedaron mirando al suelo. Otros miraban al rey, que seguía allí, quieto, con los brazos abiertos. Y los más jóvenes, los que no habían matado nunca, miraban a la multitud con una expresión que no sabían nombrar: una vergüenza limpia, casi dulce.

Branoc comprendió que su ejército había dejado de pertenecerle. Y en ese instante, sin palabras, tomó una decisión.

Dio media vuelta, montó de un salto y espoleó el caballo hacia el barrio sur. Visk, aún en el suelo, se incorporó a medias, tomó el caballo de un soldado y lo siguió. Detrás de ellos, a regañadientes, partieron cuarenta jinetes de la guardia personal, los únicos que aún le eran fieles.

—¡Que no escape! —gritó Caelen.

—Dejadlo —dijo Eradan.

—Pero…

—Va hacia donde yo sé que va. —Miró hacia el sur. Una columna de humo negro empezaba a elevarse sobre los tejados—. Y quiere que lo sigamos.

* * *

LAS LLAMAS APARECIERON en tres puntos casi a la vez: el barrio de los curtidores, los almacenes del sur, el ala oeste del palacio. Branoc había dejado órdenes antes de partir, y un puñado de sus hombres, los más fanáticos, las cumplieron con eficacia. En pocos minutos, el aire se llenó de humo y de chispas.

—¡Fuego! —gritó una mujer.

—¡Los pozos! ¡A los pozos!

Los habitantes de Valandor, que acababan de salir de sus casas después de tres años de miedo, no huyeron. Corrieron. Panaderos, curtidores, escribas, madres, soldados que habían tirado las armas minutos antes, todos con cubos, con ollas, con jarras, con lo que

pudieron encontrar. Formaron una cadena humana desde el canal hasta las llamas. Los cuatro mil de Kilmarah se unieron a ella sin que nadie lo ordenara. Los niños llevaban agua en cuencos. Los soldados de Branoc, desarmados, ayudaban a cargar.

Ardanthor, descalzo, con la túnica gris empapada, cargaba cubos junto a un viejo panadero al que no conocía. Ysenne, con el pelo suelto, repartía mantas húmedas. Lysa y Narek atendían a los quemados. Mael, con su cicatriz nueva y una pala en las manos, abría un cortafuegos entre dos casas. Nadie daba órdenes. Todos sabían qué hacer.

Eradan los miró un momento, desde una esquina, con el humo en los ojos. Y en ese instante, más que en cualquier campo de batalla, comprendió lo que significaba la palabra que Arathor había susurrado en un lecho de cera: *ciudad*.

—Maestro.

Eryon se había acercado, ennegrecido, jadeante.

—Daren.

—¿Qué?

—Ha llegado. —El joven señaló una calle lateral—. Está herido.

Eradan corrió. En el umbral de una casa semiderruida, apoyado contra la pared, con una mancha oscura creciendo en el costado y el rostro gris, estaba Daren. En sus brazos, envuelta en una manta de lana, dormía una niña de unos doce años, delgada, de pelo castaño enredado y manos pequeñas. Apretaba contra el pecho, con una fuerza inconsciente, una muñeca de madera sin rostro.

—Está viva —susurró Daren. Sonreía, con unos labios cuarteados—. Está viva. La tenían en el cuartel, en una celda. Visk… Visk se había ido con Branoc, y los guardias… el muchacho de la antorcha, ¿sabes?, el joven… él abrió la puerta. —Tosió—. Me dijo que le prestara mis ojos para que no se olvidara.

—Daren…

—No, escucha. —Le asió la manga con una mano temblorosa—. No era… no era justo que yo siguiera. Pero ella… ella tenía que salir. —Miró a la niña con una ternura que le quebró la voz—. Cuídala.

—Vas a cuidarla tú.

—No.

—Daren.

—Prométemelo.

Eradan miró a la niña dormida. Luego al hombre que había abierto la puerta de Valandor. Y supo, con una claridad dolorosa, que ninguna de las dos cosas anulaba a la otra.

—Te lo prometo —dijo—. Pero no vas a morirte hoy. Narek.

—Voy —dijo Narek, ya arrodillado junto al herido.

Daren cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, había en ellos algo que Eradan no había visto desde hacía mucho: paz.

—Oren —murmuró—. Oren está… en el palacio. Branoc lo tiene. Se lo ha llevado. Va hacia abajo. Hacia las cisternas.

Eradan se incorporó.

—¿Cuándo?

—Hace… hace un momento.

Se miraron. No hizo falta nada más. Eradan se volvió hacia Eryon, que ya tenía la mano en la empuñadura.

—Vamos.

—¿Los dos?

—Sí.

—¿Y el rey?

—El rey tiene una ciudad que apagar. —Eradan lo tomó por el hombro—. Esto es otra cosa.

Se alejaron corriendo entre el humo, hacia la boca oscura de las cisternas, donde un hombre que había esperado cuarenta años se disponía a cobrar la última de sus deudas.

CAPÍTULO XXIII

El último combate

EL HUMO NO llegó a las cisternas. Allí abajo reinaba la misma quietud de siempre, un silencio húmedo y antiguo que el golpeteo de las palas hacía todavía más hondo.

Eradan y Eryon descendieron por la escalera del barrio sur sin luz, con la espada desenvainada y los pasos contados. Cuando llegaron a la cornisa, el golpeteo se había detenido. En su lugar se oía una voz, tranquila y metálica, que resonaba en las bóvedas.

—Más profundo. Todavía hay roca.

Se pegaron a una columna. Al otro lado de la sala inmensa, junto a la pared sur, ardían tres lámparas de aceite. A su luz se distinguía un grupo reducido: ocho zapadores con las herramientas en la mano, seis guardias con las espadas a medio desenvainar, Visk, de pie, con la sonrisa más tensa que nunca. Y en el centro, sentado en un taburete con las manos atadas a la espalda, un anciano de cabeza gacha y túnica gris manchada de ceniza.

—Oren —susurró Eryon.

—Sí.

—¿Está vivo?

—Respira.

Branoc caminaba de un lado a otro con las manos entrelazadas tras la espalda. Se detuvo frente a la pared. Era una superficie lisa de roca gris, con las marcas recientes de los picos, y nada indicaba que detrás hubiera otra cosa que piedra.

—Es aquí —dijo, casi para sí—. Lo sé. Llevo tres años sabiéndolo. —Se volvió hacia el anciano—. Dime dónde está la cerradura.

Oren levantó la cabeza. Tenía un hilo de sangre seca en la comisura de los labios, pero los ojos tranquilos.

—No existe la cerradura, señor Branoc. Existe la pregunta.

—Ya me lo has dicho.

—Y os lo repito. Porque es la verdad.

—No tengo tiempo para acertijos.

—Entonces no tendréis tiempo para entrar.

Branoc lo observó un instante largo. Después, sin alzar la voz, dijo:

—Visk.

El lugarteniente se adelantó con una daga. Tomó a Oren del pelo y le levantó la cabeza.

—Un dedo —dijo Branoc—. Para empezar.

—Basta.

La voz de Eradan atravesó la sala como una cuchilla. Se había adelantado un paso, saliendo de la penumbra, con la espada baja y la mirada fija en el hombre de la casaca oscura. A su lado, Eryon se alzó con la hoja desnuda.

Branoc se volvió despacio.

—Habéis tardado menos de lo que creía.

—No venimos solos.

—Mentís.

—Sí. —Eradan sonrió con cansancio—. Pero pronto lo estaremos.

* * *

LOS SEIS GUARDIAS se lanzaron al ataque sin una palabra. Eradan salió a su encuentro. El primero cayó con un golpe seco bajo las costillas, el segundo con la empuñadura en la sien. Un tercero lo alcanzó en el brazo con un tajo que le abrió la manga y le dejó una línea roja. Eryon, a su lado, desviaba cada golpe con una economía de movimiento que parecía imposible en alguien tan joven. Un guardia cayó, rodó sobre la cornisa y desapareció en el agua negra con un chapoteo sordo.

—¡Atrás! —gritó Visk, sin soltar a Oren—. ¡Atrás o lo mato!

Se detuvieron. Eradan alzó la espada con la punta hacia el suelo.

—Suéltalo.

—No.

—Visk —dijo Eryon—. Por favor.

—¡Cállate, mocoso!

Visk retrocedió con el anciano agarrado, arrastrándolo hacia el borde de la cisterna. Los zapadores se habían refugiado detrás de los pilares. Branoc permanecía inmóvil, de brazos cruzados, observando la escena con una curiosidad glacial.

—Os lo advertí —dijo—. Hay un precio por todo.

—No es un precio —respondió Eradan—. Es un chantaje.

—¿Y cuál es la diferencia?

—La que existe entre lo que se ofrece y lo que se arranca.

Visk gritó. Con un movimiento brusco empujó a Oren hacia el vacío. El anciano, atado, sin posibilidad de equilibrio, cayó de espaldas en el agua oscura con un golpe sordo. Se hundió. Volvió a asomar, con la boca abierta, sin aire, sin brazos para nadar.

Eryon no pensó. Dejó caer la espada, echó a correr por la cornisa y se arrojó al agua helada.

El frío le cortó el aliento. La cisterna era más profunda de lo que parecía. Hundió los brazos en la oscuridad, tanteando, hasta que sus dedos tocaron tela. Tiró. Sacó la cabeza del anciano a la superficie y lo sostuvo con un brazo mientras con el otro bregaba contra la corriente. Alguien le lanzó una cuerda desde arriba. Eradan.

—¡Agárrate!

Eryon se enroscó la cuerda en la muñeca. Con las últimas fuerzas, entre los dos, tiraron de ellos hasta la cornisa. Oren tosió, vomitó agua, aspiró con un jadeo ronco. Eryon se dejó caer a su lado, temblando, empapado, con los dientes castañeteando.

—Gracias —susurró el anciano.

—No… no hay de qué.

—Sí hay. —Oren sonrió con labios azules—. Siempre hay.

Mientras tanto, Visk había huido hacia una galería lateral. No llegó lejos. Una flecha silbó desde lo alto y se clavó en la manga de su casaca, clavándola contra una columna. Visk se debatió, maldijo, tiró de la tela. Desde un arco de la bóveda, con el arco aún tenso, Sira lo miraba con la ceja alzada. Detrás aparecieron Caelen, Hal y Joren, que habían bajado siguiendo el rastro de humo y de sangre.

—Llegamos tarde —dijo Caelen—. ¿Qué me he perdido?

—Un chapuzón —respondió Eryon, entre estornudos.

—Se te ve fresco.

—Lo estoy.

Alguien rio. Fue una risa breve, nerviosa, la risa de quienes han estado a punto de perderlo todo y aún no lo creen. Pero no duró. Porque a pocos pasos, junto a la pared sur, Branoc seguía de pie. No había huido. No había alzado un arma. Los miraba a todos con una expresión que ya no era la de un hombre calculador. Era la de alguien al que, por primera vez en cuarenta años, se le han acabado los planes.

* * *

—QUEDA uno —dijo Eradan.

Avanzó por la cornisa con la espada en la mano. Detrás, los demás se detuvieron. Caelen levantó el hacha. Eradan lo detuvo con un gesto.

—No.

—Pero…

—Él y yo.

Branoc extrajo del cinto una espada larga, fina, de empuñadura sencilla. La desenvainó con un sonido limpio.

—No esperaba que fuera así.

—¿Cómo?

—Cara a cara. Yo, que he evitado toda mi vida los enfrentamientos directos.

—A veces no queda otro remedio.

—Eso dicen.

Se midieron. La cornisa tenía apenas medio metro de ancho. A su izquierda, la pared de roca. A su derecha, el abismo negro. Las lámparas, con sus llamas inquietas, proyectaban sus sombras sobre la bóveda.

Branoc atacó primero. Su espada era rápida, extraordinariamente rápida, y su técnica no tenía nada de improvisada: era la de un hombre que había practicado cada noche, durante décadas, un único movimiento hasta convertirlo en reflejo. Eradan retrocedió dos

pasos. Detuvo un golpe, otro. Sintió el filo rozarle el hombro. Branoc no gritaba, no jadeaba. Atacaba con la precisión silenciosa de quien hace una cuenta.

—No sois tan bueno como decían —dijo.

—Nunca dije que lo fuera.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Porque alguien tiene que estar.

El acero chocó contra el acero. Una chispa saltó entre los dos. Eradan giró la muñeca, desvió la hoja de Branoc hacia el abismo y avanzó un paso. Branoc retrocedió. Su talón tocó el borde de la cornisa.

—Un paso más —dijo Eradan— y caes.

—Lo sé.

—No quiero que caigas.

—¿Por qué? —Branoc sonrió con amargura—. ¿Preferís que viva para que me juzguen?

—Prefiero que vivas para que respondas.

—¿A quién?

—A ti mismo.

La frase lo golpeó más fuerte que cualquier espada. Branoc bajó el arma una fracción. Fue suficiente. Eradan avanzó, atrapó su muñeca con la mano izquierda y con un giro seco le arrancó la espada. La hoja cayó sobre la piedra con un tintineo claro y resbaló hacia el borde.

Branoc se quedó inmóvil, desarmado, con la mano todavía abierta.

—Mata —dijo.

—No.

—Es tu derecho. He matado a miles de los tuyos.

—Lo sé.

—Entonces hazlo.

—No me corresponde.

Branoc retrocedió un paso hacia el abismo. Eradan lo vio un instante antes de que ocurriera: el brillo extraño en sus ojos, la contracción de los hombros. No era una huida. Era una despedida. Branoc se echó hacia atrás, con los brazos abiertos, como si el vacío fuese una puerta que llevara años esperando.

Eradan se lanzó hacia delante y lo agarró por la casaca.

—¡No!

—Suéltame.

—No.

—¡Suéltame!

Forcejearon. Los pies de Branoc resbalaron en la piedra mojada. Durante un segundo terrible, los dos se balancearon en el borde del agua. Eryon gritó. Caelen echó a correr. Pero fue Eradan quien, con un último impulso, tiró hacia atrás con todas sus fuerzas y cayeron los dos sobre la cornisa, jadeando, abrazados casi como padre e hijo.

—No vas a morirte —dijo Eradan, con la voz rota—. No vas a morirte para no responder.

Branoc lo miró. Tenía las mejillas húmedas. Por primera vez en cuarenta años, lloraba, sin sollozos, sin ruido, con una calma terrible.

—¿Qué queda entonces? —susurró.

—La verdad.

—No sé cuál es.

—Todavía no. —Eradan se incorporó. Le tendió la mano—. Pero puedes empezar a buscarla.

Branoc no la tomó. Pero tampoco se movió.

Y detrás de ellos, a lo lejos, desde la pared sur, una voz clara de mujer atravesó la piedra como si fuera papel.

—¿Por qué entráis?

CAPÍTULO XXIV

El libro del Invierno

TODOS SE QUEDARON inmóviles. La voz no había venido de ninguna parte y había venido de todas: sonaba en la piedra, en el agua, en el aire, con la calma de quien lleva siglos esperando una respuesta.

Eradan se puso en pie. Tenía el hombro sangrando, la ropa empapada, las manos temblando de cansancio. Metió la mano en el bolsillo interior de su capa y sacó la llave de hierro. Se acercó a la pared sur, donde los zapadores habían abierto, a golpe de pico, una superficie desnuda de roca gris. Pasó la mano por la piedra. Al llegar al centro exacto, a la altura del pecho, sintió bajo los dedos una ligera depresión: un círculo abierto por un lado.

—Está aquí.

—Entonces ábrela —dijo Branoc, desde el suelo, con una voz quebrada—. Ábrela y acabemos.

—No soy yo quien debe hacerlo.

Branoc alzó los ojos.

—¿Qué?

—La pregunta no es para mí. —Eradan insertó la llave en el hueco. Encajó con un chasquido seco. Las líneas finísimas del hierro brillaron con un fulgor dorado que se extendió por la roca como una enredadera de luz, dibujando el contorno de una puerta que un momento antes no existía—. Es para ti.

Hubo un largo silencio. Desde la oscuridad, detrás del hierro, la voz repitió, con idéntica serenidad:

—¿Por qué entráis?

Branoc se incorporó con esfuerzo. Caminó hacia la puerta como un sonámbulo. Se detuvo a un paso, con las manos vacías colgando, la ropa mojada y pegada al cuerpo. Ya no parecía el hombre que había dominado reinos. Parecía lo que era: un hombre de cincuenta años, agotado, mirando una puerta cerrada.

—Vine a quemarlo —dijo.

Eradan no se movió. Los demás aguantaron la respiración.

—Vine a quemarlo todo. Hasta la última página. Quería que nadie recordara que Valandor había existido. Que fuera lo que fue Orm. Una aldea sin nombre. —Se pasó el dorso de la mano por la cara—. Lo he querido cuarenta años. Cada noche. Cada hora.

—¿Y ahora? —dijo la voz.

—Ahora… —Branoc cerró los ojos. Se le quebró la voz—. Ahora no sé. Ya no sé por qué quiero entrar. Solo sé que, si no entro, no voy a saber nunca si alguien… si alguien lo escribió.

—¿Escribir qué?

—Que lo sabían. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Que sabían que éramos gente. Que teníamos nombre.

Silencio. Después, con un rumor de engranajes que despertaban tras siglos de sueño, la puerta de hierro se abrió hacia dentro.

* * *

MAREN LOS ESPERABA en el umbral, apoyada en su bastón, con la lámpara en la mano. Se veía más pequeña de lo que Eradan recordaba, pero su espalda seguía recta. Detrás, la inmensa sala de los libros brillaba bajo sus lámparas doradas, intacta, como si el tiempo y los hombres no hubieran podido tocarla.

—Esa —dijo la anciana, con una ternura inesperada— es la mejor de las respuestas. No existe otra.

Branoc la miró sin comprender.

—Entra —añadió Maren—. Lo que buscas está dentro.

Cruzaron la puerta en silencio: Branoc, primero; después Eradan, Eryon, Caelen, Oren, apoyado en el hombro de Hal; los demás, a distancia. Branoc caminaba despacio, entre los estantes, sin mirarlos. Pasó junto a los lomos de cuero, junto a las tablillas de arcilla, junto a los rollos amarillentos. Tenía el rostro de un hombre que atraviesa un cementerio.

Maren lo condujo por un pasillo lateral hasta una pequeña cámara circular, de paredes desnudas, donde una mesa de piedra sostenía un solo volumen. Era un libro grande, de tapas negras desgastadas. En el lomo, una inscripción apenas legible.

—El registro del Invierno del Hambre —dijo la anciana—. Cuarenta y un años de antigüedad. Lo escondimos aquí cuando murió Arathor. Y desde entonces lo he leído cada noche. —Lo abrió con cuidado—. Ven.

Branoc se acercó. Sus manos temblaban. Maren pasó las páginas con la delicadeza de quien acaricia un animal dormido. Se detuvo en una de ellas, donde una columna de cifras aparecía interrumpida por una anotación apretada. Branoc leyó las palabras en voz alta, como quien reza.

—*Orm. Trescientas doce almas. Provisiones insuficientes para las dos poblaciones. Pérdida aceptable.*

—Sí —dijo Maren.

—Es lo que vi. —Su voz era un hilo—. Hace treinta años. En un libro de cuentas copiado. —Se pasó la mano por el pecho—. Es lo que no he podido olvidar.

—Lo escribió el despensero real, por orden del rey. Un hombre llamado Gorvan. —Maren puso un dedo sobre el margen—. Pero hay algo más. Algo que nunca vio la copia que llegó a tus manos.

Branoc miró. En el margen izquierdo, junto a la anotación, había una segunda caligrafía, más tosca, más joven, trazada con una pluma apretada con rabia. Las letras estaban borrosas, como si alguien hubiera llorado sobre ellas. La anciana leyó en voz baja:

—*Propuse abrir los graneros. Mi padre me lo prohibió. Esta cifra es un crimen y yo no supe impedirlo. Lo recordaré mientras viva. Quien lea esto, perdone si puede, y repare lo que pueda.* —Hizo una pausa—. Firmado, Arathor. Príncipe heredero. Diecinueve años.

Branoc no respiró. Eradan vio cómo la sangre le abandonaba el rostro. El hombre abrió la boca, la cerró. Por un momento pareció que iba a caer.

—Él… lo sabía.

—Sí.

—Lo escribió.

—Sí.

—Y… ¿qué hizo?

—Años después, siendo rey, envió una expedición a buscar a los supervivientes de Orm. —Maren pasó otra página. Había una nota breve, de tinta más tardía—. No encontró a nadie. Para entonces el valle estaba vacío. Escribió aquí: *Los busqué demasiado tarde. Los busqué.* —Alzó los ojos grises—. No es consuelo. Lo sé. Pero tampoco es olvido.

Branoc apoyó las manos sobre la mesa de piedra. Su cuerpo entero temblaba. Pasó los dedos sobre la tinta seca, sobre las letras desvaídas de una mano muerta hacía años, de un rey al que nunca había conocido y al que había odiado durante toda su vida sin saber que, en alguna parte, entre libros y sombras, aquel mismo hombre había escrito, de rodillas, la única frase que habría podido salvarlo.

—Yo quería que lo supieran —susurró—. Quería que supieran lo que habían hecho. Y lo sabían.

—Lo sabían —dijo Eradan. Se había acercado, con el hombro todavía sangrando, sin atreverse a tocarlo—. Y lo escribieron. Esa es la diferencia entre una ciudad que miente y una que, al menos, intenta recordar.

—No sirvió de nada.

—Sirvió de esto. —Eradan señaló el libro abierto—. De que hoy, después de cuarenta años, alguien pueda leerlo. De que tu madre no sea solo una cifra. De que haya una página que diga que alguien, en algún lugar, no quiso olvidar.

Branoc bajó la cabeza. Dos lágrimas le resbalaron por el rostro. Y Eradan comprendió que lo que acababa de derrumbarse no era un plan. Era una sentencia que aquel hombre se había impuesto a sí mismo, a los nueve años, junto a un camino helado: *nadie lo recordará. Por eso nadie me escuchará*. Y ahora tenía delante la prueba de que había estado equivocado.

* * *

PASÓ MUCHO RATO antes de que alguien hablara. Fue Maren quien, finalmente, rompió el silencio.

—Hay una cosa que el registro no tiene.

—¿Cuál?

—Los nombres. —La anciana cerró el libro con suavidad—. Trescientas doce almas. Una cifra. Pero un pueblo no es una cifra. Nadie los escribió.

Branoc abrió los ojos.

—Yo los sé.

Todos lo miraron.

—Los sé todos. —Su voz era muy baja, muy clara—. Mi madre me los hizo aprender. Durante el camino. Doce días de nieve. Cada noche me los recitaba, uno por uno, para que no se me olvidaran. «Si alguien te pregunta quiénes éramos, tú se lo dices». Y yo… yo los repetí durante años. Cada noche. Cuarenta años. —Se rio con una risa quebrada—. Es lo único que he hecho cada noche de mi vida.

—¿Quieres decirlos? —preguntó Maren.

—¿Aquí?

—Aquí.

Branoc miró a su alrededor: los libros, las lámparas, los rostros de aquellos hombres y mujeres que habían entrado en la sala por razones distintas y que ahora lo escuchaban sin moverse. Eryon, todavía empapado, con la manta que alguien le había echado sobre los hombros. Caelen, con la barba sucia y el hacha olvidada. Oren, sentado en un banco, con los ojos húmedos. Hal. Sira. Joren. Eradan.

Maren tomó una pluma de un tintero y abrió una hoja en blanco, al final del libro.

—Cuando quieras.

Branoc respiró hondo. Y empezó.

—Adela, hija de Marn. Aldric, el curtidor. Berena, su mujer. Los gemelos, Cael y Corin. Dorna, la partera…

Su voz, en la gran sala de los libros, resonó con un timbre extraño, casi musical. Los nombres fueron cayendo uno tras otro, sin prisa, como piedras sobre agua quieta. Maren escribía sin detenerse. Eradan escuchó con los ojos cerrados. Eryon, en un rincón, lloraba en silencio. Alguien, en algún momento, empezó a repetir los nombres en voz baja, y después otro, y otro más. Hasta que toda la sala murmuró, como un coro, los nombres de las trescientas doce almas de Orm.

Tardaron más de una hora. Cuando Branoc llegó al último, hizo una pausa larga.

—Sevra, hija de Tomás. —Tragó saliva—. Mi madre.

—Sevra —repitió Maren, y escribió.

Fue en ese momento cuando, a su espalda, una sombra apareció en el umbral. Ardanthor había bajado. Traía la túnica gris chamuscada, las manos ennegrecidas por el humo, el rostro cansado. Había oído, desde el pasillo, la última parte. Se quedó inmóvil, con la boca entreabierta, sin atreverse a entrar. Branoc lo miró desde el otro extremo de la sala, y por primera vez ninguno de los dos habló.

El rey se arrodilló en el umbral.

No dijo una palabra. No hizo falta. Detrás de él, en el pasillo, empezaron a arrodillarse los demás, uno a uno: Ysenne, Lysa, Narek, Taren, Mael, y, más atrás, con el rostro bañado en lágrimas, el joven soldado de la antorcha. Eran cientos los que habían bajado, sin que nadie los llamara, guiados por la noticia que corría de boca en boca: que bajo la ciudad había una sala con todos los libros, y que un hombre estaba diciendo, uno por uno, los nombres de los muertos de Orm.

Y la sala de los Custodios, que durante ocho siglos había guardado silencio, se llenó por primera vez de voces.

PARTE VI

LO QUE QUEDA

CAPÍTULO XXV

El juicio

TRES DÍAS DESPUÉS del incendio, Valandor se reunió en la plaza del Albor para juzgar a quienes la habían destruido.

No hubo tribunal, ni estrado, ni toga. Las mesas de los panaderos formaron un semicírculo en el centro del empedrado, y detrás de ellas se sentaron siete personas que nadie había nombrado y que todos aceptaron: Maren, la Custodia, que había subido por primera vez a la luz del día en tres años y parpadeaba ante el sol como una lechuza anciana; Oren, con el brazo en cabestrillo y una manta sobre las rodillas; la reina Ysenne, sin corona, con la misma capa gris de la evacuación; Mael, el molinero; Caelen, de mala gana, con las manos todavía vendadas; Lysa, que había traído su cuaderno; y una tejedora llamada Brenna, de cuarenta años, de rostro duro y ojos tranquilos, que había perdido a su marido en la caída de la ciudad y a quien el barrio había elegido por aclamación.

Ardanthor no se sentó con ellos. Se quedó de pie al fondo, entre la gente, con los brazos cruzados y la mirada en el suelo.

—Si hay una deuda —había dicho la noche anterior a Eradan—, me alcanza a mí.

—Lo sé.

—No quiero ser juez.

—No lo serás.

Detrás de las mesas, la plaza se llenó hasta los tejados. Ocho mil personas, quizá diez, entre vecinos y gentes de Kilmarah, soldados de Branoc que habían depuesto las armas y se mantenían apartados, con la cabeza gacha. Nadie hablaba. El único sonido era el de las campanas lejanas del monasterio, que alguien había ido a buscar a Kilmarah y que Taren había colgado, con una cadena nueva, en la torre del Albor.

* * *

EL PRIMERO EN comparecer fue Daren.

Nadie lo había citado. Apareció solo, con la herida del costado todavía vendada, apoyado en un bastón, y se detuvo frente a las mesas sin que nadie le pidiera nada. A su lado, de la mano, caminaba una niña de doce años, delgada, de pelo castaño recién peinado, que no soltaba una muñeca de madera sin rostro.

—Me llamo Daren —dijo—. Fui capitán de la puerta sur. Abrí la puerta a Branoc.

Un rumor sordo recorrió la multitud. Brenna se inclinó hacia delante.

—Cuéntalo.

Lo contó. Sin adornos, sin excusas, sin buscar un solo atenuante. La carta, la muñeca, la sopa, el cuchillo en la cadena, los tres años de mensajes, la llave de hierro. A medida que hablaba, la plaza se fue helando. Cuando mencionó a los cuatro hombres que había drogado, uno de ellos, que estaba entre el público, soltó un gruñido. Cuando mencionó a Hal, este se levantó y se quedó de pie, mostrando a todos la mano a la que le faltaban dos dedos, sin decir nada.

—¿Algo más? —preguntó Maren, cuando terminó.

—No.

—¿Tienes algo que pedir?

—Solo que a ella —señaló a la niña— no se le haga pagar lo que yo hice.

—Mira —dijo Brenna—. Ven aquí, niña.

La niña se acercó con paso inseguro. Brenna la miró un largo rato. Tenía las manos entrelazadas sobre la mesa, tan apretadas que se le marcaban los tendones.

—Mi marido murió en el callejón de los curtidores. Defendiendo el paso para que otros salieran. —Hizo una pausa—. ¿Tu padre lo sabía?

—Sí —dijo la niña, con una vocecita firme—. Me lo dijo anoche. Lloró mucho.

—¿Y tú qué piensas?

La niña miró a su padre. Después a la mujer.

—Que es mi padre. —Tragó saliva—. Y que hizo algo malo por mí. Y que no sé cómo se hace para que eso no sea verdad.

Un silencio profundo cayó sobre la plaza. Brenna cerró los ojos. Cuando los abrió, tenía las mejillas mojadas.

—Yo tampoco —dijo.

Deliberaron poco. La sentencia, pronunciada por Maren con su vocecita de lechuza anciana, fue sencilla: Daren no sería encarcelado ni ejecutado. Reconstruiría con sus propias manos la puerta sur, piedra a piedra, hasta que quedara mejor de lo que estaba. Cada primavera cargaría hasta el fresno de la plaza las cintas de los muertos de la caída. Y durante el resto de su vida, quien lo pidiera tendría derecho a llamarlo y preguntarle por qué lo hizo.

—¿Y si alguien quiere vengarse? —preguntó una voz desde la multitud.

—Entonces tendrá que mirarlo antes —respondió Brenna—. A él y a su hija. Y decidir qué clase de persona quiere ser después.

Nadie replicó. Daren se arrodilló. Cuando intentó hablar, no le salió la voz. Fue la niña quien, con gran seriedad, le puso la muñeca sin rostro en las manos.

* * *

VISK FUE EL segundo. Lo trajeron entre dos guardias, encadenado, con la sonrisa intacta y la mirada vacía. Fue el único momento del juicio en que la plaza estuvo a punto de romperse.

No hizo falta acusarlo. Los acusó la propia ciudad. Una a una, desde distintos puntos de la multitud, se levantaron siete figuras ojerosas, desmejoradas, de ojos hundidos y

manos temblorosas. Eran los exploradores que Branoc había devuelto, uno por uno, a las puertas de Valandor, con las manos vendadas y la boca cerrada. Durante tres años no habían dicho una palabra. Ahora hablaron.

—Nos tuvieron en una cámara sin luz —dijo el primero, con la voz oxidada de quien no la usa—. Sin ruido. Sin tiempo. No nos tocaron. Solo nos dijeron que nadie nos buscaba. Que ya nadie nos recordaba. Que habíamos sido… —tragó—… una pérdida aceptable.

Un murmullo de horror recorrió la plaza. Eradan, apoyado en una columna, apretó la mandíbula. Eryon, a su lado, se cubrió la boca con la mano.

—Una cámara sin luz —repitió Maren—. ¿Quién la dirigía?

—Él. —El explorador señaló a Visk—. Todos los días. Con su sonrisa. «Esto es por vuestro bien». Y volvía al día siguiente.

La sentencia fue distinta. Visk no mostró arrepentimiento, ni siquiera desafío: solo una indiferencia perfecta, que helaba más que cualquier insulto. Fue desterrado. Se le llevaría hasta los confines del reino, a pie, con una sola manta y un odre de agua, y no se le permitiría regresar jamás. Un destierro que, en tiempos de Valandor, equivalía a una condena de silencio.

Visk sonrió.

—Es poco —dijo.

—Es lo que corresponde —respondió Maren—. Porque no vamos a darte lo que tú nos habrías dado.

* * *

CUANDO TRAJERON A Branoc, la plaza entera contuvo el aliento.

Había pasado tres días en una celda de la torre del Albor, sin armas, sin cadenas, con un guardia a la puerta y un plato de comida que nadie le negó. Caminó entre las mesas con la espalda recta y la mirada fija al frente. Se detuvo ante los jueces, y durante un instante nadie dijo nada. Se oía el viento en los toldos y el llanto sofocado de un niño.

—Branoc de Orm —dijo Maren—. ¿Reconoces los cargos?

—Todos.

—¿Quieres hablar?

—Sí. —Branoc volvió el rostro hacia la multitud—. No voy a pedir clemencia. No la merezco, y me despreciaríais si la pidiera. Lo único que voy a pedir es que se escuche lo que voy a decir.

Habló durante un cuarto de hora. No justificó nada. No explicó nada que no hubiera dicho ya en la cámara de los libros. Contó, con una calma terrible, lo que había hecho: los exploradores, la red de los Oídos, el cerco, el hambre, las fugas, los muertos. Cuando terminó, había en la plaza un silencio de piedra.

—Eso es todo —dijo—. Hagan lo que deban.

Se hizo un largo silencio. Brenna se inclinó hacia Maren y le susurró algo. La anciana asintió. Y entonces, de entre la multitud, empezó a alzarse un clamor.

—¡Muerte!

—¡Que muera!

—¡Nuestros muertos no se pagan con una celda!

—¡Quemadlo!

Eran cientos de voces. Después, miles. Ocho mil gargantas pidiendo lo único que parecía justo. Una mujer, desde un balcón, lloraba y gritaba el nombre de un hijo. Un soldado de Kilmarah, con la cara bañada en lágrimas, golpeaba el suelo con el puño. Los jueces no se movieron. Branoc tampoco. Estaba de pie, con las manos a la espalda, y en su rostro no había miedo: había una especie de alivio.

Eradan avanzó entonces desde la columna. Nadie lo había llamado. Se detuvo a pocos pasos de las mesas. El clamor, poco a poco, fue bajando, hasta quedar reducido a un murmullo. Todos lo conocían. Todos sabían que había traído de vuelta a Valandor.

—No voy a decir qué hay que hacer —dijo, con voz serena—. No me corresponde. Solo quiero decir una cosa, y después me iré.

Respiró hondo.

—Si lo matáis, le daréis lo que busca. Hace tres días se tiró casi al vacío para no tener que responder a lo que hizo. Quería callar. Quería que todo acabara. —Miró a Branoc—. Dejadle callar, y habréis hecho exactamente lo que él quiso desde el principio: que alguien muriese sin ser recordado. Y esa es la única justicia que no merece nadie.

Nadie respondió. Eradan inclinó la cabeza y retrocedió. Maren se levantó.

—Vamos a votar —dijo—. Con piedras. Cada persona, una. Blanca, vive. Negra, muere.

* * *

FUE UN RECUENTO lento y solemne. Los jóvenes de Kilmarah recorrieron la plaza con cestas, y cada ciudadano, uno tras otro, depositó una piedrecilla en la urna de barro que Maren sostenía. Branoc no se movió durante todo el rato. Cuando el último votó, la anciana vació la urna sobre la mesa de los jueces. Lysa contó. Las piedras cayeron con un rumor seco.

—Cuatro mil ciento doce piedras negras —dijo, por fin.

Hubo un movimiento en la plaza. Un suspiro sordo. Lysa continuó contando.

—Cuatro mil ciento doce piedras blancas.

El silencio se volvió insoportable. Un empate exacto. La misma cifra, hasta el último guijarro. Maren esperó un instante.

—Falta un voto —dijo.

—¿De quién? —preguntó Caelen.

—De la jueza que no votó.

Todos miraron a Brenna.

La tejedora se había quedado inmóvil. Tenía en la palma de la mano una única piedra, que nadie sabía de qué color era. La miraba como quien contempla una cosa que no se

atreve a tocar. Durante mucho tiempo nadie habló. Una brisa movió los toldos de la plaza.

—Mi marido se llamaba Doran —dijo ella, al fin—. Era carpintero. Se rió mucho. Hizo la cuna de mi hija. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Murió en un callejón por culpa de ese hombre. Y yo quería que muriera. Lo quise cada noche durante tres años.

Hizo una pausa.

—Pero si lo mato, mi marido habrá muerto para que yo me convierta en lo mismo que lo mató. Y eso no es lo que él quería. No era lo que quería nadie de los que cayeron en esas calles.

Abrió la mano. Dejó caer la piedra sobre la mesa. Era blanca.

—Que viva —dijo—. Y que nunca olvide por qué.

Nadie aplaudió. Nadie gritó. Hubo un largo y doloroso silencio, en el que la plaza entera pareció respirar. Algunos lloraban. Otros, de pie, con los puños cerrados, miraban hacia otro lado. Una mujer escupió en el suelo, se dio la vuelta y se fue. Pero nadie se movió hacia Branoc.

Maren se levantó. Su voz, aunque débil, llegó hasta los últimos rincones.

—Branoc de Orm. Se te condena a vivir.

El hombre alzó la cabeza.

—Reconstruirás Orm —continuó la anciana—. Con tus manos. Con los sesenta voluntarios de Valandor que quieran acompañarte, no como guardianes sino como testigos. Levantarás sus muros, abrirás sus caminos y tallarás en piedra, uno por uno, los trescientos doce nombres que dictaste. No saldrás del valle mientras vivas. Y cada primavera, en el día en que se cerró esta puerta, los habitantes de Valandor leeremos esos nombres en voz alta, bajo el Albor, y tú los oirás desde allí, porque el viento los llevará. —Hizo una pausa—. Es una condena larga. Es la única que el tiempo no puede acortar.

Branoc inclinó la cabeza. Durante unos instantes pareció que se desharía. Pero cuando los abrió, tenía el rostro sereno. Inclinó la cabeza, con una reverencia lenta.

—Acepto.

Y por primera vez desde que había aparecido en el horizonte de Valandor, tres años antes, con sus tiendas negras y su silencio, alguien lo oyó respirar como un hombre que, después de mucho tiempo, descansa.

CAPÍTULO XXVI

La corona

LA SALA DEL trono olía a polvo y a ceniza fría.

Nadie había entrado allí desde el día de la caída. Las lámparas estaban apagadas; los tapices, descolgados por manos desconocidas; un pájaro había anidado entre las vigas. Pero en el centro, sobre el asiento de piedra, la corona seguía exactamente donde Ardanthor la había dejado: un círculo de oro viejo, un poco inclinado, con un golpe en el borde izquierdo y un rasguño profundo sobre la frente. Tenía una capa fina de polvo. Nadie la había tocado en tres años y medio.

Ardanthor se detuvo en el umbral. Eradan, a su lado, no dijo nada.

—No la tocó —murmuró el rey.

—No.

—Ni él. Ni ninguno de los suyos.

—Parece que no se atrevieron.

—¿Por qué?

Eradan reflexionó.

—Quizá porque comprendieron algo que tú sabías cuando la dejaste.

—¿Qué?

—Que aquello ya no eras tú.

Ardanthor entró. Caminó hasta el trono con pasos lentos, resonantes en el silencio. Se quedó frente a él y contempló la corona durante largo rato. Había soñado con ella cuando era niño, desde lo alto del muro. La había llevado sobre las sienes el día de su coronación, sintiendo el metal frío y el peso de miles de miradas. La había abandonado con una sola frase que no sabía explicar. Ahora la tenía delante, y no sentía ni orgullo ni miedo. Solo una calma extraña.

—Cuando era niño, creía que gobernar era ser el hombre más importante de la sala.

—Todos lo creen.

—Después creí que era ser el único que decidía.

—Eso también.

—Y luego, que era ser el único que podía equivocarse sin que nadie lo corrigiera. —Sonrió con tristeza—. Ese fue el peor error. Porque lo disfrazaba de virtud.

Se volvió hacia Eradan.

—Mi padre te dio algo, la noche en que murió. Algo más que un consejo.

Eradan no se movió.

—¿Cómo lo supiste?

—No lo supe. Lo imaginé. Desde el día en que oí hablar de una puerta bajo la ciudad. —Ardanthor señaló el pecho de Eradan—. Hay una forma en la que tocas ese bolsillo cuando crees que nadie te mira. La misma con la que mi padre se tocaba la almohada.

Eradan lo miró en silencio. Luego, despacio, sacó la llave de hierro. La tendió sobre la palma de la mano.

—Me la dio con una frase y una condición. Que no te la entregara a ti.

—¿Por qué?

—«Un rey que tiene una puerta secreta termina buscando motivos para abrirla».

Ardanthor tomó la llave con dos dedos. La examinó con la misma curiosidad con que, de niño, había mirado las espadas de madera. Se rio, una risa breve, sin amargura.

—Tenía razón. —Alzó los ojos—. Si la hubiera tenido, habría bajado a la primera crisis. Habría leído lo que decían los libros de mí, de mi padre, de mi abuelo. Y habría buscado la manera de corregirlos. De hacer que la historia dijera lo que a mí me conviniera.

—Quizá.

—Seguro. —Le devolvió la llave—. Quédatela. O mejor… dásela a Maren. Que quede donde debe: en manos de quienes no gobiernan.

—¿Seguro?

—Nunca he estado más seguro de nada.

Eradan guardó la llave. Y comprendió, mirando a aquel hombre que había crecido a su sombra y que ahora se erguía ante él sin necesitarla, que acababa de presenciar el final de una enseñanza. No había sido él quien la había completado. Había sido la vida.

* * *

ARDANTHOR TOMÓ LA corona. La sostuvo un momento entre las manos, con los pulgares sobre el golpe del borde, el rasguño de la frente. Luego, sin ceremonia, la llevó hasta la ventana y la miró a la luz.

—No voy a volver a ponérmela.

—Lo sé.

—No es rendición. —Se volvió—. Es la única decisión que no pueden tomar por mí. Si Valandor ha de ser algo distinto de lo que fue, no puede depender de un hombre. Ni de un rey sabio ni de un rey necio. Eso no es un reino. Es una apuesta.

—¿Y qué propones?

—Un consejo. De todos. No el de treinta de Kilmarah: uno que se renueve cada año. Un panadero, una tejedora, un soldado, un viejo, una madre. Los que haya. Y yo… —sonrió— yo seré lo que fui en el puente. Quien carga piedras.

—Eso te llevará años.

—Tengo años.

—Habrá quien no lo comprenda.

—Habrá quien lo desee de otro modo. Pero eso no es culpa de nadie.

Hizo una pausa. Miró el trono vacío.

—Quiero que se grabe una frase aquí. Sobre el asiento. Donde estuvo mi nombre.

—¿Cuál?

—La que me dijiste de niño. La que tardé veinte años en entender.

Eradan sonrió.

—«Un rey debe escuchar especialmente a quienes le dicen lo que no quiere oír».

—No. —Ardanthor negó—. Esa es la que dijiste. La que importa es la que le debo a mi padre. —Miró el techo, con los ojos húmedos—. «Quien gobierna debe poder ser escuchado».

—Nunca la dijo.

—No. Pero la merecía.

* * *

LOS CANTEROS GRABARON la frase en la piedra del trono durante la semana siguiente. Era una inscripción sencilla, sin adornos, en letras grandes y hondas, que ninguna mano futura podría borrar sin dejar cicatriz.

QUIEN GOBIERNA DEBE PODER SER ESCUCHADO.

La corona no se fundió ni se vendió. Maren pidió que se guardara en la entrada de la sala de los libros, sobre un pequeño pedestal de piedra, con una placa de bronce al pie: *Aquí descansó el peso. Aquí empezó la deuda*. Cada año, antes de la primera sesión del consejo, los nuevos miembros pasarían por delante de ella. No se les exigiría ningún juramento. Solo que la miraran.

Durante las semanas siguientes, Valandor fue una ciudad extraña. Las cicatrices del fuego aún estaban frescas; los barrios del sur seguían ennegrecidos; faltaban casas, puentes, muros. Pero por las mañanas se oía un sonido nuevo: el de miles de martillos golpeando piedra. Daren levantó la puerta sur con sus propias manos, sin ayuda, desde el amanecer hasta que anochecía, y su hija, sentada en una piedra junto a él, le leía en voz alta los libros de la escuela. Taren desmontó el cabrestante del Albor pieza a pieza, bajo la mirada atenta de todos.

—¿Qué haces? —preguntó Bran.

—Quitarle los goznes.

—¿Para qué?

—Para que no pueda volver a cerrarse.

La Puerta del Albor se quedó abierta de par en par, día y noche, bajo la luz del sol y las estrellas. Nadie la guardó. Nadie la cerró. Los niños jugaban en el umbral; los viajeros pasaban sin preguntar; los vecinos, al cruzarla, seguían tocando la piedra con la mano, no ya como se saluda a un muerto, sino como se saluda a un amigo.

* * *

BRANOC PARTIÓ UNA mañana de abril.

Salió sin armas, con una capa vieja, un hatillo y un bastón. Sesenta personas lo esperaban junto al Albor: carpinteros, canteros, tejedoras, algunos soldados que habían servido bajo su bandera y que querían reparar de otra manera. Joren estaba entre ellos. También Kian, que había insistido en ir. Detrás, a cierta distancia, venía una carreta cargada de herramientas y sacos de semilla.

No hubo ceremonia. Nadie lo despidió. Pero a cada lado del camino, a lo largo de toda la calle, había gente de pie, en silencio, mirándolo pasar. Algunos con rabia. Otros con una especie de piedad cansada. Otros sin sentir nada. Nadie le arrojó nada. Nadie le habló.

En el umbral, Branoc se detuvo. Extendió la mano y tocó la piedra de la puerta, como hacían los vecinos. Se quedó así unos segundos, con los ojos cerrados y la palma extendida contra el viejo granito. Después, sin mirar atrás, cruzó el Albor, tomó el camino del este y se perdió entre los campos.

Eryon lo vio alejarse desde lo alto de la torre. A su lado, apoyado en el parapeto, Eradan miraba también el camino.

—¿Crees que llegará?

—Sí.

—¿Y que sobrevivirá?

—No lo sé.

—¿Y que cambiará?

Eradan tardó en contestar.

—Ya ha cambiado. Lo que no sé es cuánto le costará.

—¿A él o a nosotros?

Eradan se volvió. Miró a su discípulo, que ya no era un muchacho, sino un hombre con una cicatriz en la mejilla y una calma nueva en los ojos.

—A todos —dijo—. Siempre.

CAPÍTULO XXVII

El maestro

LA ESCUELA DEL Albor empezó con doce niños y un patio sin techo.

Fue Eryon quien la fundó, sin proponérselo, igual que había empezado la de Kilmarah. Una mañana, mientras reparaba con Taren una parte del muro de la torre, un grupo de chiquillos se detuvo a mirarlo. Le preguntaron qué hacía. Él respondió. Le preguntaron por qué. Él también respondió. A la semana siguiente eran veinte. Al mes, cincuenta. Y entonces el consejo del Albor, que ya funcionaba con una gravedad torpe pero sincera, le entregó las llaves de la torre y le dijo: «Es vuestra. Haced lo que sabéis hacer».

Lo que sabía hacer no era enseñar a luchar. Era lo que le habían enseñado a él.

Los primeros días no dejó que nadie tocara una espada. Los niños barrieron el patio, limpiaron las ventanas, remendaron los bancos. Una niña protestó.

—Yo vine a aprender a pelear.

—Eso es fácil.

—¿Fácil?

—Lo difícil es aprender por qué.

La niña se quedó pensativa. Eryon sonrió. Era exactamente la misma frase, con la misma entonación, que había oído hacía años en el patio de las afueras, y comprendió, con una mezcla de ternura y de vértigo, que aquello era lo único que verdaderamente se hereda: no una técnica, sino una manera de mirar.

Entre sus alumnos había uno que no tenía doce años, ni quince, sino diecinueve, y que llegó una mañana con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos. Era el muchacho de la cisterna. El que había dejado pasar a Eryon y no había dado la alarma. El que se había negado a disparar en la plaza.

—Me llamo Taro —dijo—. No sé hacer nada. Solo sé que no quiero volver a ser lo que fui.

—Entonces ya sabes lo más difícil —respondió Eryon.

—¿Cuál es?

—Que se puede dejar de ser algo.

Lo puso a barrer el patio. Al día siguiente, a barrer otra vez. Taro no protestó nunca.

* * *

FUE EN UNA tarde de principios de verano cuando Eradan lo encontró en la escuela, solo, ordenando bancos.

—Ya no tienes alumnos que corregir.

—Están comiendo.

—Eso era lo único que me faltaba por ver.

Eryon dejó de trabajar. Había en la voz de su maestro algo distinto, una especie de ligereza que no le conocía.

—Vas a irte.

—Sí.

—Lo sabía. —Eryon se sentó en un banco—. Lo sabía desde que cerrasteis la biblioteca. Desde que Daren terminó la puerta. Cuando tenías la mirada puesta en las cosas como si ya las vieras de lejos.

—¿Tan evidente era?

—Para mí, sí.

Eradan se sentó a su lado. Durante un rato miraron el patio desierto, donde la luz de la tarde dibujaba en el suelo las sombras de los almenajes.

—Hay tres señales en el camino del este —dijo al fin—. El pozo de mi casa. La ermita junto al molino. El hito de piedra junto al camino. Las encontré hace años, sin saber qué eran. Ahora lo sé. Son marcas de los Custodios.

—¿Dónde llevan?

—No lo sé. Maren dice que no eran los únicos. Que hubo otras casas, otras salas, otros guardianes. Que Valandor fue la mayor, no la única. —Hizo una pausa—. Y que las puertas no siempre se abren hacia abajo.

—¿Quieres seguirlas?

—Quiero saber hasta dónde llegan.

Eryon asintió despacio.

—¿Y por eso te vas?

—No solo por eso. —Eradan miró sus propias manos—. Cuando era joven, mi madre me pidió algo. Que regresara algún día convertido en un hombre capaz de sentirse orgulloso de las decisiones que hubiera tomado cuando nadie lo miraba. Llevo cuarenta años sin saber si lo he cumplido.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que sí. —Sonrió—. Pero no estoy seguro. Y hay una aldea al este, a muchos meses de camino, donde mi padre me puso en la mano una semilla de madera. Quisiera volver a verla.

—¿Volverás?

Era la pregunta que los muchachos le habían hecho siempre, desde hacía casi diez años. Eradan tardó en contestar. Miró hacia el cielo, que empezaba a teñirse de naranja.

—No lo sé.

—Esa respuesta ya no me sirve.

—Lo sé. —Eradan se puso en pie—. Pero es la verdadera.

* * *

SE DESPIDIÓ DE todos sin discursos.

De Lysa, que le entregó un cuaderno pequeño con los mapas de las rutas que había dibujado durante los años del exilio. De Narek, que le puso en las manos un frasco de ungüento y una mirada larga. De Taren y de Bran, que lo abrazaron a la vez, con el desorden de quienes no saben cómo se despide uno de un padre. De Caelen, que no dijo nada durante un rato, y al fin murmuró:

—No me gustan las despedidas.

—A mí tampoco.

—Entonces, ¿por qué las haces?

—Porque las respuestas a veces están lejos.

Caelen gruñó. Le tendió la mano. Eradan se la estrechó. El viejo capitán la retuvo un instante más de lo necesario.

—Me caías mal al principio —dijo.

—Lo sé.

—Ya no.

—Eso me alegra.

—No te lo tomes a mal.

Ardanthor y Ysenne lo esperaban en el umbral del Albor, al caer la tarde, con el sol rojizo cayendo sobre las piedras. No hubo discurso. No hizo falta. Ysenne le tomó las dos manos y las apretó. Ardanthor lo miró a los ojos.

—¿Volverás a escucharme si te llamo?

—Siempre.

—¿Aunque no me guste lo que me digas?

—Sobre todo entonces.

Se abrazaron. Fue un abrazo breve, torpe, sin las palabras que hubiera podido haber. Cuando se separaron, ambos tenían los ojos brillantes.

—Gracias —dijo Ardanthor.

—No me las des.

—¿Por qué?

—Porque todavía no he terminado. —Eradan sonrió—. Ninguno de nosotros.

* * *

ERYON LO ESPERABA al amanecer, en lo alto de la torre del Albor, con algo envuelto en un paño oscuro. Eradan subió despacio. Se detuvo frente a él.

—Has madrugado.

—Tú también.

—Es lo que se hace cuando uno quiere irse sin que nadie lo vea.

—Entonces estoy en el lugar equivocado.

—No. —Eradan sonrió—. Eres el único al que quería ver.

Se quedaron un instante en silencio. A sus pies, Valandor despertaba lentamente: humo en las chimeneas, luz en las ventanas, el primer golpe de martillo en alguna parte.

La Puerta del Albor, abierta de par en par, recibía los rayos del sol como un marco de oro.

Eradan desenvainó su espada. La sostuvo entre las manos un momento. Era la misma que había llevado durante casi treinta años: de hoja sencilla, empuñadura gastada, un pequeño mellado en el filo, recuerdo de una batalla olvidada. La tendió a Eryon, con las dos manos, como se entrega algo frágil.

—Toma.

—No.

—No te la doy para que luches.

—Lo sé.

—Te la doy para que recuerdes.

—¿Qué?

—Que una espada solo vale lo que valen las razones de quien la empuña. —Eradan sostuvo su mirada—. Y que si algún día dudas, lo mejor que puedes hacer es preguntarte quién te enseñó a dudar.

Eryon la tomó. Era más pesada de lo que recordaba. No porque pesara más, sino porque ahora entendía lo que llevaba dentro.

—Prométeme algo —dijo Eradan.

—Lo que quieras.

—Que no serás como yo.

—No quiero ser como tú.

—Bien. —Eradan sonrió—. Eso es lo que quería oír.

—Quiero ser digno de haber aprendido de ti. —La voz se le quebró—. Es distinto.

—Lo es.

—¿Te lo había dicho?

—No. Pero lo sabía. —Eradan le puso una mano en el hombro—. Hace tiempo.

Se miraron. No hubo promesas. No hubo lágrimas. Solo la certeza silenciosa de dos hombres que se habían encontrado a tiempo.

—¿Cuál es el último juramento? —preguntó Eryon, en voz baja—. El que hicimos en el puente. Siento que falta algo.

Eradan miró el horizonte. El sol salía lentamente sobre las colinas, tiñendo de oro los campos.

—Que recordaremos —dijo—. Aunque nadie nos lo pida.

Bajó las escaleras. Cruzó el patio. Atravesó la puerta, sin volverse. En el umbral, apoyó brevemente la mano en la piedra, como todos. Después echó a andar por el camino del este.

Eryon lo miró hasta que se perdió entre los árboles. A su espalda, en el patio, empezaban a llegar los niños con sus cuadernos y sus risas. Alguien lo llamó. Alguien le tiró de la manga. Él no se movió todavía. Seguía de pie en lo alto de la torre, con la espada de su maestro entre las manos y los ojos clavados en el punto donde el camino se encontraba con el cielo.

Y la Puerta del Albor, abierta de par en par, siguió recibiendo la luz.

EPÍLOGO

El último juramento

CATORCE PRIMAVERAS DESPUÉS, el viento que bajaba del este todavía traía nombres.

Era el día de la lectura. Desde el amanecer, la plaza del Albor se había llenado de gente sin que nadie la convocara: panaderos con el delantal limpio, tejedoras, canteros, maestros con los niños de la mano, ancianos sentados en los bancos de piedra. Nadie hablaba. Frente a la Puerta, que nunca se había cerrado desde la mañana en que Taren le quitó los goznes, una joven de veintiséis años, de pelo castaño recogido y manos manchadas de tinta, abría un libro grande de tapas negras sobre un atril.

Se llamaba Mira. Era la Custodia más joven de la sala de los libros. Maren había muerto hacía nueve años, en su cama, una noche de invierno, con una pluma en la mano y una sonrisa sin sombra, y quien había heredado la llave de hierro, la que ya nunca salía de la biblioteca, era una niña que había aprendido a leer en el regazo de un traidor.

—Adela, hija de Marn —leyó, con una voz limpia que llegó hasta las murallas.

Y la plaza respondió, como cada año, en un murmullo largo y bajo:

—Adela, hija de Marn.

—Aldric, el curtidor.

—Aldric, el curtidor.

Eran trescientos doce nombres. Tardaban casi una hora en leerlos, y nadie se movía. Al otro lado de las colinas, a tres jornadas de camino, en un valle estrecho donde crecían cebada y cerezos silvestres, un hombre de pelo blanco, sentado a la puerta de una casa de piedra, levantaba la cabeza cada vez que el viento cambiaba. Nadie podía asegurar que oyera. Pero cada primavera, en el mismo día, a la misma hora, dejaba el cincel sobre el suelo y escuchaba.

Cuando Mira pronunció el último —«Sevra, hija de Tomás»— hubo un silencio largo. Ardanthor, sentado al borde de la plaza con las manos callosas sobre las rodillas y el pelo ya del color de la ceniza, inclinó la cabeza. Ysenne, a su lado, le tomó la mano. En el fresno del centro, cargado de cintas, el viento hizo sonar las hojas como un coro de voces apagadas.

* * *

ERYON NO LEYÓ aquel año. Prefirió quedarse al fondo, de pie junto a un pilar, con la espada de su maestro al cinto y la barba salpicada de gris. Tenía treinta y siete años. Los niños del Albor lo llamaban simplemente «el Maestro», aunque él insistía en que no lo

era. A su lado, Taro, convertido en un hombre robusto y callado que dirigía la mitad de la escuela, le tocó el brazo.

—Hay un viajero en la puerta.

—Hay muchos.

—Este pregunta por vos.

Eryon se volvió. Junto al umbral, con el polvo del camino pegado a las botas, un muchacho de unos quince años lo miraba sin atreverse a entrar. Traía un bulto envuelto en tela oscura. Cuando Eryon se acercó, el muchacho lo tendió con las dos manos.

—Me lo dio un hombre —dijo—. En una aldea del este, a casi un año de camino. Me pidió que lo trajera hasta aquí. Que se lo diera al que lleva la espada.

—¿Qué aspecto tenía?

El muchacho dudó.

—Mayor. Con la barba larga. Hablaba poco.

—¿Dijo su nombre?

—No. —El chico se encogió de hombros—. Pero cuando me dio el bulto, sonrió. Y dijo una cosa extraña. Que usted sabría por qué.

Eryon lo recogió con cuidado. Pesaba muy poco. Desató el nudo y desplegó la tela. Dentro había dos cosas.

La primera era un trozo de madera tallada, pequeño, del tamaño de un puño cerrado, gastado por décadas de manos: una semilla. Eryon la conocía. Nunca la había visto. Pero la conocía como se conoce una historia que se ha oído muchas veces.

La segunda era un pedazo de lienzo, cuidadosamente doblado. En el centro, cosido con hilo oscuro, había un dibujo diminuto. Tres cortes, un espacio, un corte, un espacio, tres cortes. Y debajo, bordado con un hilo más fino, un signo que Eryon no había visto jamás: un círculo cerrado.

Lo contempló largo rato. Alrededor, la plaza había empezado a dispersarse, y los niños corrían hacia los patios de la escuela. Taro lo miraba, sin atreverse a preguntar.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿Es una despedida?

—Quizá. —Eryon pasó el pulgar por el círculo cerrado—. O una invitación.

—¿Y vais a…?

—No.

Taro lo miró con extrañeza.

—Mi sitio está aquí —dijo Eryon—. Y él lo sabe. —Sonrió con una ternura que nadie le había visto en mucho tiempo—. Pero esto significa que ha llegado. Que encontró lo que buscaba. Y que, por fin, sabe por qué debe entrar.

* * *

AL ATARDECER, CUANDO la plaza estuvo vacía, Eryon se arrodilló al pie del fresno. Cavó un hoyo pequeño con las manos, sin herramientas. Depositó en él la semilla de

madera, que nunca había germinado ni germinaría jamás, y la cubrió con tierra. Luego se puso de pie, con las rodillas manchadas, y miró las cintas que se agitaban sobre su cabeza.

Alguien le tiró de la manga. Era una niña de seis años, con el pelo revuelto y una sonrisa desdentada.

—Maestro, ¿qué hacéis?

—Planto una cosa.

—¿Qué?

—Un recuerdo.

—¿Y crecerá?

—No de la manera que piensas.

La niña frunció el ceño. Pensó.

—¿Y para qué sirve, entonces?

Eryon la miró. Pensó en un viejo que había partido camino del este sin volverse. En un hombre que lloraba entre dos columnas de libros. En una mujer que depositó una piedra blanca sobre una mesa. En un rey que besó el umbral de una puerta.

—Para que no se nos olvide por qué lo hacemos.

Aquella noche, al caer el sol, los niños del Albor se reunieron en el patio de la torre. Eran más de doscientos. Se sentaron en el suelo, en filas desiguales, con las piernas cruzadas. Eryon se puso de pie delante de ellos. Sacó la espada, la alzó sobre su cabeza, y sin que nadie se lo hubiera pedido, empezaron a hablar a coro, con esa voz torpe y solemne de los niños cuando repiten algo que no comprenden del todo.

—Juramos que ninguna de estas espadas servirá para vencer.

—Juramos que servirá para proteger.

—Y para recordar.

Eryon bajó la espada. Los miró uno por uno. Y comprendió que allí, entre aquellos rostros pequeños, estaba lo único que de verdad importaba: no la espada, ni la puerta, ni los libros. Solo la voluntad de preguntarse, cada mañana, por qué.

Desde la torre, la Puerta del Albor se recortaba contra el cielo violeta, abierta, inmensa, silenciosa. Y más allá, mucho más allá, en el este, bajo un cielo que ningún mapa había nombrado, una puerta antigua que no se abría para los reyes giraba, muy despacio, sobre unos goznes olvidados.

Alguien acababa de llegar a ella. Y sabía por qué.

FIN

ANEXO

Personajes

LA SOMBRA DEL PUENTE

ERADAN — Guerrero y maestro de Valandor. Llegó a la ciudad siendo un muchacho con una semilla de madera tallada que le dio su padre. Vive apartado desde que Ardanthor lo alejó del consejo, pero la ciudad lo llama cuando todo se pierde. Lleva seis años una llave de hierro que nadie sabe qué abre. Cree que la espada es lo menos importante de un guerrero.

ERYON — Huérfano que llegó a las afueras con una espada de madera y demasiadas preguntas. Observa antes de actuar y se niega a matar cuando no es necesario. Es escudero de Eradan, hereda su espada y se convierte en maestro de la escuela del Albor.

CAELEN — Capitán veterano de las fronteras, de ceño permanente y poca paciencia. Reconoce la espiral de Branoc en un libro de cuentas. Vigila a Daren durante toda la misión y, al final, aprende a no juzgar lo que no sabe si habría aguantado.

LYSA — Observa antes de actuar y entiende lo que hay detrás de los números. Lleva las cuentas del exilio y dibuja los mapas de cada ruta. Cuenta las piedras del juicio.

TAREN — Fuerte y resistente, confía demasiado en su fuerza hasta que aprende a obedecer. Repara las campanas de Kilmarah, sostiene la escalera de la torre del Albor y, al final, le quita los goznes a la puerta para que no vuelva a cerrarse.

BRAN — Rápido y apasionado, se mueve antes de pensar hasta que el invierno le enseña a mirar. Caza en Kilmarah y cubre la retaguardia con el arco.

NAREK — Oye lo que nadie dice. Aprende a curar en los hospitales del cerco y salva más vidas de las que nadie esperaba. Convierte el hospital de Kilmarah en el centro del valle.

JOREN — Soldado de la frente rota que le grita a Eradan que sus órdenes no sirven de nada. Trabaja como un animal de carga para demostrar que se equivocaba. Acompaña a Branoc a reconstruir Orm.

HAL — Herido de la puerta sur, al que le faltan dos dedos de la mano derecha. Tira con la izquierda mejor que muchos hombres sanos. Es el único que se levanta en el juicio sin decir nada.

SIRA — Hija de cazadores del norte, silenciosa como el humo. Rastrea soldados como antes rastreaba ciervos. Clava a Visk contra una columna con una sola flecha.

ORRIN — Viejo albañil de manos nudosas que sabe, por el olor de la piedra, cuándo una bóveda está a punto de ceder. Salva a tres compañeros del derrumbe y debilita los peldaños de la torre del Albor.

DAREN — Capitán de la puerta sur, ancho de hombros y de risa fácil. Abrió la puerta de Valandor porque Branoc tenía a su hija Mira. Lleva tres años con la culpa a cuestas, hasta que la confiesa y la repara con sus propias manos.

VALANDOR

ARDANTHOR — Rey de Valandor, hijo de Arathor. De niño espiaba a Eradan desde lo alto de un muro. Su orgullo lo lleva a apartar al hombre que más admira y a perder la ciudad. Aprende a escuchar cargando piedras en Kilmarah. Deja la corona sobre el trono y no vuelve a ponérsela.

YSENNE — Reina de Valandor. Le dice a Ardanthor lo que nadie se atreve a decirle. Conduce a los civiles por el conducto de la evacuación y organiza las cocinas de Kilmarah. Preside con él el consejo del Albor.

ARATHOR — Rey anterior, padre de Ardanthor. Le entrega a Eradan una llave en su lecho de muerte y le pide que no se la dé a su hijo. De joven escribió en el margen de un libro: «Propuse abrir los graneros. Mi padre me lo prohibió».

OREN — Anciano consejero que se queda en la ciudad ocupada para recordar dónde están las cosas. Branoc lo tiene por inofensivo, pero es el ojo de los Custodios en la superficie. Casi se ahoga en la cisterna.

MAEL — Molinero de las afueras. Descubre el conducto de la evacuación y regresa a Valandor para espiar para la resistencia. Su señal es una pequeña llave de hueso incrustada en un pan.

KIAN — Muchacho de catorce años, aprendiz de panadero. Cruza las líneas enemigas con un mensaje en el temporal.

MAREN — Custodia mayor de la sala de los libros. Lleva tres años oyendo cómo excavan encima de su cabeza y aún tiene pena por quien busca con tanta furia. Recoge los nombres de Orm. Muere nueve años después del juicio, con una pluma en la mano.

MIRA — Hija de Daren. Cae en manos de Branoc a los nueve años. Se salva por el valor de un soldado, crece entre libros y llega a ser la Custodia más joven.

BRENNA — Tejedora que perdió a su marido en el callejón de los curtidores. Desempata el voto del juicio con una piedra blanca: «Que viva. Y que nunca olvide por qué».

TARO — Soldado de dieciocho años que no da la alarma ante Eryon y se niega a disparar en la plaza. Se hace alumno de Eryon y, con los años, dirige la mitad de la escuela del Albor.

ALDREN Y NAEL — Los primeros maestros de Eradan en Valandor. Aldren le enseñó que un hombre no se mide por lo que sabe sino por lo que hace con ello. Nael, una mujer de voz baja, le demostró que la sabiduría no necesita elevar el tono.

BRANOC Y LOS SUYOS

BRANOC — Nacido en Orm, una aldea que Valandor dejó morir de hambre cuando él tenía nueve años. Pasó cuarenta años aprendiendo la paciencia y el miedo como moneda. Quería quemar los archivos para que Valandor fuera olvidada como Orm. Se condena a sí mismo a vivir y a reconstruir su aldea.

VISK — Lugarteniente de Branoc, alto, de sonrisa fija y dientes pequeños. Dirige la cámara sin luz donde dejaban mudos a los exploradores. Es desterrado sin que se arrepienta.

FERRO — Sargento del parche en el vado del Sauce. Es el enlace de los Oídos y deja pasar a los doce porque sabía que vendrían.

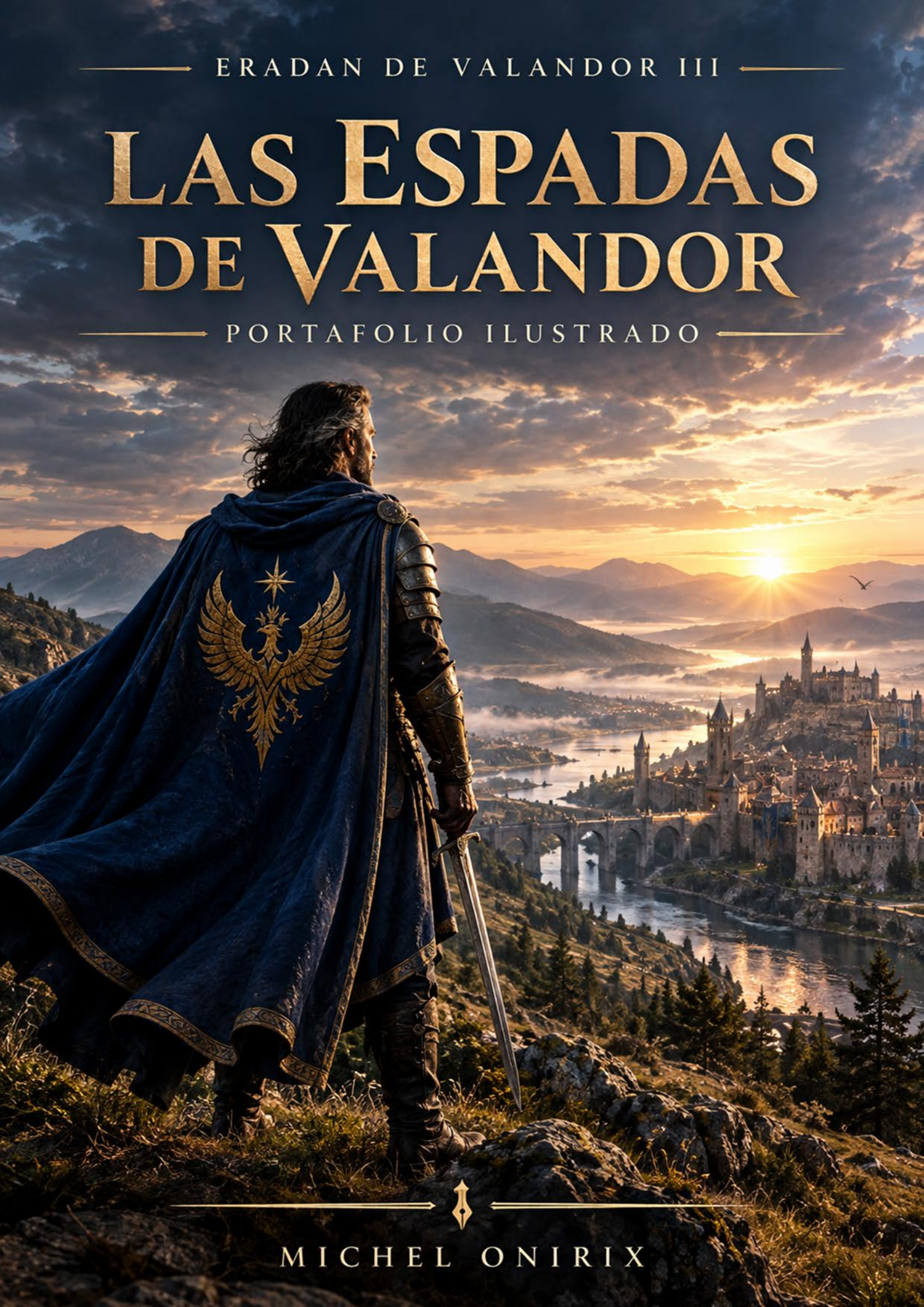
LOS OÍDOS — Red de informantes de Branoc. Escuchan en tabernas, mercados y colas del pan. Por eso se sabía en el campamento lo que se murmuraba en las murallas.

SEVRA — Madre de Branoc. Lo lleva doce días a pie hasta la Puerta del Albor y muere tres días después junto a un camino. Le hace aprender de memoria los trescientos doce nombres de su pueblo.

ERADAN DE VALANDOR III

LAS ESPADAS DE VALANDOR

PORTAFOLIO ILUSTRADO



MICHEL ONIRIX



ÍNDICE

1. Eradan
2. El hijo del rey
3. La corona
4. El consejero
5. Las afueras
6. Los jóvenes
7. Eryon
8. La primera espada
9. El escudero
10. Los rumores
11. El cerco
12. La defensa
13. La espada rota
14. La caída
15. Branoc, el Oscuro
16. El éxodo hacia Kilmarah
17. El gran puente de piedra
18. Nueva Valandor
19. Tres inviernos
20. Mael y la resistencia
21. La noticia de Valandor
22. El juramento de Eradan
23. El molino de Elden
24. La Puerta del Albor
25. Valandor despierta
26. El juicio
27. La liberación
28. Valandor vuelve a vivir
29. La Reconstrucción
30. El maestro
31. El último juramento



LÁMINA 1

ERADAN

Eradan, un guerrero curtido por la guerra y la pérdida, observa desde las alturas de Valandor el reino que debe proteger. La calma de este paisaje es solo aparente: en su interior se agitan las ambiciones, las traiciones y las sombras de un conflicto que pronto cambiará el destino de todos.



LÁMINA 2

EL HIJO DEL REY

El joven heredero de Valandor creció entre muros y responsabilidades. Mientras su padre gobernaba con firmeza, él aprendía a mirar más allá de las almenas. En sus ojos se mezclaban la ilusión de un futuro mejor y el peso de un destino que aún no comprendía del todo.



LÁMINA 3

LA CORONA

El rey de Valandor ha muerto. Su hijo, aún joven, debe asumir la corona en un tiempo en que el reino enfrenta amenazas internas y externas. La sucesión no solo pone a prueba su legitimidad, sino también su capacidad para unir a un pueblo que comienza a dudar.



LÁMINA 4

EL CONSEJERO

En el interior del castillo, el consejero del rey expone la situación y las posibles estrategias ante la inminente amenaza de Branoc. Eradan escucha con atención. Sabe que la defensa de Valandor no dependerá solo de las armas, sino también de la sabiduría para tomar las decisiones correctas.



LÁMINA 5

LAS AFUERAS

Desde las colinas que rodean Valandor, Eradan observa el camino que lleva a la ciudad. La vida continúa más allá de sus murallas: aldeas, campos y campesinos que aún ignoran la magnitud de la amenaza. Lo que para ellos es una jornada común, para el rey es el inicio de una guerra que cambiará todo.



LÁMINA 6

LOS JÓVENES

En la quietud de los muros, los jóvenes de Valandor reciben una educación que va más allá del combate. El rey y sus consejeros saben que el futuro del reino depende no solo de la fuerza de sus armas, sino de la sabiduría, la disciplina y la capacidad de quienes un día deberán gobernar, defender y construir.



LÁMINA 7

ERYON

Eryon es el mejor amigo de Eradan y su compañero de armas.
Valiente, leal y de gran nobleza, lo acompaña desde la infancia.
Juntos han compartido entrenamientos, batallas y sueños.
Eryon no solo es su amigo, sino también su apoyo incondicional
en los momentos más difíciles.



LÁMINA 8

LA PRIMERA ESPADA

Durante la ceremonia de investidura, Eradan recibe la espada de su linaje, símbolo de su deber y de la confianza que el reino deposita en él.
Más que un arma, la espada representa la responsabilidad de proteger a Valandor y a su gente, y el inicio de un camino que lo llevará a convertirse en el líder que el reino necesita.



LÁMINA 9

EL ESCUDERO

Eryon no era el más fuerte.
No era el más rápido.
No era el más hábil con la espada.
Pero tenía algo que pocos poseían: la voluntad de aprender.
Y la capacidad de observar lo que otros no veían.

Durante los primeros años, siguió a Eradan como discípulo.
Después, cuando llegó el momento, se convirtió en su escudero.
No por la espada que llevaba, sino por lo que estaba dispuesto a ser:
un hombre que pensaba por sí mismo.

Porque el verdadero legado no se hereda.
Se construye, día tras día,
con decisiones propias.

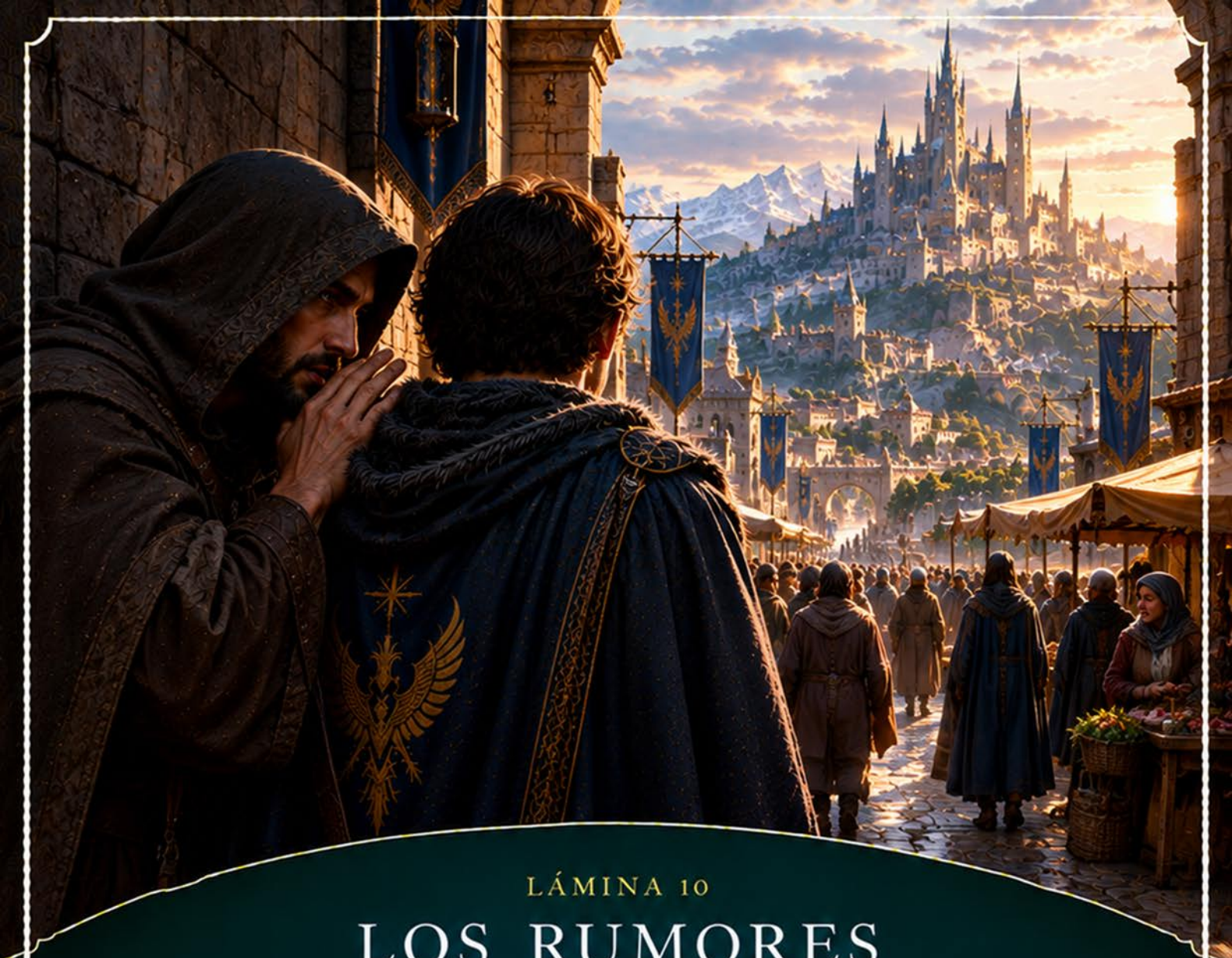


LÁMINA 10

LOS RUMORES

La noticia no llegó en forma de mensaje.
Ni de un soldado.
Ni de un emisario.
Llegó en voz baja, de boca en boca.

Al principio fueron solo rumores.
Después se convirtieron en conversaciones.
Más tarde, en certezas.

En las tabernas, en los mercados, en las casas.
Nadie sabía exactamente de dónde venían.
Pero todos repetían lo mismo.

Eradan ha vuelto.
Branoc no está solo.
La ciudad no está perdida.

Y, mientras los rumores crecían,
la distancia entre la verdad y la mentira
se hacía cada vez más pequeña.



LÁMINA 11

EL CERCO

Valandor fue sitiada.

Las torres ardían en la distancia.
Las catapultas golpeaban las murallas.
Y, aun así, la ciudad seguía en pie.

En el palacio, Ardanthor, Eradan y Caelen revisaban el mapa.
Las fuerzas de Branoc eran más numerosas.
Las reservas, menores.
Cada decisión podía ser la última.

—¿Podemos romper el cerco? —preguntó el rey.
Eradan negó con la cabeza.
—No con las fuerzas que tenemos.

—¿Y si esperamos? —dijo Caelen.
Eradan lo miró.
—Entonces que sea para prepararnos, no para rendirnos.

Por fuera, el sonido de los tambores no se detenía.
Por dentro, la ciudad aún respiraba.
Y mientras hubiera alguien dispuesto a luchar,
Valandor no estaba perdida.



LÁMINA 12

LA DEFENSA

Valandor es sitiada.
Eradan regresa para defender la ciudad.
Lo hace no por orgullo ni para demostrar que tenía razón,
sino porque las personas que viven en ella necesitan protección.

La batalla.
Las defensas de Valandor terminan cediendo.
La ciudad cae.
Ardanthor y los supervivientes consiguen escapar.
Branoc toma el control de Valandor y establece un régimen basado en el miedo y la obediencia.



LÁMINA 13

LA ESPADA ROTA

Eradan observó la espada partida.
No era solo un arma rota.
Era el símbolo de todo lo que había aprendido:
que la fuerza sin conciencia podía destruir lo que quería proteger,
y que ningún camino, por difícil que fuera, estaba libre de pérdidas.

La levantó, la miró en silencio
y comprendió que incluso una espada rota
podía seguir enseñando.



LÁMINA 14

LA CAÍDA

Valandor cayó.
Las defensas se rompieron.
La ciudad fue ocupada.
Ardanthor y los supervivientes lograron escapar.

Branoc tomó el control y estableció un régimen basado en el miedo y la obediencia.

Pero la caída de una ciudad no siempre es el final de su historia.
A veces, solo es el comienzo de otra.

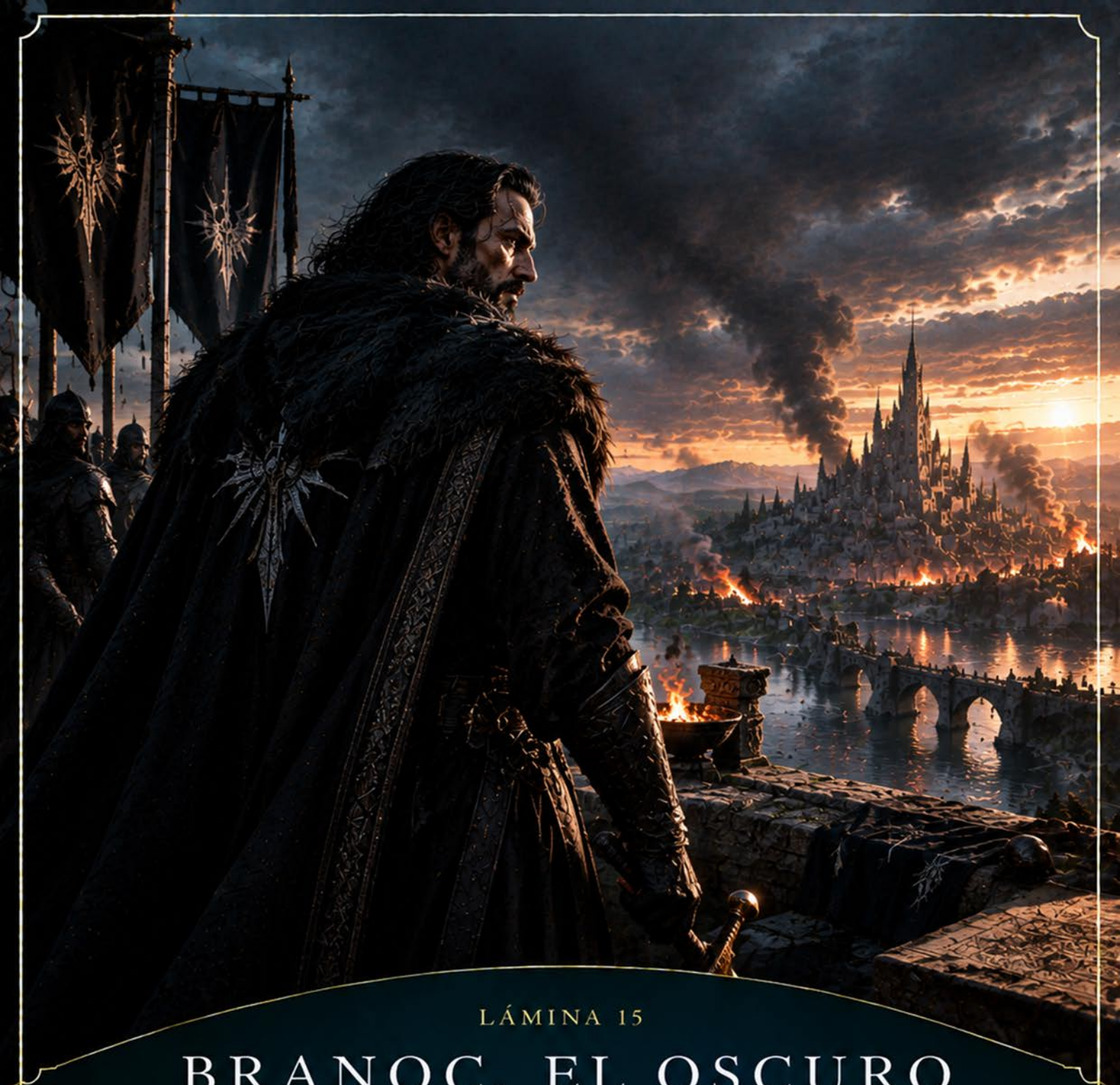


LÁMINA 15

BRANOC, EL OSCURO

Branoc no era un simple conquistador.
Había aprendido que el miedo era más útil que la fuerza.
No necesitaba comprender a Valandor.
Solo necesitaba que Valandor se rindiera.

Detrás de su mirada había ambición y un pasado que no había olvidado.
Había sido un hombre sin reino, un noble sin herencia, un guerrero sin causa.
Y ahora tenía todo lo que siempre había querido.

Pero el poder no lo había cambiado.
Solo había despertado lo que siempre había sido.

Branoc, el Oscuro, había llegado para quedarse.
Y no venía solo.

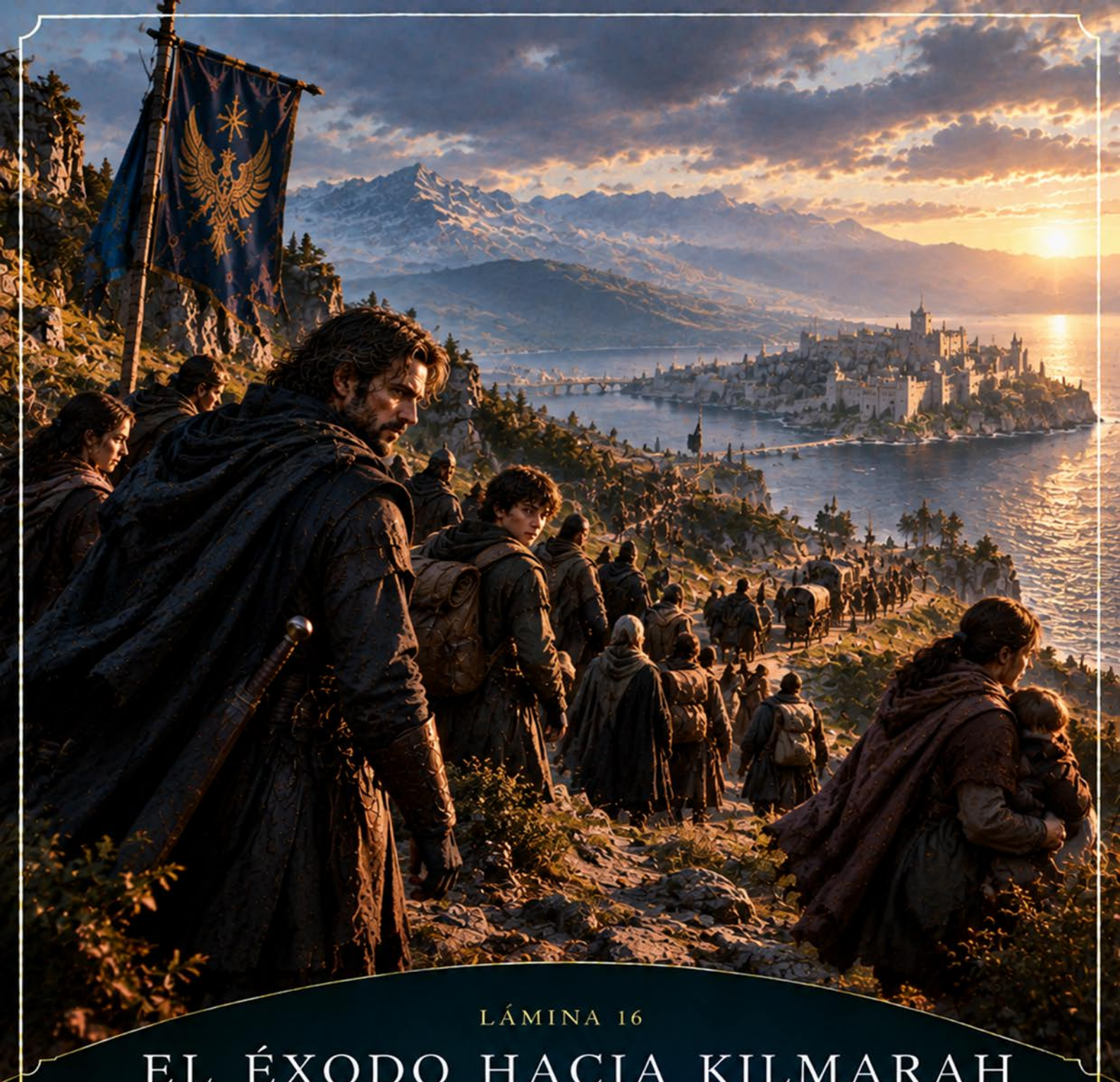


LÁMINA 16

EL ÉXODO HACIA KILMARAH

La caída de Valandor no fue el final.
Fue el comienzo de un largo éxodo.
Miles de personas dejaron la ciudad con lo que pudieron llevar.
No todos tenian un destino.
Pero todos sabían que no podian quedarse.

El camino hacia Kilmarah fue duro.
El invierno los encontró en la montaña.
El frío, el hambre y el cansancio hicieron estragos.
Pero también los unió.

Porque en medio de la pérdida, descubrieron algo que no esperaban:
que no estaban solos.

Y mientras avanzaban hacia lo desconocido,
llevaban consigo lo que la guerra no pudo destruir:
su voluntad de seguir.



LÁMINA 17

EL GRAN PUENTE DE PIEDRA

El puente era más que una obra de ingeniería.
Era un símbolo de lo que habían perdido
y de lo que todavía podian construir.

Durante años había sido la conexión entre Valandor y el continente.
Ahora era el camino hacia un futuro incierto.

Mientras la caravana avanzaba, Eradan miraba el agua que corría bajo los arcos.
No sabía si algún día volvería a ver la ciudad que había dejado atrás.
Solo sabía que, por el momento,
ese puente era la única dirección posible.

Detrás de él quedaba Valandor.
Delante, Kilmarah.
Entre ambos, un puente de piedra,
y la esperanza de que no todo estaba perdido.



LÁMINA 18

NUEVA VALANDOR

La idea no era volver a lo que había sido.
Era construir algo nuevo.
Una ciudad que recordara el pasado, pero que no repitiera sus errores.

Nueva Valandor no era una copia.
Era una oportunidad.
Una prueba de que todavía era posible.

Había casas, almacenes, un taller, un pequeño hospital.
Campos cultivados y una plaza.
No era grande, pero era un comienzo.

En el centro de la plaza, Ardanthor ordenó colocar una piedra.
No llevaba su nombre. No llevaba una fecha.
Solo una frase:

"QUIEN GOBIERNA DEBE PODER SER ESCUCHADO."

Eradan la leyó.
Después miró al rey.
—Entonces quizá estés empezando a ser rey.



LÁMINA 19

TRES INVIERNOS

Durante tres inviernos, Valandor soportó el silencio y la nieve.
Las montañas se cubrieron de un manto eterno, y los ríos se volvieron de hielo.
Pero en la oscuridad, la ciudad no se rindió.

En los talleres y en los laboratorios, Maelis y sus compañeros trabajaron sin descanso,
perfeccionando las máquinas, los sistemas de energía y los métodos de cultivo,
para que la vida pudiera regresar.

Los niños crecieron entre historias, los ancianos compartieron su sabiduría,
y la esperanza se mantuvo encendida, como una llama que no se apagaba.

Porque Valandor no era solo una ciudad de piedra y tecnología.
Era un hogar, y los hogares no se abandonan.

—Valandor vuelve a vivir —dijo Maelis, con una sonrisa serena—.
Y con él, también nosotros.



LÁMINA 20

MAEL Y LA RESISTENCIA

Mael no era una soldado.
Era una mujer de Valandor que había perdido a su familia
y que no estaba dispuesta a quederse de brazos cruzados.

Organizó a los que todavía podian luchar.
Reunió a los que conocían la montaña, los caminos y los escondites.
Y comenzó a formar una red de resistencia.

No buscaba una guerra abierta.
Buscaba tiempo.
Buscaba mantener vivo el espíritu de Valandor.

Cada mensaje, cada encuentro, cada pequeño acto de sabotaje,
era una forma de resistencia.

Porque mientras hubiera alguien dispuesto a luchar,
Valandor no estaba completamente perdida.

Mael sabía que no podía detener la caída.
Pero también sabia que podia evitar que el silencio fuera el final.



LÁMINA 21

LA NOTICIA DE VALANDOR

La noticia cambió el aire de Nueva Valandor.
No porque trajera esperanza.
La esperanza ya estaba allí.
Lo que trajo fue dirección.

Hasta entonces habían trabajado para sobrevivir.
Ahora podían trabajar para regresar.

Pero Eradan no permitió que la emoción se convirtiera en precipitación.
—No cruzaremos el puente mañana —dijo.
Ardanthor lo miró.
—¿Por qué?
—Porque Branoc espera que lo hagamos.

Caelen intervino.
—Entonces debemos sorprenderlo.
—Si.
—¿Cómo?

Eradan señaló el mapa.
—Primero necesitamos saber qué ha ocurrido dentro de Valandor.



LÁMINA 22

EL JURAMENTO DE ERADAN

El sol caía sobre las montañas cuando Eradan reunió a los jóvenes en la explanada
frente a la antigua muralla.
Entre ellos estaba Eryon.

El maestro sostuvo la espada entre sus manos.
No era una ceremonia, sino un compromiso.

—No se trata de ser el mejor —dijo—, sino de ser digno de lo que llevas.

Eryon miró la hoja.
No era una espada cualquiera.
Era la misma que había pertenecido a su maestro.

—Juro aprender —dijo—. No solo a combatir, sino a comprender.

Eradan lo miró en silencio.

—Jura también no olvidar lo que has visto, ni lo que has perdido —respondió—.
Porque una espada no solo se sostiene con la mano,
sino también con la memoria y el corazón.



LÁMINA 23

EL MOLINO DE ELDEN

El molino de Elden era un pequeño refugio,
escondido entre colinas y bosques, junto al curso de un río de aguas claras.
Allí, el tiempo parecía moverse más despacio.

Para Mael, aquel lugar era mucho más que un simple molino.
Era un descanso en medio del camino, un puente entre lo que había dejado
atrás y lo que aún estaba por venir.

El viejo molinero lo recibió con amabilidad,
y le habló de los días dificiles, de la gente que había perdido su hogar
y de la fuerza que nace de la esperanza, incluso en los momentos más oscuros.

—La vida siempre encuentra un modo —dijo el anciano, mientras el agua
giraba la rueda del molino—. Solo hay que estar dispuesto a escucharla.

Mael miró el río, el movimiento constante del agua,
y sintió que, por primera vez en mucho tiempo,
el futuro le parecía menos incierto.

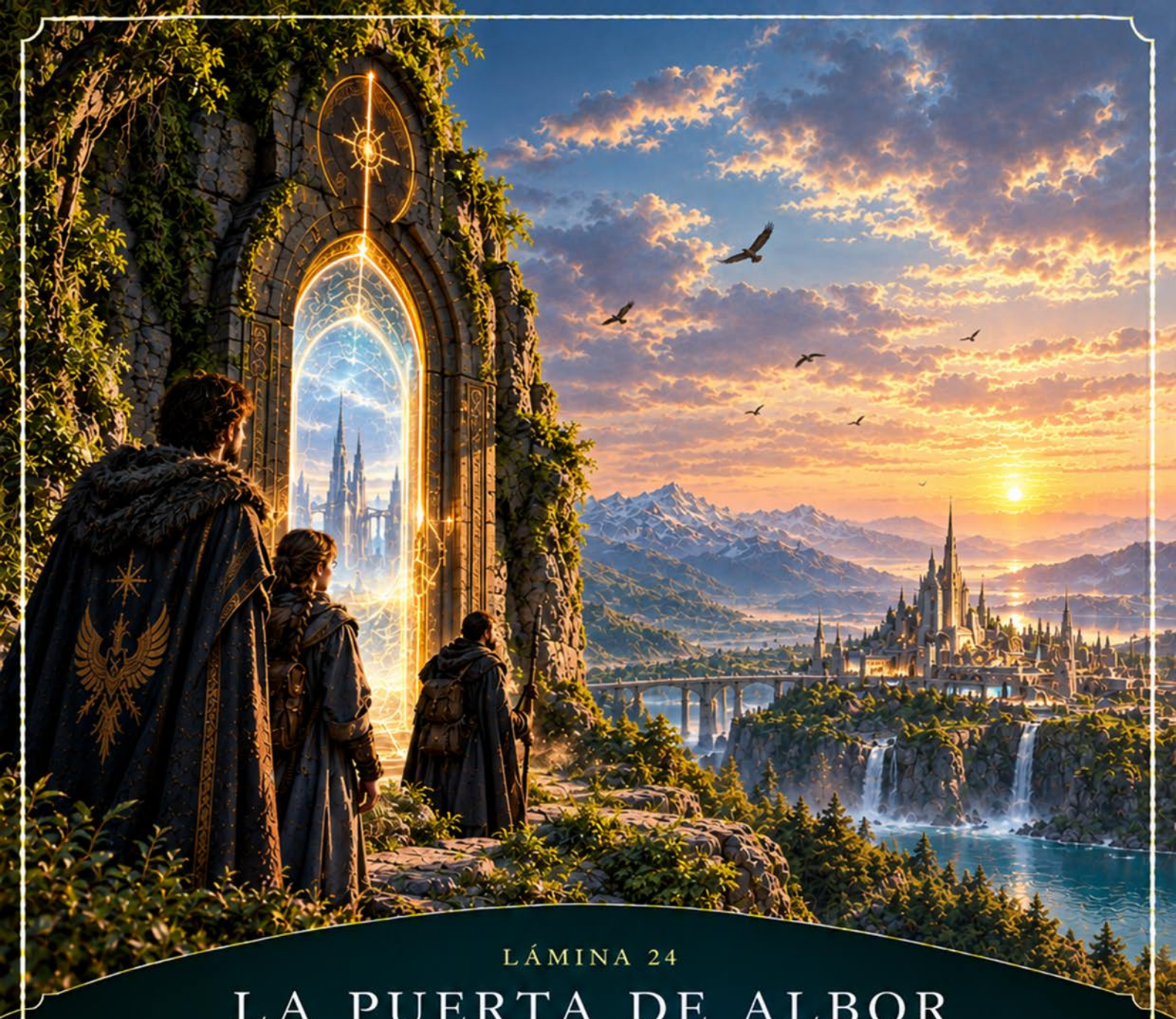


LÁMINA 24

LA PUERTA DE ALBOR

La Puerta de Albor no era un simple portal.
Era el umbral entre mundos, la conexión con los confines del universo conocido
y más allá de lo imaginable.

Situada en lo alto de los acantilados de Valandor, se alzaba como un arco de piedra
y luz, construido por las antiguas civilizaciones de Dysara.
No era solo una obra de ingenieriá, sino también un símbolo:
el recordatorio de que el universo es más vasto que cualquier frontera.

Maelis detuvo su paso, contemplando el resplandor que danzaba en el interior de la puerta.
Al otro lado, una ciudad flotaba entre las nubes, y más allá, los planetas giraban
en un cielo imposible. Era Albor, el primer destino de su viaje.

—No es un final —dijo Eradan—. Es un comienzo.
Porque cada puerta que se abre, no solo nos lleva a otro mundo,
sino que nos revela un poco más de nosotros mismos.



LÁMINA 25

VALANDOR DESPIERTA

Valandor despertó con la luz del nuevo amanecer.
Sus torres, sus puentes y sus jardines parecían más vivos,
como si la ciudad misma respirara después de un largo sueño.

Las calles volvieron a llenarse de gente, los mercados recobraron su ritmo,
y el eco de las voces se mezclaba con el canto de los pájaros.

Maelis y Eradan, desde la terraza del palacio, contemplaban la ciudad
que tanto habían amado y que, una vez más, se levantaba.

—La vida siempre encuentra la forma de volver —dijo Maelis.
—Y nosotros también —respondió Eradan—. Porque mientras Valandor exista,
la esperanza seguirá viva.

A lo lejos, más allá de los muros, el río brillaba bajo el sol, y en el horizonte
las montañas de Dysara se alzaban majestuosas, como un recordatorio
de que, incluso en los tiempos más oscuros, la luz siempre regresa.



LÁMINA 26

EL JUICIO

El Gran Tribunal de Valandor era un lugar de solemnidad y equilibrio.
Allí no se juzgaba solo un acto, sino el alma de quien lo había cometido,
y las consecuencias que ese acto podía tener para muchos mundos.

Maelis se mantuvo firme, con la mirada en alto, mientras los jueces lo observaban desde sus altos sitiales. No era un juicio contra un hombre, sino contra sus decisiones, sus ideales y su lealtad.

La acusación habló de traición, de alianzas cuestionables y de un peligroso vínculo con los restos de la antigua civilización. La defensa, en cambio, expuso el contexto, las presiones y la verdad que se había intentado ocultar.

Las horas se convirtieron en un silencio profundo, interrumpido solo por el eco de las palabras y el murmullo de los testigos.

Al final, el veredicto no fue una condena ni una absolución. Fue un camino.
Porque Valandor no buscaba castigar, sino comprender.

Y en ese instante, Maelis supo que su verdadera prueba no era la sala del tribunal,
sino lo que vendría después.



LÁMINA 27

LA LIBERACIÓN

Tras el juicio, Valandor respiró de nuevo.
Las cadenas que la habían mantenido en la sombra durante siglos se rompieron,
y su pueblo volvió a mirar el horizonte con esperanza.

Maelis, junto a sus compañeros, había cumplido su misión.
La ciudad no solo había recuperado su libertad, sino que también había despertado
una conciencia más profunda de su lugar en el universo.

Las naves de la Alianza comenzaron a partir, llevando noticias de lo ocurrido
a los demás mundos de Dysara. El conocimiento y la experiencia de Valandor
serían ahora un faro para todos.

Porque la liberación no era solo el fin de una opresión,
sino el comienzo de una nueva era.

—No estamos solos —dijo Maelis, mirando el cielo—.
Somos parte de algo mucho más grande.
Y lo mejor… aún está por venir.

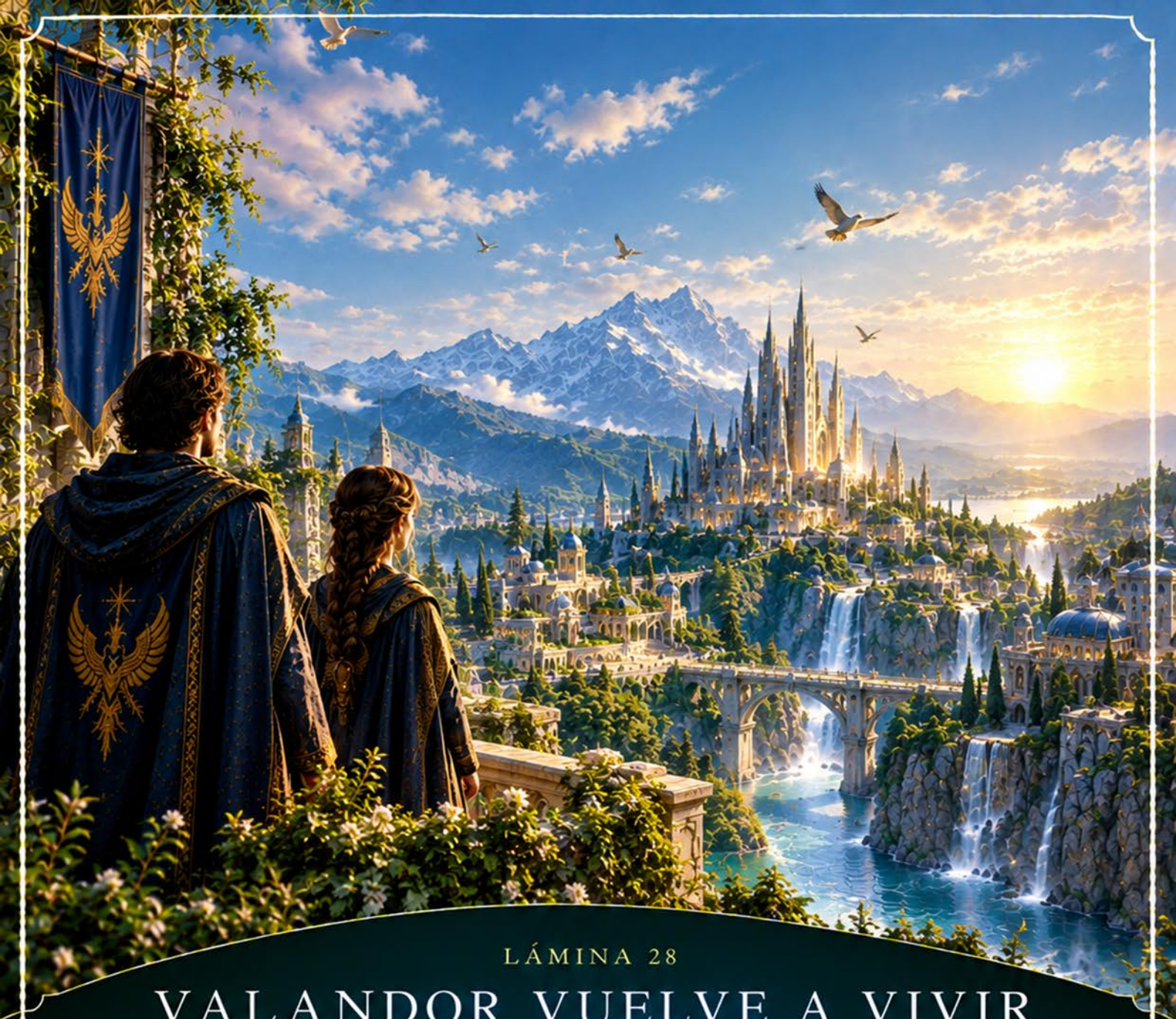


LÁMINA 28

VALANDOR VUELVE A VIVIR

Después de años de guerra y destrucción, Valandor renacía.
Las antiguas calles, los jardines y los puentes volvían a llenarse de vida.
La ciudad, que tantas veces había sido un símbolo de poder y de conocimiento,
ahora era también un emblema de esperanza.

Los habitantes regresaban a sus hogares, reconstruían sus talleres,
y en cada rincón se escuchaba la misma certeza:
el futuro podía ser distinto.

Maelis y sus compañeros contemplaban la ciudad desde la terraza del palacio.
No era solo la recuperación de un lugar,
era la reafimación de un mundo que se negaba a ser olvidado.

—Valandor vuelve a vivir —dijo Maelis, con una sonrisa serena—.
Y con él, también nosotros.

Porque en cada piedra reconstruida, en cada árbol que volvía a florecer,
latía la misma verdad: la vida siempre encuentra un camino.



LÁMINA 29

LA RECONSTRUCCIÓN

Tres meses después, Nueva Valandor tenía murallas.
No eran grandes.
No pretendían serlo.
Había casas, almacenes, un taller, un pequeño hospital,
campos cultivados y una plaza.

En el centro de la plaza, Ardanthor ordenó colocar una piedra.
No llevaba su nombre.
No llevaba una fecha.
Solo una frase:
QUIEN GOBIERNA DEBE PODER SER ESCUCHADO.

Eradan la leyó.
Después miró al rey.
—¿Estás seguro?

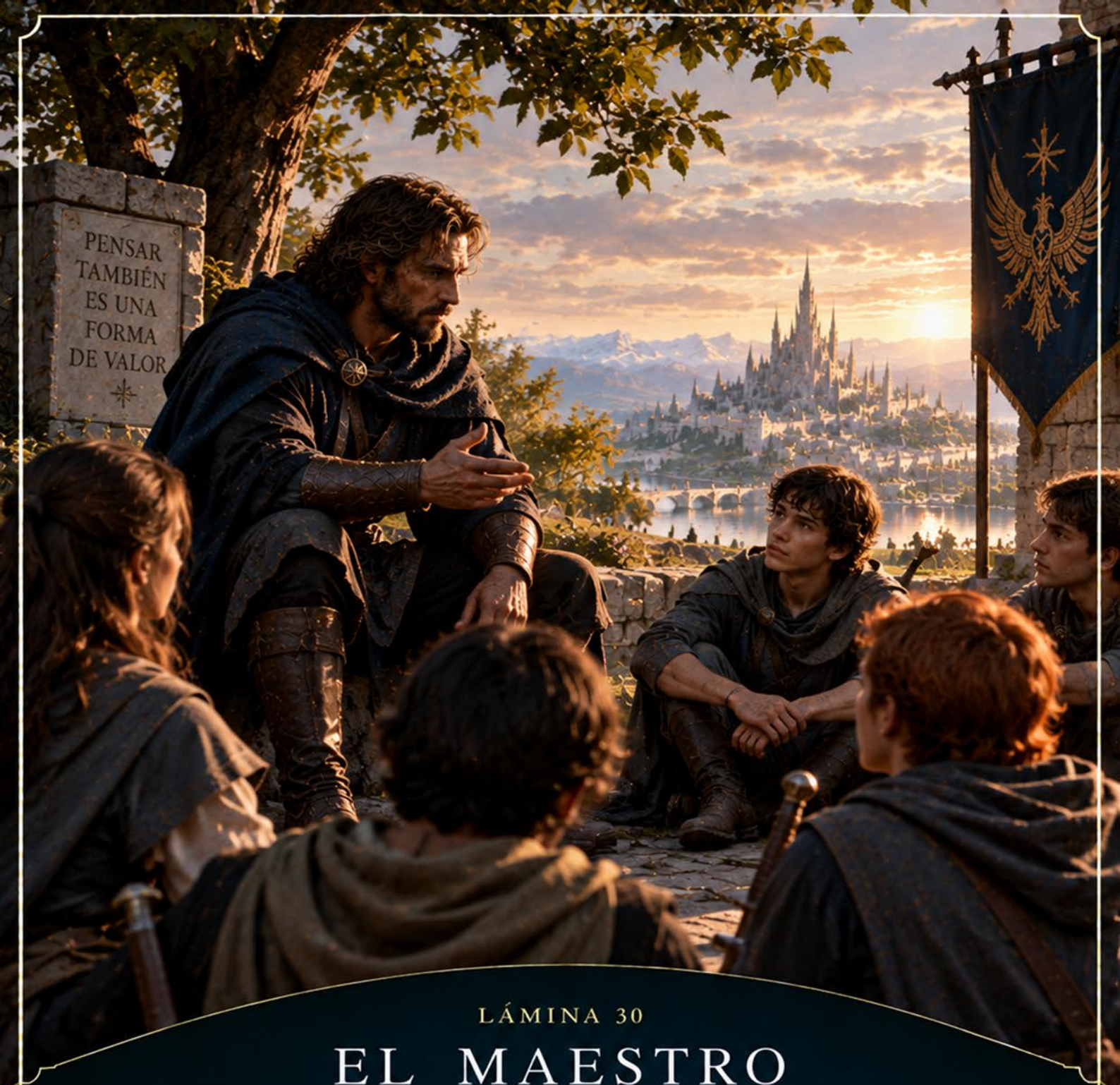


LÁMINA 30

EL MAESTRO

Los habitantes más jóvenes de Valandor comenzaron a buscar a Eradan.
Al principio se resistió.
Después aceptó enseñar.

Una espada puede formar guerreros.
Pero solo las preguntas forman personas.

Eradan comprendió que su mayor victoria no sería ganar batallas,
sino transmitir lo que había aprendido.

Enseñó a observar, a escuchar, a decidir y, sobre todo, a pensar por sí mismos.
Porque un reino solo puede perdurar si hay quienes saben elegir el bien
incluso cuando nadie pueda garantizarles el resultado.

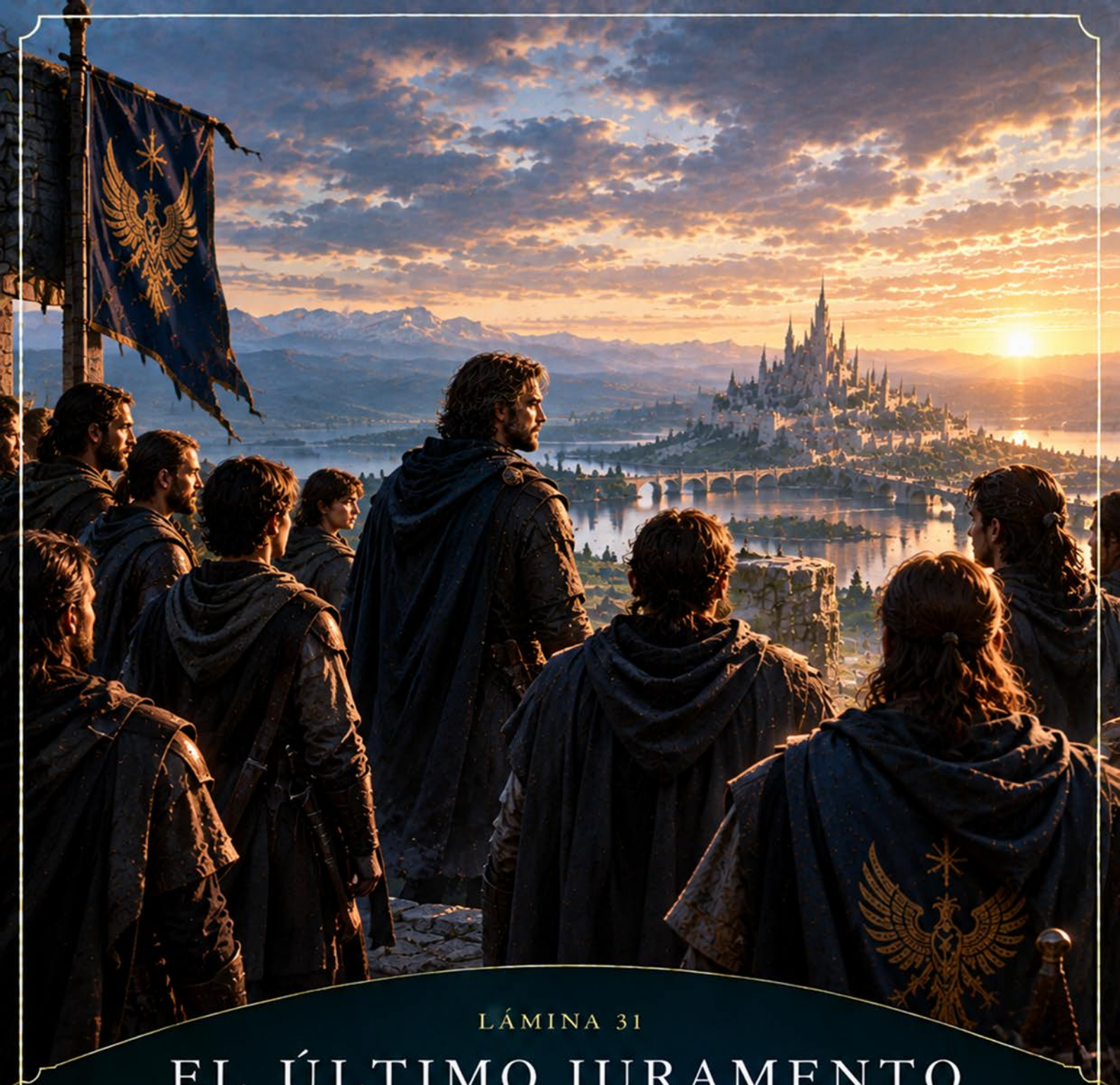


LÁMINA 31

EL ÚLTIMO JURAMENTO

No era una despedida.
Era una promesa.
Doce hombres.
Una misma dirección.
Y un futuro que todavía no podía verse.

Porque el verdadero juramento no consiste en luchar hasta el final,
sino en mantener vivo aquello por lo que se lucha,
incluso cuando ya no hay batallas que ganar.

Valandor había caído.
Pero sus ideas seguían caminando.
Y mientras existiera alguien dispuesto a protegerlas,
la historia no estaba terminada.

UNA HISTORIA DE HONOR, MEMORIA Y DESTINO.

EL PORTAFOLIO ILUSTRADO QUE TE LLEVA A VIVIR LA SAGA EN IMÁGENES.

El reino de Valandor cayó. Su rey fue derrotado, su pueblo obligado al exilio y su legado, oculto entre ruinas y sombras.

Pero la esperanza no se extinguió.
Mientras el usurpador Branoc se aferra al poder en la ciudad conquistada, un grupo de hombres, liderados por Eradan, se prepara para lo imposible: recuperar lo que les fue arrebatado.

Entre batallas, alianzas, traiciones y antiguos secretos, *Las Espadas de Valandor* te lleva a través de un viaje épico donde el honor, la memoria y el destino se entrelazan para forjar una última oportunidad.

Este portafolio ilustrado reúne 36 láminas que cuentan la historia completa, con imágenes que dan vida a sus personajes, escenarios y momentos más decisivos. Una experiencia visual única, pensada para que puedas seguir la historia, incluso si nunca leíste la novela.

Porque algunas verdades merecen ser vistas.

32 LÁMINAS A4
ALTA RESOLUCIÓN 300 DPI

UNA HISTORIA COMPLETA
EN IMÁGENES

TAMBIÉN UN STORYBOARD
PARA UNA FUTURA ADAPTACIÓN AUDIOVISUAL

UNA OBRA AUTÓNOMA
PARA DISFRUTAR SIN NECESIDAD DE LEER LA NOVELA



ONIRIX
EDITORIAL



UNA CIUDAD EN RUINAS.
UN LEGADO QUE NO TERMINA.
UNA ESPADA QUE CAMBIA DE MANOS.

Tras la caída de Valandor, Eradan debe enfrentarse a un mundo que ya no es el mismo. La guerra ha dejado cicatrices profundas, el poder se ha convertido en un instrumento de miedo y la ciudad, antaño símbolo de esperanza, yace en manos de un régimen despiadado.

Mientras Ardanthor busca recuperar lo que fue suyo, Eradan se ve obligado a asumir un nuevo desafío: proteger a quienes quedan, continuar la enseñanza y preparar a la próxima generación para un futuro incierto.

En medio de traiciones, alianzas y decisiones difíciles, la espada vuelve a ser necesaria. Pero esta vez no solo para luchar, sino para abrir caminos, unir voluntades y recordar que la verdadera fuerza no reside en el acero, sino en la conciencia de quienes saben cuándo deben usarlo… y cuándo no.

Porque un reino puede caer,
una corona puede perderse,
pero el conocimiento, cuando se transmite,
puede hacer que otros vuelvan a levantarse.

El tercer tomo de la saga Eradan de Valandor,
una historia sobre el honor, la memoria,
la responsabilidad y el legado.

ONIRIX
EDITORIAL

ISBN 978-631-01-9439-4